

Asunción Bernárdez Rodal

Lola, hija de Cangas

Memoria de los sueños perseguidos



Universidad de Valladolid

LOLA, HIJA DE CANGAS

MEMORIA DE LOS SUEÑOS PERSEGUIDOS

Serie: IGUALDAD, nº 12

Bernárdez Rodal, Asunción

Lola, hija de Cangas : memoria de los sueños perseguidos /
Asunción Bernárdez Rodal. – Valladolid: Universidad de
Valladolid, 2026

157 p. ; 17x24 cm (Igualdad, 12)

ISBN 978-84-1320-382-9

1. Novela Española – Siglo XXI. I. Universidad de Valladolid, ed.
II. Serie

821.134.2"20"

ASUNCIÓN BERNÁRDEZ RODAL

LOLA, HIJA DE CANGAS

MEMORIA DE LOS SUEÑOS PERSEGUIDOS



EDICIONES
Universidad
Valladolid

© ASUNCIÓN BERNÁRDEZ RODAL. VALLADOLID, 2026

© EDICIONES UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

Preimpresión: Ediciones Universidad de Valladolid

ISBN: 978-84-1320-382-9

Diseño de cubierta: Ediciones Universidad de Valladolid

Ilustraciones del interior de la autora

Depósito Legal: VA 209-2026

Imprime: ULZAMA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Índice

Me llamo Lola, soy hija de Cangas	9
1926. Chácharas políticas, playas y la matanza de los delfines	11
Doña Perfecta, mapas y comparsas	17
1930. Abuelas y nietas, fantasmas, y la radio de don Víctor	23
1931. ¡Vamos a Saturno!	29
1931. República y escudos	33
1933. El lavadero, un submarino y el robo del pan	37
20 de mayo de 1933. Angelitos y seguros de accidente	43
1934. Amores, mítines y malos presagios	47
1934. La Revolución de Octubre. Asociaciones clausuradas y huidas hacia túneles oscuros	51
1935. Mi madre, Lola Blanco	57
Febrero 1936. El Frente Popular	63
Abril 1936. La fábrica de Pellín y los folletos	67
20 de julio de 1936	71
Mi padre, José Rodal	75
11 de agosto, días de cárcel	81
Agosto del 36. Detienen a mi madre	85
22 de agosto. “Aquí no hay más dios que yo”	93
28 de agosto. Los mártires de Anguieiro	97
Camilo Rodal, O Petiscado	103
24 de septiembre. Lorenzo Corbacho	107
Las rapadas	110

7 de abril de 1937. Mi hermano Ángel	115
De procesiones, casas y escondites	119
El Charrúa, amistades y mala suerte	123
Islas y utopías	127
Las raposas de San Simón	131
Taratola, “... la política mal hecha es un veneno”	135
Exilios: mi hermano Pepe	139
Las hijas de los carreteros y la demonia do Hío	143
1941. Volvió Evaristo y exilios interiores	149
Los años del silencio	155
Colofón	157

*A Evaristo Dobarro Landín,
olvidado y enloquecido de pena*

Me llamo Lola, soy hija de Cangas

Me llamo Lola y soy hija de Cangas. Cuando me preguntan por qué tengo tan buena memoria, contesto que es un don con el que nací. Pero lo digo con la boca pequeña, para no aburrir con mis pensamientos. ¿De qué me valdría decir que me aferré a los recuerdos de mi infancia y mi juventud como una forma de sanar mi corazón? En realidad, siempre he sentido que lo que una piensa, lo que una siente se parece a los pájaros, que si los encierras se convierten en seres tristes por mucho que canten. El tiempo fue pasando, y por fin, cuando pude contar mis recuerdos, los lancé al viento para poder compartir con los demás todo aquel mar de experiencias silenciadas durante cuarenta años.

Ahora sé que si tengo buena memoria es porque me empeñé hace muchísimos años en no olvidar. Me callé y enmudecí, como todos, como todas, porque tener la lengua suelta no es buena cosa cuando tienes una bota dura sobre la cabeza, y tu gente la tiene también. Estamos solos, estuvimos solos. Por eso guardé las historias vividas en mi primera juventud, por si llegaba el día en el que pudiera, por fin, contarlas.

Pero ahora ya no sé si le interesarán a alguien. ¡Ha pasado tanto tiempo! La mayoría de la gente quiere olvidar, decir que no ha pasado nada y mirar hacia adelante: *“Aquí ya somos todos iguales, pajaritos y pardales”*. A esto se redujeron cuarenta años de silencio. A veces mis amigas me dicen: “-¡Pero aún te rondan esas cosas por la cabeza, mujer!” “- Aún, aún...”, me quedo pensando.

Yo guardé los recuerdos en mi memoria, por si acaso a alguien le pudieran venir bien algún día. El desván de mi cabeza está lleno de lo que vieron mis ojos, de lo que escucharon mis oídos, y también de otras historias que ni siquiera vi: las que me contaron mis padres, mis tíos, mis amigos y amigas. Aprendí que la memoria viva se compone de los trocitos de experiencias tanto propias como ajenas que yo debí esconder y guardar con mucho cuidado, ya que eran mis mejores tesoros.

Quiero subir a esa buhardilla y comenzar a desempaquetar estos recuerdos. Tengo que hacer limpieza: sacudir el polvo, barrer, fregar, tirar trastos a la basura

o quemarlos. Mi vida terminará pronto, ¡para la simiente de futuras generaciones no habré de quedar! Desde hace un tiempo resuena en mi cabeza esa frase tan maliciosa con la que los jóvenes se defienden de los ataques de los viejos picajosos y malhumorados en el pueblo: “Hay que ir muriendo”. Y sí, tengo ya que ir muriéndome, ya lo sé, pero espero no perder nunca la memoria. Por si acaso, allá voy, armada con el plumero, la escoba y el trapo de fregar. Esa buhardilla es caótica, tan caótica como la propia vida. Quiero dejarla ordenada para poder escapar así de la telaraña del tiempo, dejando una estancia arreglada que otros, que otras, puedan visitar.

Compartiré con vosotros las historias que hasta ahora tuve siempre que murmurar muy bajito. Ya estoy harta de escuchar durante años que todos hicieron mal, los de un bando y los de otro, o que todas las barbaridades que pasaron no fueron para tanto. Esto no es cierto: unos fueron los asesinos y otros los asesinados; unos atacaron y otros padecieron la violencia; unos apoyaron un gobierno que salió de las urnas, y otros uno que salió de las armas.

No sé qué pasó en otros lugares, no soy una mujer con estudios, no soy una mujer de mundo, pero aquí las cosas fueron lo que fueron. Yo las viví y puedo contarlas. No hubo dos bandos enfrentados, no; fueron personas concretas las que asesinaron, las que metieron a otras en la cárcel, las que pusieron multas, las que encerraron en siquiátricos, las que raparon mujeres e impusieron una forma de pensar y de vivir. Después de la tragedia todo se fue plegando sobre sí mismo, hasta camuflarse el pasado en una red de tiempo y de silencio. De eso sí que somos culpables, pero ¿qué podíamos hacer? No decir nada, no recordar nada fue el precio para poder sobrevivir.

Ahora es fácil hablar de todo, pero ya nadie quiere escuchar nada. Yo viví los sucesos que pasaron entonces y, aun así, reconozco que no lo sé todo, que no lo he logrado entender todo. ¿Qué pretendo a estas alturas? ¿Vengarme, como dicen algunos? ¿Regodearme en las cosas malas que ocurrieron en el pasado? No, no, porque saber de dónde venimos no debería hacernos daño. Espero solo que esta historia sea como el viento del norte que entra en nuestra ría en el mes de mayo, y se lleva las nubes limpiando el cielo y trayendo calidez después de la ‘suduestada’¹. Ese viento es frío, pero nos compensa con la límpida luz que trae el cielo despejado que hace brillar la hierba húmeda, y toda la hermosura de la naturaleza estalla en colores únicos.

Os cuento lo que viví a los quince años, cuando en julio de 1936, mi vida se llenó de ausencias. Y os lo cuento con serenidad, sabiendo que toda flor fue primero una semilla.

¹ El viento del sudoeste es el más temido porque acompaña los mayores temporales.

1926. Chácharas políticas, playas y la matanza de los delfines

En mi casa mucha gente entraba y salía sin preguntar nada, porque la puerta estaba siempre abierta. Llegaban, se sentaban a hablar de política o a leer algo en el periódico en voz alta y después... venga, a discutir unos con otros las horas que hicieran falta. Yo tenía cinco años, andaba siempre tirada por el suelo y mi paisaje se componía de los pantalones con los bajos deshilachados de los hombres sentados alrededor de la mesa. Todos llevaban los zapatos viejos muy bien lustrados con los que golpeaban sin cesar el suelo con energía al ritmo de las palabras. Las mujeres estaban también allí, opinando sin parar, pero sus piernas no se detenían nunca. Pendientes de nosotros los niños, para que no armáramos ningún lío, cocinando, doblando ropa... trayendo algo de vino, algo de pan, algo de tocino si lo había.

No existía entonces la crueldad en aquel mundo en el que vivía, y no se me pasaba por la cabeza que ninguno de aquellos hombres o mujeres pudieran ser ruines o malvados; pero aquella tarde iba a descubrirlo porque se me partió el corazón con un suceso que interpreté después como un hondo presagio.

Las horas pasaban alegres en aquellas chácharas en las que los adultos empezaban hablando de cómo era el mundo y terminaban en cómo debería de ser. Aquella era gente que quería que la vida fuera mejor para los que menos tenían, y lanzaban muchas ideas sobre qué hacer para conseguirlo. No estaban siempre de acuerdo, sobre todo cuando se hablaba de dios o de los fantasmas o los espíritus que conviven con los vivos, y que tanto miedo nos daban.

— Pues a mí cuando me muera, no se os ocurra llevarme a la iglesia—, pedía uno.

—No te pases, hombre ¡que no somos animales! —, replicaba otro.

—Tú eres un ignorante! ¿Es que no ves que dios y esas tradiciones son un invento de los ricos para tenernos sometidos a los pobres?

Entonces mi madre nos mandaba a los pequeños, muy apurada, a la iglesia a rezar el rosario, mientras nos decía:

— ¡No habléis así delante de los niños!

Es que ella era una mujer creyente que iba a misa cada día antes de ir a trabajar. Se levantaba a las cinco, hacía las tareas de la casa y se marchaba a la iglesia. Pero nosotros éramos niños y no sabíamos siquiera cuando se hacía el rosario aquel del que tanto hablaba mi madre, y ni nos interesaba lo más mínimo. La orden de mi madre era la señal para que mi hermano Ángel me cogiera de la mano, le diera un empujón a Evaristo, uno de los hijos de un amigo de mi padre, y saliéramos los tres saltando a la calle, lloviera o ventara.

Ellos se iban mohínos, porque ya se sentían mayores para poder escuchar aquellas charlas políticas, y no querían ni podían entender por qué les echaban de allí. Yo me marchaba contenta detrás de aquellos dos chavales mayores que yo, que eran para mí héroes aventureros.

—Piensan que somos tontos -rezongaba Evaristo-, yo ya sé leer desde los cuatro años.

—Bueno, mejor. Vamos a la playa a pescar—, susurraba mi hermano muy bajito. Esperad que coja un cubo para traer las navajas y las almejas que cojamos.

—¿Y qué hacemos con la mocosa esta?—, decía Evaristo para hacerme rabiar.

—La tenemos que llevar con nosotros ¡no queda otro remedio! o se pondrá a llamarnos a gritos si la dejamos atrás.

Ellos tenían ocho años y corrían y corrían, y yo apretaba el paso detrás haciendo volar los pies cuanto podía, hasta que me iban dejando cada vez más y más lejos. Entonces empezaba a llorar desesperada, y ellos se detenían.

—No llores parruliña—, me decía entonces mi hermano con una sonrisa escondida por haberme dado un susto.

—¡Es que si vamos a tu paso no llegaremos nunca! ¡Te despistas con cualquier cosa! Vamos, venga, no llores.

Rodeira es la playa grande que se extiende desde el centro del pueblo hacia el interior de la Ría de Vigo. En aquellos años era una inmensidad de arena blanca como la nieve. Al final, el río Das Saíñas y las grandes dunas, más altas que cualquier casa de las del pueblo. Yo vi desaparecer aquellas montañas conforme se fueron llevando la arena en grandes balandros para construir el muelle de Vigo y los edificios enormes que iban levantando al otro lado de la ría. Aquellas dunas cambiaban de color y de forma conforme los días y las estaciones del año pasaban. Nosotros nos tirábamos rodando desde arriba dejándonos caer casi hasta la orilla del mar, y volvíamos a casa con todo el pelo, la ropa y el cuerpo lleno de arena. Pero a nadie le importaba, porque la arena estaba en Cangas por todas

partes. En la primavera, toda la playa se llenaba de unas florecitas rojas y azules que para mí eran unas joyas deseables que podía llevar a casa, y que también fueron desapareciendo del todo cuando nos robaron nuestras dunas.

Aquel era el territorio de la aventura. Allí podíamos encontrar objetos curiosos que el mar devolvía después de mecerlos durante meses o años en sus aguas: maderas desgastadas, trozos de red, latas, restos de vidrio... aquellos despojos envueltos en algas eran nuestros juguetes, tesoros que podíamos intercambiar por otros objetos con los vecinos. Aquel día no fuimos hasta el río al final de la playa, nos quedamos al principio rebuscando entre las piedras, donde siempre podíamos encontrar una nécora, una anguila o unos camarones. En aquellos años nuestra ría era una cosa nunca vista por la gran cantidad de peces que había. Hasta sin aparejo podías pillar algo.

Era verano, pero aquella tarde hacía algo de fresco, aunque a nosotros eso nos daba igual ya que, haciendo sol, lo demás no importaba. Si chispeaba un poco, decíamos siempre aquello de que “lluvia con sol, no moja al pastor” y seguíamos rodando por los alrededores de la playa, como si nada.

Rodeira era nuestra casa toda ella, era un mundo cambiante y estable a la vez. Teníamos prohibido acercarnos por la noche, porque si lo hacíamos podíamos encontrarnos con las brujas que bajaban volando desde la parroquia de Coiro a hacer sus ceremonias, y podían llevarte con ellas o hacerte desaparecer para siempre. Sólo una noche la playa era nuestra: la noche de San Juan. El día anterior las niñas recogíamos plantas aromáticas para meterlas en agua y dejarlas toda la noche para lavarnos al día siguiente con la magia de aquella agua santificada. Los niños se pasaban el día buscando madera para quemar y hacer una gran hoguera. Aquel era un trabajo duro, porque en aquellos tiempos no había nada que quemar. Con suerte, si el mar había traído algo los días anteriores se guardaba para la noche mágica, en la que las brujas no podían aparecer.

En Rodeira aprendí también a leer el cielo. Si veíamos muy cerca los edificios y las montañas de Vigo, era que iba a llover. Si el viento arrastraba las nubes del sudoeste, se avecinaba una tormenta. Si el viento soplaba del norte, las nubes comenzaban a desaparecer y tendríamos sol, pero también más frío. Allí entendí el gusto de la gente mayor que se pasa horas y horas hablando del tiempo como si fuera cada día un acontecimiento. Tenían razón, porque en este lado del mundo, el cielo es un espectáculo siempre incierto y cambiante: no hay un día igual a otro, cada uno tiene su viento particular, sus nubes viajando a una velocidad diferente por el cielo y su sol más o menos escondido.

Aquella tarde pasaba algo. De vez en cuando sonaban explosiones que venían de las islas Cíes y nos hacían estremecer. Nosotros sabíamos que, a pesar de estar prohibido, algunos de los barcos de pesca hacían explotar dinamita en el fondo del mar para hacer saltar por los aires los bancos de peces que luego se

recogían fácilmente; pero las explosiones de aquel día eran más fuertes de lo normal y daban miedo.

De repente, vimos venir muchos barcos soltando un humo espeso llenos de hombres en las cubiertas. Otros más atrás, a vela, que con el viento del norte tenían que hacer muchos bordos para poder entrar en el puerto. Y delante, imponentes, dos grandes cañoneros de la Armada.

—Mirad, ¿qué será eso? Vamos a la ribera a ver.

—Corre, vamos Loliña, ¡déjalo todo!— tiró de mí mi hermano, enseguida impaciente. Cuando llegamos a la playa, que llamábamos La Ribera y que era entonces el centro del pueblo, estaba ya llena de gente.

—¿Qué traen?—, decían unos.

—Vuelven muy pronto. Debió de ir todo muy bien—, decían otros.

—¿Cómo vienen esos barcos tan grandes?

—Hicieron una batida de delfines, y el ejército prestó los cañoneros.

Un hombre saltó de uno de los barcos grandes a una gamela hundida en el agua casi hasta la borda y remó hasta la playa. Desde lejos podíamos ver que traía mucho peso. Entonces, los tres nos colamos entre las piernas de los adultos hasta la orilla del mar y vimos cómo los hombres empezaron a echar en la arena unos peces enormes, más grandes que yo.

—Estas cabronas llevan dos años acabando con las sardinas—, decía el hombre orgulloso y fanfarrón.

—Rompen todos los aparejos, parecía recriminar una mujer a los grandes peces.

—Yo nunca había visto un delfín. ¡Parece que se están riendo!—, comentó otra.

—¡Bendito sea Dios! ¡Qué grandes son! ¡Tienen cara de personas!

—Y también dan leche a sus crías.

Aquel arroz tenía un enorme agujero en el vientre. Estaba destrozado. El hombre tan bravucón, riendo, le metió la mano en las entrañas y sacó una cría todavía palpitante. ¡Pobrecita! Yo empecé entonces a llorar a gritos cuando vi a aquel animalito pasando de mano en mano de aquellos hombres que, de repente, se me transformaron en demonios.

—¡No lo matéis! ¡Echarlo al amar! ¡Dejarlos, dejarlos! ¡Sois malos!

Empecé a gritar con la esperanza puesta en que aquel animalito siguiera vivo porque me pareció verlo moverse en las manos de aquellos brutos. La gente debió conmoverse con mis llantos e intentaron entonces consolarme.

—Es la hija de Lola y de José. Decía...

—Nena, vete para casa. Es solo un pescado como otros, tranquila—, dijo una mujer.

—¡Hay que matarlos porque, si no, nos quedamos nosotros sin comer!

—¡Mira que llorar por esto!—, se lamentó otra.

Evaristiño fue reculando y, cuando salí de allí, lo vi vomitar, horrorizado también; y mi hermano a su lado, pálido y desencajado. En el hueco de aquel cuerpo deshecho descubrimos el mal que podemos hacer los seres humanos con la disculpa de lo inevitable. Aquella gente nuestra no era tan buena si podían hacer aquello con los pobres animales. Hacerse mayor es descubrir que los adultos pueden ser crueles y mirar para otro lado cuando les interesa.

No sabía entonces hasta qué punto aquella escena de terror era una premonición.



Doña Perfecta, mapas y comparsas

No estoy segura de si existe el infierno o no, pero, de lo que no me cabe ninguna duda es que yo me encontré con el mismo diablo una vez en mi camino, encarnado en una maestra.

Mi madre y mi padre decían siempre aquello de que los niños y las niñas teníamos que ir a la escuela, que por lo menos debíamos aprender a leer, escribir y las cuatro reglas: “para que nadie os tome el pelo”. A pesar de eso, yo renegaba siempre que cruzaba el umbral de aquella escuela. A mí me gustaba aprender, porque descubrí que aquello me convertía a ratos en el centro del mundo. Cuando venían los amigos de mi padre a nuestra casa: Taratola, el Petiscado, Corbacho y muchos más, todos me miraban con atención cuando mi abuelo me subía al borde de la mesa y hacía una exhibición de lo bien que sabía leer su nieta los titulares de *El Socialista*. Sus miradas me hicieron ser curiosa y tener ganas de aprender.

—Qué lista es esta niña— susurraba cayéndole la baba sin darse cuenta de que mis hermanos mayores miraban envidiosos de reojo, porque nadie les prestaba atención y nadie les prodigaba grandes alabanzas cuando leían.

Empecé a ir a la escuela a los siete u ocho años. Doña Perfecta era la maestra. Aquella mujer era mala como un demonio, y no enseñaba nada. Nos pegaba con una vara: tris, tras, sin mirar a quién daba. Bueno, no miraba a quién pegaba hasta que llegaba arreando varazos a las que nosotras llamábamos *la plana mayor*. Allí se paraba en seco, porque eran las hijas de los guardias civiles y otras gentes de bien con las que no convenía meterse. ¡Qué mala era aquella mujer!

Estaba casada con otro maestro, y cada uno de ellos tenía derecho a que el ayuntamiento les diera una casa donde vivir. Mi padre, que era concejal, fue un día a hablar con ellos porque no le entraba en la cabeza a nadie que, sin tener hijos ni nada, dispusieran de dos casas mientras que la mayoría de las familias marineras de Cangas vivían amontonadas en viviendas en las que no cabían ni las camas. A partir de ese momento... ¡no paró de meterse con mi hermana y conmigo!

El tiempo de la escuela fue un tiempo de miedo y rabia, soportando las directas e indirectas de la maestra en contra de nuestra familia. Cuando llegó la República, vinieron un día del ayuntamiento varias personas a quitar los crucifijos de la pared y poner en su lugar la fotografía de Alcalá Zamora, el primer presidente provisional de la República. Venía Corbacho, el amigo de mi padre, también concejal, que me miró y me lanzó una sonrisa cómplice. A doña Prefecta se le fue retorciendo la boca hasta convertirse en una cremallera arrugada. Cuando la comitiva emprendió la marcha saliendo del aula, ella empezó a protestar, pensando que no podían escucharla.

—¡Esos descamisados! ¡No tienen educación! ¡Esos salvajes! Esos tal y esos cual.

Corbacho, entonces, que estaba todavía en el pasillo se dio la vuelta y desde la puerta le soltó:

—¡Oiga señora, por favor! Hay que cumplir las normas—, dijo él muy correcto. Ella se calló, pero cuando vio por la ventana que el grupo estaba ya en la calle, siguió criticando, a él y a mi padre.

Al día siguiente, nada más entrar, doña Perfecta vino hacia mí y me soltó:

—Lola, ¿es verdad que nombraron a tu madre vocal en una mesa electoral? ¿Acaso sabe leer y escribir? ¡Hasta los gatos quieren zapatos! —. Y se echó a reír de forma sádica para hacernos daño.

Años más tarde, en el 36, el Frente Popular ganó las elecciones, y parecía que por fin las leyes sobre el laicismo en las escuelas se iban a cumplir. La gente más conservadora andaba rabiosa porque varios de los concejales eran trabajadores que pertenecían a distintos sindicatos, y doña Perfecta era una de esas personas para las que ningún marinero, ningún cantero, ningún albañil que pidiera vivir una vida mejor valía nada: en su boca eran todos mala gente. — ¡Ah, borrachos! Si os abrieran la barriga, ¡cuánto vino soltaríais! —, decía siempre de aquellos hombres como mi padre, que andaban de acá para allá, hablando con unos y con otros para que los marineros o los canteros se organizaran en sindicatos.

A mí me gustaba aprender, pero el caso es que no podía. Yo sabía la lección de cabo a rabo y de rabo a cabo, pero las pocas veces que la maestra me llamaba a su mesa para dar la lección, yo me echaba a temblar porque aprovechaba la mínima duda mía para insultarme. Cuando llegó la República, ella, que era una fascistona, una monarcona, nos cogió a unas cuantas: a mi prima Teresa, a Obdulía y a Chimé y nos relegó en la clase todavía más. Puso un banco largo en una esquina del aula y nos hizo sentarnos mirando hacia la calle, de lado hacia ella y las demás niñas.

—Ahí vienen las de “la compañía de seguros”—, decía, burlándose de nosotras porque nuestros padres luchaban aquellos días por conseguir un seguro de accidentes para los marineros.

En la clase había lo que ella llamaba “dos sesiones”. La primera era el tiempo que dedicaba a las más listas, a las que más sabían; y la segunda, era para las torpes. Como podréis imaginar, las medio ricas de Cangas y las hijas de los guardiaciviles, aunque fueran unas burras, las trataba en la primera sesión. Ellas estaban todas sentaditas delante de ella en pupitres de a dos, cada una con sus tinteros para escribir con la pluma y con sus cosas bien guardaditas debajo de la tapa. Esas eran las de la *plana mayor*, y nosotras todas, en cambio, en el banco corrido no teníamos ni siquiera dónde apoyar la pizarra para poder escribir bien. Porque libros, libros, había pocos. Solo uno para todos los cursos entre los ocho y los catorce años, y para todos los hermanos. En él aprendíamos Geometría, Geografía, Historia de España e Historia Sagrada. Más de cuarenta niñas entre ocho y catorce años en el mismo aula. Las tardes de invierno cuando había temporal, aquel libro se convertía también en un juguete en nuestra casa porque nos sentábamos en la mesa con alguna vecina y nos hacíamos preguntas que había que buscar en sus páginas, y así se nos iban quedando las cosas en la cabeza.

La maestra nos mandaba estudiar trozos del libro de un día para otro. A la mañana siguiente, iba una por una preguntando:

—Venga, tu, y ahora tú...— Todo de memoria. Cuando llegaba a mí, me saltaba y preguntaba a la siguiente, y así un día y otro día y otro día. Yo soportaba aquel vacío porque no me quedaba otra.

Doña Perfecta Sitoula era grande y tiesa toda ella, con unas uñas largas que nos clavaba en los brazos cuando nos cogía. Las niñas pobres le dábamos asco. Una vez que le salieron verrugas en los dedos... ¡cómo se puso!

—¡Uf! Estoy infectada de tocar vuestras cosas. ¡Qué repugnancia!

—No serán las mías las que toca—, pensaba yo para mis adentros. Nos culpaba de todo lo malo que le ocurriese en clase.

Ni ella ni su marido eran hijos de Cangas. Los dos andaban siempre diciendo aquello de “pueblo de borrachos”. Se burlaban de nosotros poniéndonos mote: *la mocosa, la despeinada*... Ninguno de los dos parecía sentirse muy feliz en aquellas escuelas llenas de niños y niñas pobres. Debían pensar que merecían enseñar en aulas llenas de críos de más alcornia.

En la escuela había dos objetos mágicos: una bola del mundo grande y hermosa, que estaba sobre la mesa de doña Perfecta, a la que no podías ni tocar; y un mapamundi de hule, enorme, siempre enrollado y lleno de polvo. Yo me

moría de ganas de darle vueltas a aquella esfera, pero no me dejaba, porque ella la usaba solo para camelar a las niñas a las que ella quería caerle bien.

—Ven Marita, ¿puedes decirme dónde está España?

—Claro, doña Perfecta, aquí, con el mar Cantábrico al norte; al sur y al este el Mediterráneo, y al oeste el Atlántico—, contestaba aquella niña tan educadita y bien peinada de enormes y tristes ojos de color violeta.

—Muy bien. Algunas de vosotras vais aprendiendo algo.

Las raras veces que abría el mapamundi, a mí se me llenaban los ojos y la cabeza de fantasías.

—Y Galicia, ¿sabéis dónde está Galicia?

Doña Perfecta envolvía después el mapa y podía pasar un año sin que volviera a abrirlo.

Y nosotras allí, mirando a las niñas ricas como si fueran las actrices de una película que nosotras no interpretábamos... era como si vinieran de otro mundo. Nuestros vestidos estaban siempre viejos porque habían pertenecido a otra niña antes y con suerte llegaban a nuestras manos de media vida. Lo aprovechábamos todo, no se tiraba nada; hasta los harapos servían para muchas cosas, como para hacer pelotas para jugar al fútbol, enrollándolos y apretándolos bien con alambres.

Un día que debía ser cercano al carnaval, pasó una de aquellas comparsas tan animadas que había en Cangas por la puerta de la escuela cantando en alusión a las desavenencias entre los concejales de izquierdas Corbacho y Taratola, amigos de mi padre:

*Señor alcalde, señor alcalde
cuente con los Capuchones
para que los concejales
no se peleen en las sesiones.*

*Conseguiremos a todo trance
que el socialista y el radical
hagan las paces y se abracen
y se disfracen en carnaval*

Todas las niñas nos lanzamos hacia la puerta, sin entender el contenido de una broma política que no nos interesaba lo más mínimo. Doña Perfecta saltó en su silla para intentar frenarnos:

—Niñas, niñas, dejadlos pasar, que van borrachos.

No hubo forma de pararnos; en un segundo, todas fuera. Yo di la vuelta y aproveché el momento para arrimarme disimuladamente a aquella bola del mundo para poder tocarla mientras la maestra andaba despistada. Empecé a leerlo todo: América, Argentina, Uruguay, Méjico, Estados Unidos... Busqué los sitios a los que escuchaba decir que emigraba la gente del pueblo en aquel tiempo. Quedé anonadada dándole vueltas a aquella esfera mágica hasta que doña Perfecta entró de improviso y me encontró acariciándola como si fuese un perrito.

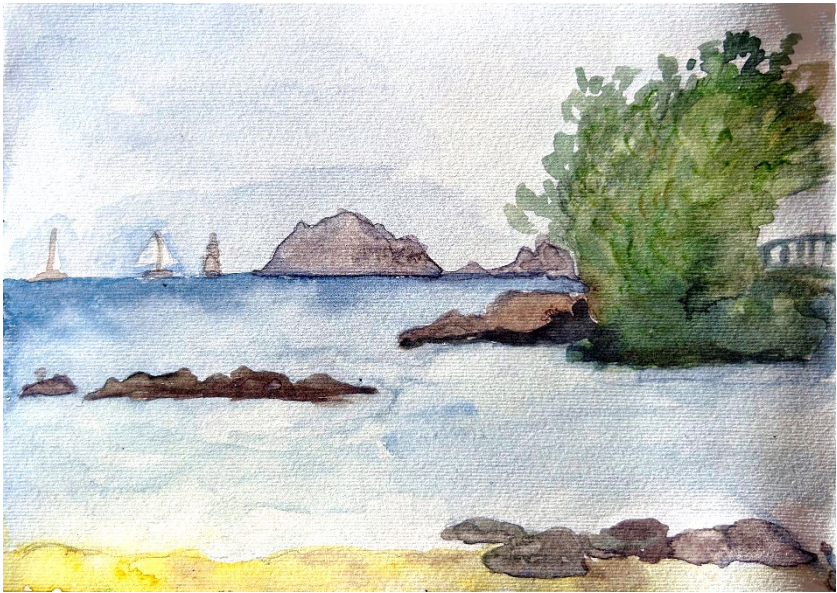
—¡Quita las manos de ahí, asquerosa!—. Casi caí al suelo de susto.

—Solo quería ver bien dónde está Buenos Aires. Y tengo las manos limpias—, me disculpé, sabiendo que le daba asco.

Empecé entonces a llorar, pero a ella le dio lo mismo. Me cayeron unos buenos varazos en las manos y los costados delante de las otras niñas. Cuando llegué a casa, mi hermana le contó lo que había pasado a mi madre, y a mí me entró otra vez miedo, por si me regañaba ella también. Entonces mi madre se sentó delante de mí, me cogió las manos, miró con tristeza mis palmas, y solo dijo:

—¿Qué te hizo *El Caballo*? Esa mujer es el mismo demonio. Venga, tranquila, vete a la calle a jugar un rato—, mientras me hacía caricias en las manos.

No me regañó y yo nunca la quise más que en aquel momento porque aprendí que ella, pasara lo que pasara, iba a protegerme siempre.



1930. Abuelas y nietas, fantasmas, y la radio de don Víctor

Las tardes de verano las pasábamos en la playa de la Ribera, siempre llena de gamelas y motores. En aquellos años no había un muelle grande donde los barcos pudieran arrimarse, así que la mayoría de las tareas de la pesca se hacían en la playa: descargar las cajas del pescado, subir y bajar los hombres de los barcos o arreglar los aparejos para salir al mar. Las largas cuerdas con las que se ataban las embarcaciones a la playa eran para nosotros los mejores columpios.

—¡José! ¡Fita! ¡Lola! ¡Bajad corriendo, que por ahí viene el amo!

Siempre había alguien que avisaba, y entonces desaparecíamos todos echando humo por los pies como si nos quemasen las arenas. La huida duraba poco tiempo, porque en cuanto desaparecía el peligro de ganarnos un buen tirón de orejas, allí estábamos otra vez, balanceándonos como si nada.

La playa de la Ribera, siempre llena de algas, era el corazón del pueblo que compartíamos sobre todo niños y niñas con los más viejos, particularmente con las ancianas que se pasaban el día sentadas al borde del paseo, ellas siempre dándonos órdenes y nosotras haciéndonos las sordas, todo lo que podíamos, ante las encomiendas que continuamente nos mandaban.

—Niña, vete a casa a soplar la lumbre, que se me va a apagar el fuego—, nos pedían siempre las abuelas mientras dejaban pasar el tiempo viendo cómo el resto del mundo trabajaba, sin parar de darle a la lengua entre ellas. No tenían más que hacer, porque total, el cocido con cuatro berzas, un poco de harina y unto, se iba haciendo solo durante todo el día dentro de una olla puesta en la trébede sobre la piedra del lar.

—Ya voy, mamá Joaquina—, decía mi amiga Argentina a su abuela, porque en aquellos tiempos también se las llamaba mamá, siempre con el nombre de pila detrás. Pero Argentina allí seguía pese a la insistencia de aquella anciana tan lenguaraz, hasta que la señora montaba en cólera porque la nieta no le obedecía. Y es que dejar a medias el juego del canto rodado y la búsqueda de alfileres escondidos en la arena, era para nosotras una auténtica tragedia. Cuando la abuela se levantó ya enfadada, mi amiga lo soltó todo y corrió a casa para volver lo antes

posible y así seguir jugando sin perder su turno. Pero aquel día regresó rapidísimo, con el terror en la cara, diciendo que había visto un hombre desconocido al traspasar el umbral de la puerta.

—Yo no voy, mamá Joaquina, aunque me mate—, dijo mientras empezaba a llorar desconsolada.

—Hay un hombre apoyado en la pared, así, fumando un pitillo—, decía hipando mientras estiraba dos dedos y se los llevaba a la boca como si estuviera fumando de verdad.

—¿Te dijo algo?, le preguntó la abuela

—No, ni siquiera me miró. Pero allí estaba, tan tranquilo.

—No seas tonta, niña. ¿Un hombre? ¿Qué hombre? Vete allí anda, que si el cocido para de hervir se quedan duras las patatas y no hay quien las coma.

Pensar que alguien pudiera entrar en la casa a robar algo no se le ocurría a nadie, porque allí dentro no había nada de nada. La mayoría de las casas no tenían ni siquiera una llave, y si la tenían, nadie la echaba. La familia de Argentina era tan pobre como la nuestra, a pesar de que su padre trabajaba como un buey en las canteras, su madre tenía un sueldo ínfimo diario en una fábrica y tres de sus hermanas mayores estaban ya empleadas también en una salazón. Trabajar, se trabajaba, pero los sueldos daban solo para comer a duras penas.

—¡Que no voy, no! Le digo que hay un hombre.

Señora Josefa, otra de las ancianas que estaba por allí, abrió entonces mucho los ojos y dijo muy despacio... misteriosa y bajando la voz:

—¡A ver si la niña vio algo!

—¿Y qué iba a ver? Déjate de misterios, que siempre estás con lo mismo. A ver, ¿cómo era ese hombre?—, le preguntó la abuela queriendo tranquilizar la situación.

—Pues alto, delgado, con un sombrero, estaba fumando apoyado a la pared, así, en la esquina del pasillo.

—¿Le viste la cara?—, insistía la señora Josefa.

—No, no, replicaba la niña. Es que me entró un miedo terrible. De repente no podía moverme, ni gritar, ni hablar. Estuve paralizada hasta que conseguí salir corriendo después de cerrar los ojos. ¡No quiero ir sola!

—¡Ay!... Alabado sea Dios! Ese debe ser el difunto de mi marido—, dijo entonces mamá Joaquina. ¡Esta niña ha debido ver a su abuelo! Era tal cual así

está diciendo: alto y bien plantado. Como de niño creció en una casa con barco en propiedad... creía él que era un señorito.

—¿Cómo puede ser que describa así al difunto si esta niña no llegó a conocerlo?—, insistía la señora Josefa. Vamos a rezarle un rosario por su alma. Si ha venido aquí es que necesita algo.

Se echaba entonces mano al bolsillo y sacaba un rosario desgastado de cuentas negras de madera. Las niñas apretábamos entonces nuestros cuerpos con los de las viejas, muertas todas de miedo, hasta que paraban de hablar de las historias de las almas del otro mundo que vienen de vez en cuando a visitarnos mendigando oraciones. Pero al poco tiempo las niñas, cansadas de rezos, responsos y sospechas de lo cerca que está de nosotros en el más allá, nos echábamos de nuevo a volar como si fuéramos gaviotas, olvidando el terror a los fantasmas.

Una de aquellas tardes de agosto en las que se siente el olor a invierno antes incluso de que hubiera asomado el otoño, vimos pasar a un hombre que llamó la atención de una de aquellas mujeres siempre pendientes de quien era quién.

—¿Quién es ese? ¿Sabéis quién es?

—No debe ser de aquí—, rumoreó otra.

—Va mirando mucho a todas partes. ¿Qué estará buscando?

—Debe ser un hombre fino, lleva sombrero.

—Será de los que vienen a darse una vuelta en el vapor de Vigo, que hay gente con tiempo para todo.

—¿Y a qué va a venir aquí?

La cosa se quedó ahí, pero cuando llegué a mi casa, allí estaba aquel hombre que vimos pasar entre sospechas de las viejas. Era don Víctor. Escuché a mi padre decir que era maestro. ¡Maestro! Qué miedo me dio... Un poco grueso, bajito, tranquilo y bien hablado.

—Hola, ¿y tú quién eres? —, me dijo.

Creo que ni siquiera llegué a contestarle, con el terror que tenía al acordarme de doña Perfecta y su marido. A partir de ese día, empezó a venir a menudo por las tardes a mi casa cuando se juntaba mi padre con otros hombres a discutir durante horas. Don Víctor a veces traía una cajita de madera con un ajedrez debajo del brazo. Mis hermanos entonces se sentaban y se ponían a jugar sin pelear, concentrados, como si el mundo dejase de existir. Yo quería aprender a jugar, pero ellos me contestaban que las hermanas éramos demasiado pequeñas para que nos entrasen todas las reglas del juego en la cabeza.

Don Víctor ni siquiera era gallego, venía del interior, de Extremadura. Yo no sabía ni dónde estaba aquella tierra, a pesar de que echándole mucho valor se lo pregunté un día a doña Perfecta, a la que no le dio la gana de abrir el mapa de hule para que pudiera verlo bien. A mí me gustaba mucho escuchar hablar a don Víctor, porque tenía una voz dulce, con aquel castellano que en su boca no hacía daño, porque no era como aquel con el que nos despreciaba siempre *El Caballo*.

—Cuando llegué aquí fue la primera vez que vi el mar. Decía. ¡No saben ustedes lo que tienen! Me subí con un poco de miedo al barco de Vigo, pero cuando vi los arenales de Cangas, redondeados como una concha, supe que iba a vivir aquí para siempre.

—Sí, don Víctor, pero de las cosas bonitas no comemos los pobres—, decía mi padre, que estaba un poco agrio aquellos días.

—Lo sé, lo sé. Mis padres eran jornaleros. A mí me costó mucho acabar los estudios, pero no me arrepiento. Siempre quise ayudar a estudiar a nuestra gente.

—Dentro de unos años— terciaba entonces Taratola, todos los hijos de los obreros aprenderán a leer y a escribir.

—Y también estudiarán Leyes, y no los engañarán más—, saltaba el Pitiscado. ¡A lo mejor hasta llegan a ir a la universidad!

—Soñáis—, replicaba mi abuelo, melancólico. Y así se quedaba flotando en aquella casa la imagen imposible de los obreros yendo a la universidad.

—La escuela del Pósito va muy bien. Muchos niños vienen todos los días—, seguía incansable el maestro.

—¿Y no se encuentra usted un poco solo, don Víctor?—, le preguntaba mi madre.

—Sí, Dolores, sí. Pero pronto vendrán mi mujer y mis hijos. Mis padres y mi hermana están vendiendo lo poco que tenemos en Extremadura y se vendrán para acá también.

—¿Y les gustará esto? Aquí hay mucha miseria y mucha lluvia en el invierno.

—La miseria también la tenemos en mi pueblo, solo que encima no vemos el mar. Y el verano es una maravilla aquí. ¡Cuando sale el sol es como estar viviendo dentro de un prisma!

—Sí, sí respondía mi madre. Con el mar todo en la vida se lleva mejor. A mí no me entra en la cabeza vivir en un sitio en el que no se vea el mar. Todas las veces que fui a Santiago me pareció triste. Será más grande, más rico, con edificios de piedra muy bonitos y todo lo que quieran, pero mi cabeza, por donde va, va siempre buscando el mar.

—¿Y dónde van a vivir?—, le preguntó mi padre.

—Allí mismo, en el Forte. Voy a comprar una vaca y a alquilar un terrenito para que mis padres puedan cultivar la tierra como hacen en nuestro pueblo, y que no se pongan melancólicos por haberse tenido que desprender de los vecinos y los campos.

Y así fue. Pasado un año, aquellos extremeños estaban totalmente integrados en el pueblo. Su familia era grande, un matrimonio con cinco hijos, los padres y una hermana de él. Estas gentes fueron una curiosidad mal aprovechada en Cangas. Cuando llegaba la primavera iban por los montes y los campos y recolectaban unas bolsas enormes de plantas silvestres que aquí no se comían: ajos y espárragos silvestres y unas hojitas muy menudas que crecían en el cauce de los ríos. Y lo más terrible de todo, ¡recogían caracoles para comérselos!

—¡Ay! Que asco, que asco—, decíamos nosotros que éramos de verdad ignorantes de aquellos placeres culinarios. ¿Y cuando veíamos que en otoño traían setas a las que nosotros llamábamos con horror “pan de culebra”? Aquello ya era demasiado. Pero ellos no hacían caso y estaban encantados comiendo todo aquello que la tierra en Galicia les daba gratis. Tenían una vaca e iban a vender la leche cada día al mercado, y plantaban patatas y maíz, maravillados de lo rápido que crecía todo. Los niños enseguida se adaptaron y andaban siempre jugando en la alameda alrededor del reloj meteorológico, como los hijos de los marineros.

Don Víctor se hizo cargo de la escuela del Pósito de los marineros. Su principal problema es que muchos niños faltaban a sus clases a menudo.

—Tenéis que decir a los padres en el Sindicato que manden a los niños a la escuela. Que no se preocupen, yo también les enseñaré cosas del mar... es mejor que aprendan de pequeños. Muchos se van a trabajar a partir de los diez años, y tienen que saber al menos leer y escribir. ¡Y yo no puedo hacer milagros si no me mandáis a los niños!

—Nosotros los mandamos, don Víctor, pero...—, decía mi padre.

—Cuando podemos— contestaba otro.

—Tienen que venir andando desde Coiro dos veces al día—, le explicaba mi madre. Sube y baja, lloviendo y ventando. Tapaditos con sacos, descalzos... y cuando hace frío, pobrecitos, no quieren venir. ¿Qué van a aprender así? Y en las aldeas todas las manos son pocas para revolver la tierra del campo. Y mire usted que la mayoría de las casas aquí no encienden fuego para calentarse. No hay leña, y muchos de los pobres niños tienen calor solo por la noche cuando se acuestan tres o cuatro en el mismo jergón hecho con las hojas de las mazorcas de maíz. Y claro, por la mañana no hay quien los levante.

—Sí, sí, contadme lo que queráis, que no me vais a ablandar. Los niños tienen que venir a la escuela. Estoy aquí para esto, Dolores.

—A ver qué podemos hacer—, decía entonces mi padre, conciliador.

Un día don Víctor entró corriendo en casa, con la cara iluminada y le dijo a los demás.

—He estado dándole vueltas al tema de cómo conseguir que los niños vengan a la escuela, ¡Compraremos una radio!

—¿Una radio para la escuela? ¿Qué van a hacer los niños con ella? ¡Se van a despistar de los libros!

—Pues sí, la mayoría de las cosas se aprenden escuchando. Oiremos las noticias y también en la radio leen libros y se cuentan historias del mundo entero. Aprender puede ser divertido. Además, ya es hora de que los marineros tengan una radio en algún sitio.

—Ya hay mucha gente que tiene radio en Cangas—, dijo Taratola.

—Los pobres, ninguno. Así podremos hacer reuniones de las asociaciones también en la escuela, al fin y al cabo, es la casa de todos ¿no?

El día que trajeron la radio fuimos todos para allá corriendo, niños, niñas y jóvenes todos en un frenesí. Don Víctor, intentando serenarnos.

—¡Shhh... sentaditos ahí, sin hablar ni alborotar!

Y empezó entonces a mover la rueda de la radio de un lado a otro. Aquello hacía unos ruidos inimaginables, hasta que, de repente, ¡música! y Carlos Gardel empezó a cantar arrastrando las sílabas de un tango. Los jóvenes se rieron contentos, y las jóvenes un poco avergonzadas, porque aquella música ponía todavía en el aire un halo de pecado. Yo, por primera vez en mi vida, pensé que los seres humanos éramos capaces de fabricar cosas de verdad maravillosas. El cine y la radio me parecían los mejores inventos del mundo porque nos permitían viajar a otros lugares sin tener que movernos de nuestro sitio.

1931 ¡Vamos a Saturno!

Los domingos eran siempre días buenos, a pesar de que había que ir a misa donde me aburría muchísimo. Y si eras una chica, no había manera de librarse. Lo más interesante llegaba por la tarde, cuando todo el pueblo salía a pasear arriba y abajo por la calle Real, donde están las casas de los ricos de Cangas, todas grandes, de piedra, con bonitos balcones y techos altos. Desde el reloj meteorológico hasta la fuente de La Mina cuesta arriba, y después cuesta abajo hasta el mar. En mitad del camino, el atrio de la iglesia, el ayuntamiento y el cine y alguna taberna que no era para nosotras porque las mujeres no podían entrar, siguiendo una norma que no estaba escrita en ningún sitio.

Si algún domingo íbamos juntos al cine, antes de salir de casa los cuatro hermanos rodeábamos a nuestra madre para mirarla admirados de cómo se peinaba delante de un espejo pequeñito y se ponía el vestido de los domingos. Todos saltábamos a su alrededor sin quitarle los ojos de encima porque ella, arreglada para salir, era la imagen más perfecta de un mundo ordenado y con sentido.

—Venga, iros a la calle y me esperáis allí. Dejadme un rato tranquila, que ya termino—, acababa diciéndonos siempre, harta de aguantarnos.

Salíamos entonces caminando hacia la calle Real a mirarnos los unos a los otros. Algún domingo en el que mi padre había conseguido guardar un pataco para cada uno, que era lo que costaba la entrada del cine Saturno, allá que nos íbamos todos contentos a la taquilla y entrábamos felices, porque aquel cine era de verdad la única diversión formal que había para nosotros, los niños, en el pueblo.

Titirintriiiiin tocaba un timbre cuando estaba a punto de comenzar la película, algo que ocurría casi siempre con retraso respecto a la hora prevista. La gente se ordenaba allí por clases sociales, como cuando íbamos a misa o incluso en la escuela. Nada más entrar había un dosel de terciopelo rojo y unas cuantas butaquitas para la gente más distinguida, y también las que había del mismo color en la primera planta, eran para las señoritas. La general, donde íbamos nosotros, estaba abajo. Los niños más golfos entraban por la última de las puertas para subir

directamente al gallinero donde se armaban siempre grandes líos. Los adolescentes compraban castañas asadas en la puerta y se pasaban toda la película tirando las mondas a la gente desde arriba, matándose a reír cuando alguien protestaba.

Cuando las películas eran mudas, si había suerte alguien tocaba el piano y leía para los demás los carteles. Aquella máquina de cine era muy vieja y se rompía continuamente. Pero esto no era para nada motivo de disgusto para los niños, sino todo lo contrario, ya que nos daba ocasión de gritar a pleno pulmón:

—¡Saturno, Saturno! ¡Devuélvenos el pataco de la entrada!—, mientras golpeábamos con los pies tan fuerte que parecía que el cine se iba a venir abajo.

Eran momentos de grandes carcajadas, porque entonces cualquier cosa nos hacía reír. Además, a la mínima, ¡pumba!... podíamos quedar a oscuras porque la luz también era un desastre en todo el pueblo, con todos los cables por fuera tan enmarañados que parecían la obra de una tejedora loca. Cualquier cosa tonta que pasara, se preparaba una avería. Siempre había un empleado de la empresa de la luz, que se llamaba La Hulla Blanca recorriendo el pueblo con la herramienta y la escalera al hombro.

—Manuel, vete a la calle del Lirio, haz favor, que estamos a oscuras.

—Y después pásate por la plaza del Costal, que estamos otra vez en las mismas—, decía otro. Y allí iba aquel hombre, de acá para allá desde la mañana a la noche, cargando con aquella enorme escalera. Así que no era raro que, cuando se iba la luz en el cine, tuviéramos que esperar por lo menos media hora a que Manolo volviera a engancharla.

A mi me encantaba ir al cine porque me hacía sentir que mi vida era muy buena. Me acuerdo cuando echaron aquella película que se llamaba *Fan e Claudiné*, que iba de dos niños huérfanos que lo pasaban muy mal. Yo me cogía muy fuerte de la mano de mi padre con mucho miedo de perderlo. Nos encantaba Charló, que salía en una película también con un niño abandonado tan guapito. Ponían también algunas historias sobre guerras. No he olvidado nunca todo el bombo que le dieron al *Plus Ultra*, aquel avión con el que Ramón Franco, (no el Franco cabrón, no; sino su hermano pequeño, que era republicano), que cruzó por primera vez el Atlántico volando sin repostar ni hacer paradas hasta llegar a Argentina.

¡Cuánto me gustaba ir al cine! Allí aprendía cosas sin echar de menos el mapamundi, siempre enrollado en la escuela y custodiado por doña Perfecta. Es que el cine, en cambio, era para todos: para las señoritas ricas y para nosotras, que no teníamos nada.

El cine era la fantasía cumplida de compartir el mismo mundo cuando las luces se apagaban.

En el cine también podían ocurrir otras muchas cosas. Allí actuaban las corales, los grupos de música y de baile, y también los de teatro, que eran los que más me gustaban. Cuando había alguna recaudación de dinero por el hundimiento de algún barco o para los más desvalidos, allí iba la gente más rica bien vestida que dejaba algo de dinero para las familias de los náufragos de Cangas. En aquel tiempo peligraban muchos barcos como el *Josefa*, el *Amalia*, el *Concepción*, y sobre todo recuerdo la tragedia sufrida por la tripulación de una trainera a motor, el *Azaña*, en la que murieron veintidós hombres del pueblo en el año 32.

Todo pasó en las aguas de la isla de Sálvora. Hubo solo dos supervivientes, y uno de ellos era vecino mío. Cuando llegó a casa contó lo ocurrido, pero lo hizo una sola vez. Después se calló para siempre, porque nunca más pudo volver a poner en palabras tanta muerte. Parece ser que una ola gigante del noroeste, solo una, golpeó el barco de través y toda la tripulación cayó al mar. Cuatro hombres desaparecieron en aquel momento. Veinte pudieron agarrarse al casco casi deshecho. Un día y una noche entera fueron aquellos hombres arrastrados a la deriva, cayendo uno a uno, soltándose de las maderas cuando se quedaban sin fuerza. Solo dos consiguieron aguantar sobre el casco, y ya estaban sin aliento y a punto de dejarse ir cuando apareció un barco noruego, el *Keret*, que los recogió y los acercó a otro barco que tenía su destino en Vigo.

Yo viví aquella historia con pánico por mi padre, por mis hermanos, por mis primos y por toda la gente a la que quería. Y mientras estaba allí, en el cine, escuchando aquellas canciones tan bonitas que cantaba una de las corales, no conseguía entender el significado de “acto benéfico” y por qué teníamos que estar pasándolo bien mientras sufríamos con la gente desgraciada. Tuvieron que pasar muchos años hasta que llegué a comprender lo que aquel momento no pude: que la justicia no tiene nada que ver con la beneficencia, que es solo un parche a un sistema injusto.



1931. República y escudos

Dicen que los martes son días en los que la energía se concentra y que, si eres sensible, puedes verla brillar como un rubí. Los martes son días para desfogarse, para que las palabras estallen en la garganta y las dejemos ir. Y si esos martes son los del mes de abril, ¡mejor que tengas cuidado de no quemarte! Pero estas cosas me las enseñó mucho más tarde una amiga medio bruja que tengo, después de haberme pasado una vida entera intentando comprender qué pasó aquí, en mi pueblo, qué ocurrió y por qué la felicidad se convirtió en tormento.

Aquel catorce de abril de 1931 era también martes. Las niñas andábamos aboyadas por la Ribera cuando llamó nuestra atención el barco de Vigo, que venía pitando desde la punta de Rodeira. Nos fuimos para el muelle, que estaba ya abarrotado de gente. Vimos entonces a aquel viejo barco de pasaje, el *María Luisa*, que se aproximaba con una bandera tricolor enarbolada en lo más alto del mástil. Pancho Eiroa y Lorenzo Corbacho sonriendo y sacando pecho a su lado. Allí estaba todo el mundo, hombres y mujeres, mozos y viejos. Esperaban ya en el muelle los de la Junta del Centro Republicano que se pusieron al frente de una manifestación espontánea que recorrió Cangas cantando *La Marsellesa* y *La Internacional*, con todo el mundo arrojando aquella bandera.

De muchas de las casas nadie salió, nadie se asomó siquiera por la ventana, todo cerrado bajo siete llaves. Debían tener miedo de que la situación política se pusiera a favor de los pobres o de los laicos. Pero a nosotros nos dio igual; aquella tarde era para pasarlo bien y no preocuparse. ¡*Arriba parias de la Tierra!*, ¡*En pie famélica legión!* Yo sabía solo la letra de los estribillos de aquellas canciones que escuchaba cantar en los mítines de Cangas o Pontevedra a los que me llevaban mis padres. Y allí estaban ellos, con una alegría que nunca antes había visto en sus rostros que empezaban a estar marcados por las preocupaciones y el paso del tiempo.

La multitud llegó festiva hasta el Ayuntamiento y llenó el atrio de la iglesia. Solo unos cuantos hombres entraron a hablar con el alcalde. Al poco tiempo volvió a salir Eiroa con un papel firmado en la mano, que leyó en voz alta con energía:

—Queda constituido, bajo mi presidencia, un Comité para el gobierno municipal, una vez entregados los poderes por parte del ya exalcalde Gándara.

Y venga, otra vez los aplausos y los vítores por la República, llenando el aire de júbilo. —Nuestro primer acuerdo es que mañana, miércoles, sea fiesta local— continuó. Así los vecinos y vecinas podremos festejar todos juntos este éxito conseguido después de tantas luchas.

Nos fuimos marchando conforme la noche caía, todos muy satisfechos. La mayoría de los hombres quedaron de charla en las tabernas, mientras que las mujeres se iban caminando despacio porque ninguna quería meterse en casa. Al pasar por la Ribera, estaba el taxi que entonces llamábamos “coche de punto” de Pepe parado en mitad de la calle. De una casa salió un grito de desesperación que nos hizo a mis hermanos y a mí pararnos en seco.

—¿Qué pasó ¿Quién es? ¿Quién grita así?—, decían a nuestro alrededor.

—Han venido a buscar a Finita. En Moaña mataron a una tal Cándida Lago. Es familiar suyo, pero no sabemos si es una tía o una prima.

— ¿Pero cómo fue?—, alguien preguntó.

—Dicen que estaba con un grupo de gente que se fue al muelle a celebrar la proclamación, y unos monárquicos escondidos detrás del portalón del almacén de salazón, se pusieron a disparar con la intención de matar al maestro que iba en el grupo; pero la mataron a ella. ¡Bandidos! ¡Pudo ser cualquiera!

—¡Ay, Jesús! Qué desgracia para esta familia.

Llegamos a casa con el miedo metido en el cuerpo.

—¡Mamá! Mataron a una mujer en Moaña... nos va a pasar a nosotros también—, dijo mi hermana, echándose a llorar.

—No, no, tranquilos. A partir de ahora todo va a ir mejor. Tuvo mala suerte esa pobrecita. ¡Esos fascistas! Iría tan contenta, como fuimos nosotros esta tarde a celebrar la República y con lo que se encontró fue con la muerte.

Al día siguiente no fuimos a la escuela. A las doce de la mañana salimos en un grupo grande en manifestación desde la Casa del Pueblo hasta el Ayuntamiento, toda la comitiva detrás de la bandera de la Alianza Marinera, el sindicato que llevaba Nores. Así recorrimos varias calles hasta llegar al atrio de la iglesia. Corbacho, aquel amigo siempre animoso de mi padre, que era cantero, se subió ágil como un gato a la Fuente del Caballo coronada por Santiago Matamoros, sacó la herramienta y borró a cincelazos la corona monárquica de uno de sus medallones, mientras la gente seguía cantando apasionada.

La sombra del suceso trágico de la vecina a la que arrancaron la vida en Moaña parecía no pesarle a nadie más que a mí. Aunque era una niña, noté cómo me corría el miedo y el frío por las venas al presentir que las cosas podían cambiar de la noche a la mañana y toda aquella alegría que sentíamos en aquel momento podía convertirse en un túnel largo y oscuro. Es más difícil borrar los malos pensamientos que arrancar los escudos de las piedras.



1933. El lavadero, un submarino y el robo del pan

Tenía doce años, pero mi cuerpo no acababa de crecer. Yo quería hacerme mayor cuanto antes e ir a trabajar remendando redes como mi madre. Me gustaba estar en la chabola en la que se reparaban los grandes aparejos o en el muelle donde se sentaban las mujeres de sol a sol, porque allí nunca faltaba un cuento que contar, una muerte que lamentar o un alma del otro mundo a la que temer.

Era un mundo femenino en el que se intercambiaban muchas cosas: la ropa que ya no se usaba, alguna novela corta, los remedios para curar algunas enfermedades o consejos para defenderse de maridos díscolos o violentos. Aquellas chácharas de mujeres eran para mí un misterio emocionante. De vez en cuando se ponían a hablar bajito entre ellas para que las niñas no pudiéramos oír lo que decían, y todo podía acabar en grandes carcajadas o todas cubiertas con un velo de silencio. Yo callaba también, curiosa, mientras enredaba alrededor de mi madre sin decir nada porque sabía que, si preguntaba algo, me echaría de allí sin contemplaciones.

—Márchate a casa Lola. Coge la ropa que he dejado dentro del cubo y vete al río a lavarla. Te da tiempo a tenderla al sol un poco, que hoy no llueve y los días ya son más largos—, me decía por sacarme de allí cuando ocurría algo inconveniente.

Y allá iba yo para casa, enfurruñada, aunque me duraba poco el disgusto. Cogía la ropa y enfilaba para el río del Señal, contenta porque de nuevo iba a sumergirme en otro territorio de mujeres, en los que tanto me gustaba estar. La llegada al lavadero era siempre un momento delicado porque yo intentaba colocarme cuanto más arriba del cauce mejor, porque desde allí llegaba a escuchar las voces de todas, pero nunca faltaba alguna que me dijera:

—Niña, ponte más abajo, que estoy lavando pañales de una recién nacida, y tu vienes con ropas gordas de ir al mar.

Y así, me iban echando cada vez más para abajo, para que no pudiera escuchar las conversaciones que se traían entre ellas. Yo rabiaba, pero no me quedaba más remedio que hacerles caso.

—Mi hermana Fita se fue a confesar con el cura de Aldán—, dijo una.

—¿Y por qué, si sois de aquí?—, dijo otra.

—Dicen que ese hombre es el demonio con cuernos.

—El novio se bautizó allí, y para poder casarse en Cangas le tiene que dar la partida del bautismo así que, aprovechando la ocasión, los obligó a los dos a confesarse con él. Lo que quiere ese es enterarse de todo lo que pasa con la gente en el pueblo.

—A ese le gusta mucho saber.

—Tienen controlada a toda la parroquia entre él y los condes de Aldán. Allí no hay quien se mueva.

—Y tanto, mira el refrán que tiene la gente de allí... Cuando haces un trabajo, te esfuerzas mucho y no consigues nada dicen: “ya trabajé para el conde de Aldán”. Tienen que trabajar gratis para ellos de vez en cuando.

—He oído que la hermana de ese cura es una beatona que no veas tú. Se pasa el día organizando a los más jóvenes y haciendo que voten a los que ellos quieran.

—Mi hermana es una idiota—, volvió a retomar el hilo la primera. Desde que se fue a confesar dice que no puede venir al río porque el cura de Aldán se lo prohibió.

—¿Que no puede venir al río? ¡Vamos, estamos apañadas! Me quedo con la boca abierta. No vendrá porque ya te tiene a ti que trabajas por las dos. ¡Y ese cura pensará que somos unas señoritas!

—Le dijo que los lavaderos son muy malos, que tenga cuidado porque son sitios donde vive el demonio. Que hay demasiadas murmuraciones de las mujeres malas y criticonas que andan a poner verde a todo el mundo, y que el diablo anda siempre entre nosotras. Le mandó que viniera lo menos posible y que si no le quedaba otro remedio, que hablara poco o mejor nada. Que rezara calladita mientras las demás le damos a la lengua.

—Hay que ser un poco tonta de verdad para creer eso. Los curas son hombres como los demás, ya deberían dejarlos casar. Yo no entiendo por qué no pueden tener una familia, así sabrían lo que es la vida, que después andan por ahí cotilleando de todo, y lo peor es que quieren mangonearnos y decirnos qué tenemos que hacer hasta con los maridos.

—Lo que les da más rabia es que no pueden venir aquí a controlar de qué hablamos las mujeres entre nosotras.

—Calla, calla, que de momento no les ha dado por venir con el hisopo a bendecirnos—, dijo una imitando una bendición, mientras meneaba un trapo chorreando agua, y todas se echaron a reír al mismo tiempo.

—¡Bajad la voz! A ver si van a oírnos esas que vienen por ahí. Mira que son muy de misa y pueden contarle que nos reímos de ellas al cura de Cangas.

—¡Que digan lo que quieran! Yo voy a misa a hablar con Dios, y no con el cura.

Las dos mujeres que venían con el cubo debajo del brazo pasaron de largo.

—No quieren juntarse con “las rojas”. ¡Pues allá ellas! El otro día las escuché hablando mal de Lola, la madre de esa niña. Se creen que van a alcanzar el cielo de los ricos por pensar como ellos.

—Dejadlas ir, ya volverán cuando el cura les dé permiso.

Aquel verano pasamos hambre. Los armadores hicieron un cierre patronal porque no querían asumir el pago del seguro de accidentes al que estaban obligados por una nueva ley. Era poco para ellos, pero suponía mucho para las familias marineras. Me acuerdo porque aquel año yo esperaba con mucha ilusión las fiestas del Cristo, que se celebran el último domingo de agosto, y quería poder estrenar algo nuevo. Había conseguido juntar algunos patacones en un agujero del muro de la buhardilla durante todo el invierno, pero viendo aquella primavera de hambre ya barruntaba yo que sería imposible. Aún así, en Cangas siempre pasaban cosas interesantes que nos hacían olvidar la poca comida que había hirviendo en el hogar.

—¡Acaba de entrar un submarino! —, Venía gritando desde lejos mi vecina Carmiña a las que estábamos en el lavadero.

—¡Vamos a verlo, corre! Ya está todo el mundo en La Ribera.

Y allá fuimos, corre que te corre, yo con toda la ropa mojada dentro del cubo.

—Como me vea mi madre me va a caer una buena.

—Venga, dale, no te pares, que por venir a buscarte perdí el sitio en primera fila.

Cuando llegamos allí sufrí una gran desilusión:

—¿Dónde está? ¡Pero si es muy pequeño! ¡Si apenas caben dos hombres encima de pie!

Durante aquellos días estábamos leyendo en casa por la noche, poco a poco, *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, que hablaba de la Ría de

Vigo y de la Isla de San Simón. Era como un catálogo de peces y de sitios hermosos que había por el mundo entero. Imaginaba que el submarino del Capitán Nemo debía de ser enorme porque toda la tripulación podía vivir en el mar sin pisar nunca la tierra firme, porque allí no se comía carne y podían fabricarlo todo con las algas y los materiales marinos. Nemo significa “nadie” en latín, según me contó un día don Víctor, y el autor lo llamó así porque aquel capitán no necesitaba glorias ni reconocimientos porque vivía en un mundo perfecto. Aquella historia les gustaba mucho a mis hermanos, y puede que por eso se hicieran anarquistas, no sé. En aquellos tiempos yo iba poco a poco dándome cuenta, de que la realidad siempre es más triste y más pobre que la ficción.

—Parece un trozo de hojalata.

—Es que su mayor parte está hundido, mujer—, dijo mi hermano Ángel, que andaba por allí.

—Es una visita a la Escuela de Pesca, vienen de prácticas a Cangas. Aquel que veis allí es el comandante Félix Ozamiz, y el submarino es el B-1—, nos decía haciéndose el interesante.

—¿Y tú qué sabrás? Siempre vas de listo—, le cortó mi amiga.

—Lo sé porque llevo todo el año yendo a la Escuela de Pesca.

—Entonces, ¿vas a ser capitán? —le replicó irónica. Lo mismo hasta piensas embarcar en la marina mercante.

—No, no, eso es muy difícil. Aquí todos vamos a la pesca, pero quién sabe...

Vi a mi hermano Ángel bajar los ojos y ponerse colorado delante de aquella chica por primera vez. Lo vi tan apurado que hablé para que se quedara tranquilo.

—En Cangas tenemos la primera Escuela de Pesca de España, pero mi padre no quiere que mis hermanos sean marineros.

Sin esperar ni decir nada más, él salió corriendo sin mirar para atrás. Carmiña se quedó entonces un poco azorada:

—¡Yo no le he dicho nada malo, eh!

—Déjalo, que últimamente anda un poco raro— la corté yo harta de sus tonterías.

Al día siguiente, mis hermanos se levantaron muy temprano. Yo andaba siempre pendiente de ellos, y no los dejaba en paz. Estaba amaneciendo cuando los escuché moverse sigilosos.

—¿A dónde vais?

—Vuelve a la cama, que esto no va contigo, anda—, me contestó José.

Cuando salieron, me asomé a espiarlos a la puerta. Allí cerca estaban ya otros chavales que a mí me parecían hombres, aunque ninguno había cumplido todavía los dieciocho años: Evaristo, Antonio, Agustín... y se marcharon todos juntos hacia el muelle. Tuve entonces un mal presentimiento y salí corriendo detrás de ellos.

Llegó el barco de pasaje de Vigo, el *Alegría*, con la mercancía para las tiendas, porque en aquella época casi todos los víveres y suministros llegaban a Cangas por mar. La mayoría de los comercios estaban cerrados por la huelga que había como protesta en contra del cierre patronal, y en las casas ya faltaba de todo. Mientras el barco hacía la maniobra de atraque, solo un hombre se acercó y desde el barco le dieron tres grandes cestas de pan. Entonces, el grupo de jóvenes en el que iban mis hermanos se lanzó encima y se las arrebataron de las manos. Las llevaron hasta la entrada de la capilla del Hospital y repartieron las hogazas a la gente, que se arremolinó en torno de las cestas. Yo me puse muy contenta porque conseguí hacerme con una bola grande y me fui a casa pellizcando en aquel pan que sabía a gloria con el hambre que tenía. El hecho de que los jóvenes se lanzaran a robar el pan fue muy comentado en los periódicos porque era una señal de que, en cualquier momento, podía desatarse algún tipo de violencia.

Aquel día tuve muy claro que cuando llegasen las fiestas del Cristo ya no iba a conseguir estrenar ni unos calcetines nuevos, pero como tenía algún patacón escondido para poder subir en las barquitas voladoras, me sentía rica y afortunada. Y cuando llegaba la noche y se cerraba la puerta de la casa, estaban las historias de Nemo, que me ponían muy contenta, aunque a veces me aburría mucho, porque era como un tratado científico cuando ordenaba el mundo con palabras que yo no conocía. Para mis hermanos, en cambio, eran las mejores partes del libro y se tiraban horas discutiendo si eran posibles o no los inventos que Verne describía. Ángel preparaba así cada noche las preguntas que iba a hacer al día siguiente a los maestros de la Escuela de Pesca.

Cuando atardecía yo no sentía que me faltase nada. En mi casa mis padres eran gente de paz y vivíamos con la tranquilidad de encontrar un refugio seguro cada noche.



20 de mayo de 1933. Angelitos y seguros de accidente

—Pilariña ¿a dónde vas? ¿Qué traes ahí? ¿Dónde cogiste esas flores? Como te pille el ama de la casa, te vas a enterar. Hija mía, ya tenemos muchos problemas para que vengas tú a meternos en más compromisos.

Mi hermana, que acababa de entrar corriendo en casa con el regazo lleno de rosas recién cortadas, tan contenta, se encogió un poco cuando escuchó a mi madre. Traía unas rosas pequeñas, de pétalos menudos de las que crecen silvestres enredadas en los muros de las casas, llenando el aire de perfume de primavera.

—Vamos a un entierro Maruja, Gelucha y yo, que murió otro angelito—, le respondió en tono de disculpa

—¡Ay, Dios mío! No paran de morir criaturas este año. Los meses de abril y mayo no me gustan nada, no traen más que muerte. ¿Y dónde fue?

—En San Roque. Por la tarde la traen al cementerio de Cangas. Nosotros vamos a ir a llevarle flores a la casa, es una primita de Gelucha de dos años.

Yo ya empezaba a ser una mocita, pero mi hermana todavía era una niña. Iba a regañarla en ese momento también, pero me callé. No hacía tanto tiempo que yo misma, cuando el mes de mayo explotaba en flores, me iba también con mis amigas a los entierros de los angelitos; niños y niñas pequeños que morían antes de tiempo. Una vez escuché a una señorita decir a otra en la iglesia, cuando vieron pasar un pequeño féretro:

—A las mujeres pobres no les duele tanto que se les mueran los hijos, ¡como tienen tantos y son tanta carga! No sufren como nosotras.

¡Lo que hay que oír muchas veces y callar para no armar un lío! Yo bien que sabía ya por experiencia que, cuando moría un niño o una niña pequeña, siempre había una madre llorando desconsolada, una familia triste, por muchos hijos que tuvieran.

Cuando éramos niñas, ir a aquellos entierros era una expresión de solidaridad con los que eran más pequeños que nosotras. Cuando escuchábamos que las campanas de la iglesia tocaban a muerto, nos poníamos alerta, nos enterábamos

de quién era, y si se trataba de un niño o una niña, buscábamos la casa para ir a acompañar el entierro. Sentíamos que allí teníamos un papel importante en la representación del dolor colectivo. Cuando me acuerdo de esto, después de tantos años, me veo a mí misma como si fuera una actriz representando un papel. Acompañar a los angelitos hasta la iglesia o hasta el cementerio era un ritual de primavera en el que se participaba solo si te atrevías además a robar las rosas, un reto, un desafío, que nos hacía sentir diez años mayores.

—A ver si vais cogiendo *sentidiño*, hijas mías. Llevamos varios meses sin trabajar—, siguió protestando mi madre. Aquella frase tan sencilla que utilizó para zanjar el tema se me clavó dentro, porque no era propio de ella, que era la que nos consolaba siempre a los demás.

—Si tiemblas tú, ¿qué será de nosotros?—, pensé melancólica.

—Me voy a la Alianza Marinera, que hoy viene un delegado de Trabajo. Por fin hemos conseguido que alguien se apiade de nosotros y nos ayude a terminar con este paro de los armadores y esta huelga tan larga. Ya no podemos más.

Yo salí detrás de ella, preocupada, sin que se diese cuenta. Cuando llegamos al local ya había allí una multitud de gente. Taratola estaba diciendo en voz alta:

—Vamos a tener cuidado de no provocar a nadie. Estamos desesperados, pero hay que tener control. Ya hemos hablado con el alcalde para que prohíba salir a la gente a los balcones, no se le vaya a ocurrir a algún vecino tirar macetas o piedras por las ventanas.

Fuimos entonces un grupo grande hasta el ayuntamiento, primero los niños, después las mujeres, todos con letreros: *Queremos pan y trabajo, nada más*. Las tiendas estaban todas cerradas. Una gran columna de gente avanzaba por la calle de la República, gritando en contra de aquellos que no dejaban salir los barcos al mar.

Cuando llegamos al atrio de la iglesia, aquello metía miedo. Guardias civiles a pie y a caballo protegían la entrada del ayuntamiento haciendo un círculo para que no pudiéramos pasar. Se hizo un silencio tenso e incómodo. Entonces salió el alcalde a la puerta a recibir a Taratola y Soliño que eran los que iban a estar presentes en la reunión por la parte de la Alianza. Mi padre no podía estar presente, porque en aquel momento lo habían retenido dentro del ayuntamiento acusado de participar en la organización de la huelga.

Llegaron también los representantes de la patronal y, de nuevo, comenzaron los gritos de la gente, tan potentes como el hambre y la desesperación acumulada durante meses. Taratola salió al balcón pidiendo calma. Nos dijo que era mejor que nos marcháramos de allí, y prometió ir a la Alianza Marinera a comunicar el

resultado de la reunión tan pronto terminase. Todo el mundo comenzó entonces a moverse despacito.

—¿Cómo se puede llamar a esto “negociación”?—, iban diciendo algunos. Unos con todo el poder en las manos y otros poniendo encima de la mesa solo el hambre y la necesidad.

En la reunión, el delegado de Trabajo quería que todo aquello terminase.

—Bueno, pues, ¿qué es lo que queréis?, les dijo a los representantes de la Alianza Marinera.

—No queremos más que un sueldo fijo de 1,5 pesetas al día, y lo que pesquemos por encima de eso que se lo queden los armadores—, dijo Taratola.

Ya sabía él que ni de broma se lo iban a dar. Un salario fijo no se le da a un pobre marinero porque, si van las cosas mal, no se le paga nada, y andando.

—No podemos aceptar esa propuesta de ninguna manera, dijo el representante de la patronal.

—Entonces ¿qué quieren ustedes de esta gente?, ¿matarlos de hambre? Les reconvinó el delegado. Esto afecta a más de tres mil marineros y otras tantas mujeres de las fábricas. Tienen que poner unas bases mínimas para poder llegar a un acuerdo—, insistía, por una vez del lado de los más pobres, según nos contó después Taratola.

Yo me quedé en la puerta del ayuntamiento, esperando. Los niños y niñas podíamos enredar por donde quisiéramos sin que nadie reparara en nosotros. Al poco tiempo de estar allí esperando, vi salir de la iglesia frente al ayuntamiento a una comitiva llevando un pequeño ataúd con el angelito hacia el cementerio. Mi hermana Pilarita y sus amigas iban detrás de las pocas personas que acompañaban a aquella madre, a aquella abuela, a aquel padre al camposanto. Mi hermana llevaba las flores en la mano. Iba muy seria y atenta a los gemidos de las mujeres, a los lloros que se permitían en ocasiones como aquellas. Mi hermana iba pálida y flacucha detrás de ellos. A mí me dio un escalofrío. La fiebre y la tuberculosis rondaban también nuestra casa.

Entonces salió Taratola del ayuntamiento y se echó a andar ligero hacia la Casa del Pueblo con nosotros detrás. Cuando llegó, informó de lo que había pasado:

—De momento, podemos estar contentos, algo hemos ganado. El delegado de Trabajo acaba de ordenar a los armadores que deben permitir que los barcos salgan al mar, hasta que no se solvente de forma definitiva el pleito que tenemos para hacerles cumplir la Ley de Accidentes de Mar y Tierra—. Todo el mundo entonces rompió a aplaudir viendo alejarse el hambre.

—Hemos ganado solo una pequeña batalla. Iremos a trabajar, aunque esto no se ha arreglado del todo. Los patronos tienen que entender que queremos un salario justo para que nuestros hijos puedan comer.

Aquello no era una solución, solo una tregua en la trabajosa senda que mis padres y otra gente del pueblo transitaban cada día. Pasó el mes de mayo, pasó junio y a principios de julio seguíamos sufriendo con el hambre. Había sardina de sobra, pero el precio estaba por los suelos. Las fábricas no podían comprar todo lo que se pescaba y aprovechaban para pagar lo mínimo aquellas enormes cajas que se descargaban a diario en el puerto. Los armadores no estaban dispuestos a ceder beneficios, así que, una vez más, la gente del mar era la que lo perdía todo.

Aquel verano mi hermana hizo compañía a las familias en muchos entierros de sus angelitos, hasta que las rosas dejaron de salir y entraron las nieblas de agosto; unas nieblas densas y espesas que vibraban como la cuerda de un violín desafinado que enturbiaba nuestros corazones.

1934. Amores, mítines y malos presagios

Algunas noches en mi casa se enrarecía el ambiente, y los hermanos nos encontrábamos más solos que de costumbre. Los amigos de mis padres dejaban de venir por la tarde, porque se pasaban las horas muertas debatiendo en la Casa del Pueblo o recorriendo las calles, impacientes, parándose a charlar apasionadamente en corrillos. Recuerdo que mi padre andaba un poco sombrío. Cuando entraba por la puerta de casa ya anochecido, quería que mi madre le hiciera caso, como si fuese un niño pequeño.

—Lola, deja eso mujer, ya harán la comida de mañana las niñas. Siéntate un rato aquí conmigo, que yo con cualquier cosa me apaño. Si hay un poco de tocino y pan ya está la cena resuelta.

Entonces mi madre sabía que algo malo pasaba porque no le miraba a los ojos cuando hablaba.

—¿Qué pasa José? ¿Qué tienes? ¿Ocurre algo?

—Lo de siempre—, contestaba él, lacónico. Tenemos que decir cada uno con quién estamos, a qué grupo vamos a prestar nuestro apoyo. Si nos dividimos, no tendremos fuerza y, entre toda la derecha, nos van a dar una paliza. Hay un mitin en la plaza de toros de Pontevedra, tenemos que ir.

—¡Yo también voy!—, dije yo rápidamente, interesada sólo en el paseo a Pontevedra.

—¡Y yo también!—, saltó enseguida mi hermana.

—Tú no tienes fuerza para ir todo el camino andando—, le contesté para pincharla. —Eso lo dirás tú—, contestó ella enrabiada, porque no quería que la tratáramos como la pequeña de la casa.

—Vamos a tardar mucho si te llevamos—, insistí yo para no dejarla en paz.

—¡Y tú quieres ir porque seguro que va Evaristo! Decía entonces porque sabía que algo estaba pasando en mi corazón adolescente.

—¡Mamá! ¡Está diciendo tonterías!— le contesté llena de coraje. ¡No le hagáis caso!

—Bien, iremos todos si queréis. No discutáis—, replicó mi padre con calma. Mi madre, entonces bajó la voz y susurró:

—El chico está en la cama, no está bien. Echó un poco de sangre por la nariz. Yo no sé, estoy muy preocupada, todavía está Cangas lleno de gente enferma del pulmón. No quiero dejarlo solo.

Mis padres estaban muy preocupados porque en aquellos momentos había una epidemia de tuberculosis en el pueblo y teníamos miedo.

—No tengo nada, id vosotros al mitin—, contestó mi hermano que lo escuchó todo desde la cama porque en aquellas casas no había intimidad ninguna. Solo estoy cansado de tanto toser, pero no es nada. Cuantos más vayáis, mejor. Estamos así por el hambre.

Los meses anteriores habían sido muy duros. Los habitantes de Cangas éramos gente de ribera, no teníamos tierra para poder poner un huerto o criar algo de ganado. Tampoco había montes comunales en los que poder recoger leña. Vivíamos solo del salario del mar, y cuando este faltaba por una huelga, por un paro patronal, porque escaseaba el pescado o porque hacía mal tiempo, nos quedábamos sin nada.

—Muy bien hijo mío, tú quédate entonces tranquilo. Dios nos ayudará a los más pobres — queriendo dejar mi madre una nota amable en el ambiente.

—Dios está con ellos, mamá, nosotros no importamos.

—¡Ay! No digas esas cosas. Dios está con nosotros. Lo que pasa es que toda esa gente es católica, pero no es cristiana porque no hacen lo que dijo Jesucristo. Nos quieren someter a la esclavitud, pero eso no es cosa de Dios.

—Déjate de historias. Hay que hacer un frente único. ¿A dónde vamos los obreros divididos? Nos va a dar por el culo—, dijo mi hermano.

—Bueno, pues haremos todo lo posible por no tener que caminar todo el día. Ya nos apañaremos—, intentó tranquilizarnos mi padre, que no iba a misa, pero no contradecía nunca a mi madre porque a ella sí que le gustaba ir.

—Vienen al mitin sobre todo comunistas: Álvarez del Vayo, la Pasionaria... y estarán todos los de Pontevedra: Gamallo, Pampín, don Amancio... y también estarán los compañeros de Bueu, Marín y Redondela.

—Vamos a ir un buen grupo de mujeres. Las de las fábricas y las de las redes, están muy animadas. Yo llevo más de una semana hablando con unas y con otras. Iremos todas juntas.

—Ya lo sé. Pero tenemos que decidir qué queremos realmente, ¿cambiar el mundo, las relaciones entre la gente, nuestro modo de vivir o solo que nos paguen un poco más? Hay que luchar por una solución conjunta—, dijo mi padre como pensando en voz alta. —Si, ese es el problema. Mirad lo que está pasando con el gobierno republicano que tanto deseábamos. A la mínima toman los conservadores el mando—, continuó mi hermano.

—Esos no creen de verdad en la democracia— continuó mi madre.

—Bueno, bueno, ya está bien—, intentaba mi padre calmar los ánimos. Ahora ya no podemos volver atrás. Lo peor ya pasó.

—Me parece que no. Tenemos que ir otra vez a la huelga, pero ahora estamos más unidos y tal vez podamos conseguir un frente único. Lástima no poder ir. —zanjó mi hermano.

Y allá fuimos tres días después. La subida hacia la plaza de toros de Pontevedra estaba abarrotada de gente con banderas de la UGT, de la CNT-FAI, del PC y del PSOE. Los hombres que iban de Cangas a un lado, y las mujeres a otro. Mi madre con las ataderas y las obreras de las fábricas de conserva escuchaban a la Pasionaria y a otros hombres que se iban cediendo la palabra. En sus discursos se iban materializando las ideas que teníamos todos.

—¡Un solo frente!, ¡Una sola unión!

—Es absolutamente imprescindible ir preparando el ambiente para una huelga general revolucionaria.

—Vosotros, los voluntarios de la libertad y la justicia social, sois los que tenéis el destino de España en vuestras manos.

Y yo allí, calladita, escuchando todas aquellas palabras que sonaban tan bien. ¡Qué suerte tenían los que aprendían a hablar así! Si tuviese que subir allí arriba y decir algo, seguro que se me pararía el corazón. Solo de pensarlo, me estremecía. ¡Cuánta gente llena de esperanza! Observaba aquellos hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos parecía tener suficiente poder en sus manos para dibujar un mundo nuevo.

Yo no era más que una niña de trece años y todavía no había descubierto que la vida de los adultos podía ser verdaderamente miserable. No había aprendido todavía que toda aquella gente era capaz de albergar en su interior más penas que el universo entero, porque habitaban un mundo marcado por el egoísmo y por la violencia, y que algunas personas podían llegar a ser más crueles que los sacamantecas con los que me asustaban de pequeña. En aquellos momentos todavía no había llegado a aceptar que los seres humanos somos la única especie animal capaz de esclavizar a sus iguales. Y por encima, por si esto no fuese ya

del todo injusto, conseguir que los esclavos piensen que tienen que estar agradecidos a los amos, y castigarlos si no es así.

En aquel momento todas estas ideas eran apenas una niebla escasamente percibida en el horizonte que no podía enfriarme el corazón ni el espíritu. Cuando salimos de allí casi todo el mundo hervía de emoción. Evaristo y yo nos hicimos un poco los remolones, nos quedamos al final del grupo, y al salir por una de las grandes puertas nos rozamos los brazos, como de casualidad. La pregunta de si lo habría hecho adrede ocupó todos mis pensamientos durante el camino de vuelta a Cangas. ¡Era tan serio aquel chico!

Cuando llegamos a casa era ya casi de noche. Desde la ribera, antes de entrar, mi madre miró atenta hacia Vigo y dijo:

—¡Qué cerca se ven hoy los edificios del otro lado de la ría! Seguro que cambia el tiempo y empezará a llover.— Era una frase sencilla, como tantas las que se pronunciaban cada día para mitigar el tedio de la vida. Pero lo dijo de una manera que me hizo pensar que no se estaba refiriendo solo a lo que estaba ocurriendo en la atmósfera húmeda y colorida de aquel atardecer. Algo hizo que se me encogiera el corazón como si acabara de escuchar un mal presagio.

1934. La Revolución de Octubre. Asociaciones clausuradas y huidas hacia túneles oscuros

El año 1934 fue de un intenso claroscuro. Durante los primeros meses, todo lo que ocurría nos confirmaba que un futuro mejor iba a llegar pronto. Mis hermanos, varios de mis primos, Evaristo, Rufino Miranda y unos cuantos más fundaron una asociación a la que llamaron *Mar y Tierra* para que los más jóvenes tuviésemos un lugar donde encontrarnos. Allí teníamos un espacio propio en el que leíamos en voz alta aquellos libros o revistas que no había en casa, y los chavales jugaban al ajedrez o a las damas, sin supervisión de ningún adulto. También nos dejábamos caer algunas niñas, pero menos, porque parecía que aquello de los libros no era para nosotras. Se leía lo que fuera y hablábamos de todo sin aburrirnos. Yo guardaba silencio cuando leían algunas frases de Kropotkin o de Bakunin... que tenían aquellos nombres que yo no me atrevía siquiera a pronunciar, ¡no fuese que me equivocara e hiciera el ridículo delante de todos y se rieran de mí!

Los mayores hablaban mucho de recuperar la naturaleza frente al desarrollo de las fábricas, de cuidar los animales y hasta del nudismo, que se decía que se había puesto de moda en las playas de Vigo; total ¿cuál era el problema? Si es así como venimos al mundo, “no debemos tener miedo a los cuerpos tal como son”, decían los más convencidos. Para otros, todo aquello era una tontería porque lo que había que hacer era “atacar las bases del capital”, y dejar para más adelante la revolución en la vida privada.

El que organizaba todo en *Mar y Tierra* era Rufino Miranda, aquel chico que tenía una energía que te llevaba la cabeza donde él quería. Desde pequeño había estado siempre en el Pósito: organizaba los libros, los prestaba, los contaba, les quitaba el polvo, pero lo que más le gustaba era preparar aquellas lecturas en voz alta que nos daban tanto de que hablar y que pensar.

A menudo era Evaristo quien escogía las novelas. Un día empezó a leer una que se titulaba *El Botín* de un tal Julián Zagazagoitia. Leía en voz alta, pero conforme la lectura fue avanzando, mi hermano mayor empezó a protestar.

—A ver, estas niñas, que se vayan a casa, que son pequeñas todavía para escuchar todas estas cosas.

—¡Yo no me voy!—, le contesté altanera. De todo lo que están hablando, yo ya sé, y no me espanto.

—Déjalas estar que no son tontas—, le replicó Rufino, que decía ser anarquista y estaba convencido de que no faltaba mucho tiempo para que las mujeres consiguiésemos ser iguales que los hombres, tanto dentro como fuera de las casas.

Pero en el fondo, entendía a mi hermano, porque yo entonces ya tenía un miedo particular metido dentro del cuerpo por el hecho de ser mujer. Ya había escuchado aquello que siempre decían las vecinas y que tanta rabia me daba, que “ser mujer y pobre, dos desgracias a un tiempo”. Las mayores predicaban siempre el mismo cuento para que las niñas no perdiéramos la cabeza pensando, ni por un momento, que éramos iguales que los hombres, no fuera a ser que nos comportáramos de forma desvergonzada y “nos echaran una mala fama”, que era lo justo para quedarte sin futuro.

A mí me parecían historias de viejas, pero aquella novela que estábamos leyendo les daba la razón, y eso me daba mucha rabia. Mujeres abusadas por todos los hombres en general, y engañadas en aquella historia por los ricos en particular; mujeres en venta para poder comprar un poco de pan. También hablaban de huelgas y reivindicaciones obreras, de señoritas “y gente bien”, pero a mí lo que más me impresionó fue aquel mundo de mujeres prostituidas, tanto por los ricos como por los pobres. Mi madre nunca nos hablaba de estas cosas, como si ser mujer no fuera nada particular ni importante, como si no existieran diferencias entre mis hermanos y nosotras.

El 1 de mayo de aquel año fue especialmente alegre. Veía a mis padres contentos con todo lo que estaba ocurriendo, porque por fin la mayoría de las y los trabajadores estaban unidos y esperanzados.

—Costar, costó, pero conseguimos hacer un solo frente obrero—, les decía mi madre a las mujeres mientras caminaban hacia el mitin organizado en la Casa del Pueblo para celebrar la fiesta del Día del Trabajo. Cuando llegamos, la mayoría de nosotras tuvimos que quedarnos en la puerta de la gran cantidad de gente que ya había dentro. Hasta allí nos llegaban los acuerdos que se iban tomando dentro sobre las reivindicaciones que había que hacer, en una ola de murmullos transmitidos en el boca a boca.

—“Amnistía para todos los trabajadores que están todavía en las cárceles”—, Bien, asentía todo el mundo.

—“Nos oponemos a que se restablezca la pena de muerte”.— Bien.

—“Derogación de las leyes represivas del orden público”.— Bien.

—“Que se respeten las leyes sociales de la República”.— Bien.

—“Contra el fascismo”.— Bien.

—“Contra la guerra”. — Bien.

—“Reconocimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”.

—Esto no estaba tan claro y los murmullos ya no eran uniformes, pero bien. ¡Todo sea por seguir todos juntos!

Aquel verano que siguió fue duro, pero ahora, con la perspectiva del tiempo, me pregunto cuál de ellos no lo fue en toda mi infancia. La gente pedía un cambio ya, aquel cambio que no llegaba nunca, y por eso preparaban una huelga general insurreccional.

—¿Qué es eso? ¿No es como las demás huelgas? Le pregunté yo a Don Víctor una tarde que pasó por nuestra casa con su hijo de cinco años cogido de la mano, recién rescatado del continuo correteo de los críos alrededor del reloj meteorológico de la alameda.

—Pues significa que la gente obrera no se debe dejar comprar por una miseria. Y que hay que seguir luchando unidos, aunque tengamos que renunciar a parte de nuestras ideas.

Yo era entonces muy joven y no me daba mucha cuenta de cuáles eran las ideas sobre las que se debatía. Para mí aquellas discusiones sobre partidos y sindicatos me parecían un lío. Interpretaba la realidad por la cara que tenían mis padres, y desde el verano los veía muy inquietos. La huelga se convocó por fin del 6 al 9 de octubre, y el día diez todos los barcos volvieron a faenar al mar; sin embargo, los problemas graves acababan sólo de empezar.

Al domingo siguiente la gente paseaba por la calle como si no pasara nada, hasta que escuchamos un grupo de jóvenes gritando consignas mientras caminaban rápidamente hacia el casino, con el ánimo de protestar contra aquellos señoritos que se reunían allí. Casi todos ellos eran también hijos de Cangas, pero no les importaba nada lo que podría sucederle a los más pobres.

El grupo de jóvenes obreros avanzaba por la calle en grupo y pararon al hijo de Eiroa, que no se dejó cachear; después se encararon con Eugenio Cordeiro y algún otro más. Lo que querían era quitarles las armas a los que pensaban que podían tenerlas, porque sabían que iban de caza o eran de casas ricas, donde solía haber por lo menos una escopeta o un revolver por si acaso.

Al poco tiempo llegó de Vigo una lancha con guardias de asalto que empezaron a disparar ráfagas con una ametralladora apuntando a la gente sin ton ni son. Todo el mundo se lanzó atemorizado hacia las calles de arriba. Dicen que alguien disparó a los guardias desde alguna casa de las del Crucero de Sínulis, pero no hirieron a nadie. Los hombres que se habían arremolinado en la calle huyeron hacia las zonas más altas de las Andias y de San Roque, pero fueron volviendo poco a poco al pueblo conforme la noche caía. En mi casa mi madre temblaba de preocupación. Mi hermano no entró por la puerta hasta las dos de la mañana. Nada más meterse en la cama sonaron varios golpes en la puerta:

—¿Es esta la casa de Rodal?

Mi madre cogió todos los papeles de propaganda de la huelga revolucionaria que había encima de la mesa, abrió un agujero disimulado que había en la buhardilla y lo escondió todo justo a tiempo. Venían a por mi padre y de paso a registrar la casa a ver si teníamos nosotros las armas. Entraron y lo pusieron todo patas arriba. Solo encontraron un viejo revólver que era de mi bisabuelo que no tenía ni balas ni nada. Ellos mismos vieron que aquello no servía para más que como pieza de museo.

—¿Dónde está su marido?

—Se ha ido al mar—, mintió mi madre.

—Dígale cuando vuelva que se persone en el cuartel.

Por suerte para mi familia y por desgracia para otros vecinos, aquellos hombres llevaban prisa por encontrar a alguien que castigar, y se olvidaron de nosotros. Iban de calle en calle guiados por el guardia municipal que todo el mundo llamaba “Gatos al hombro”, un tipo que se había mostrado muy radical cuando estuvo en la Alianza Marinera hacía unos años, y que ahora iba tan seguro de sí mismo, delatando a los que habían sido sus compañeros enseñándole a los guardias de asalto, dónde vivían los sindicalistas más significados. De nuestra casa en la calle Nueva fueron derechos a la calle del Sol, muy cerca de nuestra puerta. Llamaron, les abrieron, y sin mediar palabra comenzaron a golpear salvajemente a un pobre hombre, padre de seis hijos pequeños. Así, sin más, sin preguntar, sin juzgar.

Al día siguiente escuché contar que después de esto fueron hacia el Forte y allí dieron otra paliza a un marinero al que tuvieron que llevar al hospital. Y que no se conformaron con esto y cuando estaban de vuelta al muelle para coger la lancha para volver a Vigo, encontraron a otra víctima que venía con la cesta con el pescado para comer al día siguiente, que ni siquiera había estado en el pueblo durante el día y lo golpearon hasta que se cansaron también, todo por pertenecer al sindicato. ¡Y pensar que a esta gente les ayudaron otros hijos de Cangas! Dicen que fue el Chiripa, los hermanos M. y otros, traicionando a su propia gente, a su

hogar. Se mostraron muy orgullosos y contentos de meterles miedo en el cuerpo a todos los que trabajaban por los derechos sindicales.

Mi padre se escabulló de casa gracias a que, en aquellos tiempos, no había casi luz eléctrica ni coches en las calles y estaba todo oscuro. Mientras mi madre hablaba con los guardias, saltó por la ventana de atrás y salió corriendo hasta alcanzar la escalonada calle de la Torre del Gallo y siguió deprisa hasta llegar a la casa de su hermano Ángel en Santa Marta. Al llegar allí, se encontró con algo que ya sabía: no podían acogerlo en casa porque todos eran militantes y podían acabar detenidos, pero se ofrecieron a esconderlo. Lo llevaron hasta una caseta de guardar los aparejos del mar y la leña para la lumbre que tenían en la playa, y allí estuvo escondido dos meses. La persecución sobre algunos se mantuvo durante bastante tiempo.

Todas las noches varios guardias salían por las calles a ver si lo encontraban a él y a otro huido llamado Evangelio. Ambos se escondieron juntos y aguantaron casi a la intemperie un día y otro día, hasta que alguien de Cangas habló con los compañeros del sindicato de Vigo, y desde allí mandaron en una noche completamente oscura un bote a remo para poder sacarlos de Cangas. Vinieron con sigilo, se arrimaron a las rocas menos escarpadas de la zona y cruzaron la ría hasta Bouzas. Parece que fue una operación de rescate coordinada en la zona, porque mi padre nos contó que los llevaron después a todos en un grupo hasta cerca de la calle del Príncipe, y a partir de allí tuvieron que buscarse la vida por donde pudieron. Mi padre, que tenía una familia muy grande, se fue a Tui donde estuvo cinco meses.

Después de la fallida Revolución de Octubre detuvieron a muchos hombres de mi familia. A mis tíos, a mis primos y a tantos más, y los llevaron a la cárcel en Vigo donde los retuvieron varios días. Después los soltaron a todos al mismo tiempo. Lorenzo Corbacho, Manuel Núñez, don Víctor, el Charrúa, Ángel Calvar también estuvieron detenidos. Siempre estaban machacando en los mismos. Pese a todo, la gente estaba contenta porque no habían matado a nadie, como sí había ocurrido en Ferrol.

Pero hubo también otras consecuencias que sentimos mucho, porque como represalia cerraron los locales de las sociedades obreras, tanto las de los marineros como las de los canteros y otros oficios. Fueron al Pósito, a la Casa del Pueblo y lo clausuraron todo, incluso la Escuela de Coiro. ¡Todo aquello que habían levantado con tanto esfuerzo entre toda la gente! ¡Tantos grandes proyectos destrozados! ¡Y que todo aquello pasara en aquella soñada República por la que tanto habían apostado!

Fue un mal presagio. Durante meses se acabaron las lecturas de aquellas novelas de gente rica que esclavizaba a los pobres. Se terminaron las reuniones en las que escuchábamos los textos de los autores anarquistas. Íbamos, sin

saberlo, caminando hacia a un mundo más oscuro que yo no podía en aquel momento ni siquiera imaginar.



1935. Mi madre, Lola Blanco

Mi madre también se llamaba Dolores. Tenía los ojos pequeños, juntitos y vivos como si fuese una niña pequeña. Era una mujer tranquila que sabía estar callada cuando hacía falta, y también levantar la voz cuando no quedaba más remedio. Trabajaba cosiendo redes o en las fábricas de conserva, donde encontrase el sustento; pero trabajaba siempre, todos los días excepto los domingos. Se levantaba a las cinco de la mañana y se iba a misa dejando preparado en la casa todo lo que podía.

A mi madre la llevaron presa dos veces antes de la guerra acusada de *coaccionista*, ya tu ves. ¡Qué palabra! “Coaccionista”: alguien que coacciona a la gente; ¿a quién coaccionaba ella? Lo único que hacía era hablar con las mujeres de las fábricas y con las ataderas de redes porque en Cangas no estaban organizadas, para que se dieran cuenta de que la única forma de que las cosas cambiaran es que estuviesen todas juntas a la hora de reivindicar sueldos dignos.

Todas aquellas mujeres tenían vidas parecidas: trabajaban de sol a sol, desde los once o doce años en jornadas de más de diez horas. Si tenían hijos pequeños se veían obligadas a dejarlos a menudo solos durante horas y horas, esperando a que alguna vecina pudiera entrar y ver cómo estaba el bebé de vez en cuando. Cuando daban a luz, estas mujeres se quedaban sin ningún sueldo ni ninguna ayuda. Cuando crecían las hijas mayores, enseguida tenían que ayudar a sus madres a cuidar a sus hermanos pequeños, porque cuidar era cosa de mujeres. A partir de los cinco años te podían poner al cuidado de algún recién nacido. En aquellos tiempos ser la hermana mayor de una familia numerosa era una desgracia, porque seguro que te tocaba quedarte en casa, mientras los demás niños y niñas iban a la escuela. Mi madre dio a luz cinco hijos y vivimos cuatro. No eran muchos en aquellos tiempos. Mi hermana y yo fuimos, por suerte, las pequeñas, así que no tuvimos que cuidar de hermanos y pudimos ir a la escuela a aprender a leer y a escribir.

En aquellos años ya había sindicatos organizados de mujeres tanto en Vigo como en Bayona o en Moaña, pero en Cangas no había nada. Un día apareció en el pueblo un hombre llamado Manuel Piñeiro. Era un hombre joven y guapo, muy

agradable que, sin tener por qué, se dio cuenta de lo mal que estaban aquellas pobres mujeres cargadas de trabajo, y se dedicó a ayudarlas a organizarse. Había venido de Buenos Aires, y era un chico instruido y de bastante buena familia, su padre era el secretario del juzgado. Manuel empezó a ir por la Alianza Marinera para hablar con los demás hombres intentando convencerles de que debían facilitar la sindicación de las ataderas y las ‘fabricantas’.

En aquellos años había por lo menos doce fábricas de conserva de pescado y salazones en el pueblo, en las que trabajaban sobre todo mujeres, aunque casi todos los encargados eran hombres. Y mujeres eran también las que reparaban aquellas redes enormes de algodón que los marineros tenían que cargar como mulas llevándolas desde los barcos hasta el ‘encascador’ de Antolina, porque no siempre había carros de bueyes disponibles para llevarlas hasta allí. Después se inventó el nailon y toda aquella trabajera terminó. Había que tratar las redes de algodón para que no se pudrieran con el agua salada, en un proceso que era de verdad trabajoso. Primero había que meter la red en agua dulce y después en agua hirviendo con cortezas (que allí todo el mundo llamaba cáscaras) machacadas de sauce y pino rojo. Por último, se extendían por el suelo y se dejaban secar al sol.

Las mujeres que hacían todo esto eran las madres de los jóvenes que empezaban a ir al mar, las hijas de los viejos y viejas reventados de trabajar, las mujeres de aquellos hombres que volvían muchos días del mar sin un pescado que vender. Aunque llevaban el peso del mundo encima de ellas, durante el trabajo se mostraban alegres y festivas en cuanto había ocasión. Si había algo que las hacía reír, no había por qué privarse, pues la mayor diversión de las pobres era reírse unas de otras.

Cuando tocaba sacar las redes para llevarlas de nuevo al mar, una de ellas solía acercarse a la iglesia a coger un poco de agua bendita de las enormes conchas de la iglesia, y ellas mismas bendecían los aparejos. No necesitaban ningún sacerdote para eso. Si alguna protestaba diciendo que aquello de hacer el trabajo de los curas no estaba bien, ya saltaba alguna otra con que Dios no se fija en esos detalles tan tontos, pues ya sabía él de la buena intención que ellas tenían, y eso era lo importante.

Una vez vino una mujer de La Guardia que vendía redes, y les enseñó a las rederas una oración que todas celebraron mucho. Sacó una rama de acebo, la sumergió en el agua bendita a modo de hisopo y rezó,

*Aceviño, meu miniño,
aquí te veño buscar,*

*dalle sorte o meu home no
halar e no lagar*².

Muy bonito el ensalmo, pero claro, en Cangas no había acebos, y nadie podía dedicar tiempo a ir a buscarlos más lejos, así que las siguientes bendiciones las hicieron con una rama de hinojo o de laurel, que sí había por todos lados. A aquellas mujeres les sobraba entusiasmo, pero sobre todo sentido práctico de la vida.

Manoliño (a quien todo el mundo llamaba cariñosamente así), seguramente porque era un hombre bueno, un hombre idealista al que no le gustaba ver la miseria a su alrededor, no paró durante meses de calentarle la cabeza a cuanto afiliado había en la Alianza Marinera:

—No hay derecho lo que hacen con ellas en las fábricas. Cuando hay mucho pescado no las dejan ni ir a comer, ni siquiera pasar por casa media hora durante todo el día a ver a los niños. Esto no puede ser.

A aquel hombre no se le podía decir que no. Un día vino hasta nuestra casa, mi padre estaba comiendo, pero tuvo que dejar el plato para atenderle.

—Señor Rodal, estoy pensando que por qué no propone una asamblea y apoyan la organización de un sindicato para las mujeres, las ataderas, las ‘fabricantas’. Me han dicho que todos dirían que sí—, Y allí estaba mi madre, mirándolo de reojo y sonriendo, sabiendo que ya lo habían conseguido.

Entre todas constituyeron una asociación a la que pusieron el nombre de *La Reivindicadora*, justo cuando las demás sociedades marineras seguían todavía clausuradas después de la revolución de octubre del 34. Aun así a ellas no les importaron aquellos meses adversos, consiguieron un local en el Forte y allí comenzaron a reunirse con regularidad. Hicieron entonces sus primeras elecciones. Olivia Calvar: presidenta; Lola Blanco: tesorera. Cuando pasaron varios meses y los sindicatos recuperaron el uso de los locales en la Casa del Pueblo, ellas también se fueron al local de la Alianza Marinera.

² *Acevito, mi
niño,
aquí te vengo a buscar,
dale suerte a mi marido
en el halar* y en lagar.*

(*Halar significa levantar el aparejo que entonces se hacía a mano)

Tan pronto como se constituyeron en sindicato, comenzaron una huelga de mujeres en las fábricas porque no podían aguantar más. En Moaña acababan de conseguir la jornada de ocho horas, pero en Cangas todo seguía igual. Si no presionaban iban a tener que seguir trabajando diez horas o lo que les mandasen. El conflicto venía ya de antes, pero el hecho de estar juntas les dio la fuerza suficiente para poder protestar. Aquellos días mi madre no paraba en casa, siempre hablando con unas y con otras para que no se echaran atrás.

Manoliño les contó que aquello de las ocho horas había sido uno de los grandes logros de la clase obrera, y que en España se dictó una de las primeras leyes refrendando aquella reivindicación. Había sido en el año 1919 en la huelga de La Canadiense, la empresa de electricidad que abastecía todo Barcelona. Aquella huelga duró muchos meses, pero consiguieron aquel derecho por primera vez para todos los trabajadores, pero claro, no hubo manera de que se generalizara en todo el territorio español. Ellas abrían mucho los ojos cuando él les contaba estas cosas, pensando que les estaba hablando de un mundo feliz que todavía no existía.

Aunque con dudas, fueron a la huelga para reivindicar además una subida de salario, porque ganaban sólo la mitad que los hombres, que a su vez tenían un salario de miseria. Entonces, los patrones conserveros cerraron las fábricas pensando que castigando con hambre una vez más a las familias, ellas iban a dar su brazo a torcer, pero se equivocaron. Hicieron todo por no pagarles ni un céntimo mas, trayendo incluso trabajadoras de otros pueblos, algunas muy mayores que ya no daban las pobres pie con bola. Y todo por no darle a las trabajadoras del pueblo las mismas condiciones que ya tenían en Moaña o en Vigo.

Mi madre lo pasó mal aquella temporada porque, no sólo ayudaba a mantener los ánimos de las que estaban en huelga, sino que tenía que soportar que algunas mujeres de la derecha le tiraran piedras cuando se manifestaban y la insultaran en cuanto podían. La detuvieron el 14 de mayo, la llevaron a Pontevedra, pero en esa ocasión estuvo sólo un par de días en la cárcel, porque Manolito, en cuanto se enteró, allí se fue y habló con unos y con otros hasta conseguir que la soltaran.

Que las mujeres estuvieran sindicadas era algo que a muchos hombres no les entraba en la cabeza. Todo el año 35 fue muy duro para mi madre, pues seguía atendiendo la casa y salía a trabajar como de costumbre, además de dedicarse con ahínco a ayudar a las mujeres a tomar decisiones.

—Lo que más me duele— me dijo un día como hablando para sí misma— es que muchas de las que trabajan en las fábricas son las que menos conciencia tienen. No sé si le tienen miedo a los maridos o a los curas, no lo sé... pero no consigo convencerlas para se unan a nosotras. Creen que las van a mirar mal en las fábricas si se afilian al sindicato, y seguramente tienen razón.

—Ándate con cautela, que todo lo haces tú por las demás. Cuando consigáis las ocho horas, las que ahora no se unen las tendrán también. Te estás dejando el pellejo en esto—, le decía siempre mi vecina Marita, que era una artista, porque no sé con qué malabares de la vida, consiguió llegar al fin de sus días sin tener que ir a la fábrica, alegando que ella no trabajaba para los capitalistas. Siempre fue un verso suelto, que hablaba castellano y crió una hija de soltera sin agachar la cabeza ante nadie.

—Bueno, el mundo no se para porque unas cuantas no quieran hacer nada.

—El problema es que no son unas cuantas, Lola. Es que son muchas—, le replicaba también mi abuelo que estaba siempre preocupado por nosotros.

—Tienes cuatro hijos y aquí hay mucha gente que os quiere mal, que os tiene mucho odio, aunque ahora disimulan y se callan.

Mi madre le daba la razón, pero al día siguiente allá se marchaba al salir de su trabajo a otras fábricas como la de Lago, la de Chamadoira, la de Cervera o la que fuera, siempre con los folletos en la mano esperando que alguna los cogiera y viniese al mitin que en la mañana del 11 de noviembre dio la Pasionaria en Cangas. Nosotras no estábamos acostumbradas a escuchar hablar a las mujeres así, en voz alta, para todo el mundo, declamando aquellas palabras que nos llenaban de ganas de vivir. Pasionaria fue recibida en la Casa del Pueblo por las trabajadoras de *La Reivindicadora* que no sabían mucho de partidos, pero ya habían aprendido el gusto de andar todas juntas para conseguir un logro común. Benigna la Peteira le entregó un enorme ramo de flores que nadie supo de dónde sacó en pleno otoño, y nos pareció que se fue muy contenta.

—Manda carallo, ¡qué bien habla para ser una mujer! Decían muchos hombres.

Y Manolito estaba allí, ayudando con todo, recordándole a los otros el valor de las mujeres. Él, un hombre joven, que no le iba ni le venía lo que ellas estaban pasando. ¡Qué bueno era aquel hombre!

—¿Veis? Menos mal que las apoyasteis, le decía muy contento a los demás. Ellas son muy fuertes si se unen.

¡Pobre hombre! Fue el primero que asesinaron los falangistas en Cangas. Aquellos hermanos M. y otros más, que durante aquel año 35 callaban mientras preparaban las armas y hacían las correas de aquel uniforme inventado de camisas azules, para esconderse detrás de él y poder asesinar sin culpa durante los primeros años de la guerra. No quiero hablar mucho de esta gente, de esta familia de muchos hermanos, porque cuando se habla de algo es una forma de intentar entenderlo. Yo no quiero saber de ellos, no quiero ni imaginar qué los llevó a portarse así con otros hijos de Cangas. Sí sé que en aquellos tiempos sentíamos

que todos los que vivíamos en la ribera éramos como una familia, éramos todos hijos de Cangas, y eso implicaba solidaridad con otras familias como si fueran la propia.

Aquellos camisas azules que eran cuatro al principio de la guerra en el pueblo, fueron haciéndose un grupo más y más numeroso en cuanto Galicia quedó bajo el poder de las tropas franquistas. Crecieron tanto y se legitimaron tanto para hacer lo que querían, que dicen que después de la guerra llegaron a prohibir la venta de la tela azul para que los nuevos falangistas no pudieran camuflarse con los antiguos. ¡Qué horrores cometieron todos estos que decían que hacían las cosas para salvar la nación!

Con los años fui entendiendo que salvar la propia vida a veces supone renunciar a las ideas, mirar para otro lado, porque los pobres no tenemos más propiedad que la vida misma. Nadie se acordará de nosotros. Nuestra historia nadie la contará ni la escribirá, sino nosotros mismos. Cuando reflexiono sobre estas cosas siempre me viene a la cabeza aquella vieja con el nieto en brazos que nada más terminar la guerra pasó por nuestra calle gritando uno de los lemas de la Falange que nos ponía los pelos de punta:

—¡Viva la muerte!, ¡Viva la muerte!, ¡Viva la muerte!

Aquello era como una patada en el pecho para familias como la nuestra que tanto estábamos sufriendo. Pero con el tiempo, sólo con el tiempo, pude entender que a aquella mujer no le quedaba más remedio que cerrar los ojos, arrullar a su nietecito en brazos y esperar que nadie consiguiese hacerle ningún mal. Por eso levantaba el brazo para hacer el saludo fascista, aunque se le cayesen las lágrimas. Aquella pobre anciana hubiera ido a las puertas del infierno con tal de proteger a los suyos.

Febrero 1936. El Frente Popular

El año 36 duró como si fueran dos. Los primeros seis meses fueron alegres, pero nada más pasar San Juan, todo viró a peor. Yo no entendía de política, porque daba por sentado que aquello no era cosa de mujeres. Hasta mi madre nos decía que no nos metiéramos en aquellos líos, que ya sobraban las preocupaciones que ella tenía.

A mí me parecía que aquellos hombres que venían por mi casa y que después volvía a encontrar en la Casa del Pueblo hablando y dando mítines, algunas veces se iban por las ramas. ¿Por qué tenían que pelearse tanto entre ellos si todos querían llegar a lo mismo? Recuerdo siempre con angustia cuando Taratola organizó un mitin en el cine Saturno en el que vino a hablar un hombre del Partido Republicano Radical que debía ser muy importante. Se llamaba Emiliano Iglesias, y el discurso se lo reventó Emiliano Nores y unos cuantos más. Luego me enteré de que aquel hombre lo que quería era conseguir gente para su propio partido, pretendiendo que fueran algunos desleales a su propia gente. Debía haber una razón de peso, pero el caso es que fue desagradable y vi a mi padre salir de allí contrariado porque no le gustaba nada ver cómo se peleaban sus propios compañeros entre ellos, porque sembrar cizaña nunca es bueno.

—Mejor que gritar es a veces dar cuerda para que algunos se ahorquen—, dijo sentencioso. No le gustaba aquel hombre ni las maniobras que estaba haciendo. Y menos en un momento en el que parecía que todo iba bien porque por fin habían conseguido caminar todos juntos.

Los de la CNT y los de la UGT se pusieron de acuerdo para buscar una base muy amplia de acción, y las maniobras de Iglesias no iban a tener en ningún caso éxito. Tenía razón, porque en cuanto triunfó el levantamiento militar el 18 de julio, todos empezaron a ser castigados de la misma forma, fueran del grupo de izquierdas que fueran. Los metieron a todos en el mismo saco etiquetado como “rojos”, y los golpearon hasta casi terminar con ellos.

Cada vez que voy a la iglesia de Cangas me acuerdo de Emilio Nores, que tenía la vena apasionada de un artista. Era hojalatero, se ganaba la vida en el taller haciendo latas para las fábricas, pero también hizo esas lámparas tan bonitas que todavía hoy cuelgan del techo de la iglesia. Cuando estalló la guerra lo llevaron como a otros a la cárcel de Pontevedra, lo sacaron una noche, en el cementerio de Pontesampaio le pegaron un tiro y allí quedó. Aquel era un buen hombre, uno de los pocos que estaban en el Socorro Rojo Internacional.

—¿Qué es eso?—, Le pregunté una tarde en la que le eché valor y me metí en la conversación que tenían los hombres en la casa con mi padre.

—Es un servicio social internacional. Es para que los pobres podamos ayudarnos unos a otros sin depender de los curas, las mojas o la caridad de los ricos. Lo dirigen mujeres.

—Ah, ¿sí?—, contesté sorprendida y me quedé pensando. En aquel momento yo sólo conocía a la Pasionaria, que era la única mujer de quien todo el mundo hablaba en aquellos tiempos. Unos tiempos en los que además los comunistas iban teniendo cada vez más presencia en los mítines. Y resulta que no era la única, ¡había mujeres trabajando por los presos!

—La primera presidenta fue Clara Zetkin, que murió hace poco y que propuso que se proclamara el 8 de marzo como el día de la Mujer Trabajadora. Ahora la directora es Elena Stásova. La organización hace trabajo humanitario.

Yo me quedé rumiando y después le pregunté a mi hermano José.

—¿Es verdad que hay mujeres dirigiendo organizaciones?

—¡Pues claro que hay mujeres! Y muchas de ellas vienen de buenas familias, no son obreras.

—Pues en Cangas hay muy pocas mujeres que estén por la causa obrera, mi madre y algunas más. Y señoritas, desde luego, no hay ninguna.

—Pero el mundo es muy grande, Lola. Y ya ha habido hasta una mujer ministra. Se llama Alexandra Kollontai, que fue Ministra de Asuntos Sociales en Rusia'.

Yo quedé un tiempo cavilando sobre todo aquello. Había hombres que vivían mejor que nosotros que nos apoyaban, como era Manoliño, que veía con buenos ojos a la gente obrera, pero mujeres... yo no conocía ninguna. La mayoría de las señoritas sólo hacían que ir a misa, al cine, o como mucho a cantar al coro de la iglesia. Ahora creo que tal vez les pasaba lo mismo que a nosotras, que estaban por detrás de los hombres y no se las veía.

En todo caso, también se callaron y dejaron hacer, como hicimos todos.

El caso es que aquel año había empezado bien. Se hicieron elecciones en febrero, y por fin consiguió ganar el Frente Popular, aquel movimiento que había sido una esperanza, una cura contra la desilusión de los dos últimos años de la República. Los dos maestros de Coiro, don Víctor y don Vicente no pararon de trabajar para conseguir votos para la coalición de grupos de izquierda. Es increíble cómo revolucionaron todo haciendo campaña con los folletos que iban haciendo sólo con una máquina de escribir.

El día 23 de febrero yo me coloqué justamente en la segunda fila de la manifestación que recorrió el pueblo para celebrar la victoria del Frente Popular en las elecciones. Había banderas de todas las sociedades: los canteros, los marineros, La Unión del Hío... y dos pancartas blancas grandes con unas letras rojas que ponía: *¡Viva el Frente Popular! Y ¡Amnistía a los 30.000 presos!* Cuando llegamos al ayuntamiento, estaba el balcón lleno de aquellos hombres que yo conocía: Víctor Sánchez, Vicente Sáez, Fernández del Río, Antonio Varela. Los que hablaron fervorosamente fueron Manuel Martínez, que era médico, y Corbacho. Desde allí nos fuimos todos detrás de la banda de música que entonces dirigía Ismael Costas, aquel pobre hombre que vivió escondido durante la guerra en una cueva debajo del altar mayor de la iglesia de Coiro, protegido por un cura bueno que fue Manuel Vivero. Cuando se entregó, le sometieron a un consejo de guerra del que salvó la vida, pero no la esperanza.

Pero todo esto serían cosas que iban a ocurrir algunos meses después y que nosotros, que nos sentíamos triunfantes, no alcanzábamos a imaginar. Había gente que sufría calladamente la rabia de que los partidos progresistas y los sindicatos de izquierda controlaran los ayuntamientos. No decían nada, esperando agazapados como los zorros en sus guaridas poder abalanzarse sobre nosotros.



Abril 1936. La fábrica de Pellín y los folletos

—Lola, voy a la fábrica de Pellín a llevar unos folletos. Una mujer me avisó de que la encargada va a llegar hoy más tarde y podré hablar con algunas de las empleadas sin que tengan miedo de que las vean.

—Yo voy contigo—, contesté rápidamente.

—No, no vengas—, me replicó rápidamente mi madre que no quería que yo anduviera por allí cuando iba a hablar con otras trabajadoras de la conserva.

—Mejor que no te vean conmigo en estas cosas.

Yo en cambio quería siempre ir con ella, y especialmente aquel día en el que la veía nerviosa, con la cabeza un poco distraída de preocupación. La dejé salir y me quedé al acecho desde la puerta, como siempre hacía. Después corrí hasta la esquina de la calle y fui detrás de ella sin que se diese cuenta.

La vi allí, parada en el portalón de la fábrica hablando con una chica que había estado en la escuela conmigo llamada Mucha, y también con otra mujer mayor que yo no conocía. Me acerqué entonces a ellas porque sabía que, en aquellos momentos, mi madre no me iba a regañar. Me puse a hablar con Mucha mientras ella siguió charlando con la otra.

—Llevo sólo una semana trabajando aquí. Hay niñas como nosotras que llevan ya dos años metidas en la fábrica.

—Yo también quiero venir, pero mi padre no me deja, aunque ya tengo edad.

—Mejor que no vengas, ya tendrás tiempo

—Estoy aprendiendo también a coser redes.

—Si, es mejor que aprendas ese oficio. Aquí me paso el día recogiendo los restos del pescado.

—¿Qué te mandaron hacer?—, le pregunté curiosa.

—De momento dar servicio a las que están limpiando, recojo los desperdicios y los llevo al molino donde se hace la harina. Más adelante aprenderé

a empacar metiendo el pescado en las latas, pero ahora las pequeñas se ríen de mí porque ya soy mayor para estar haciendo esto.

—Pero te tratan bien ¿no?

—Sí, sí. Aquí hay tiempo para todo. Pero pasarlo bien, pasarlo bien, pues tampoco.

Llevábamos unos momentos de cháchara cuando vimos que se acercaba el hijo de la encargada, al que todo el mundo llamaba “el Pintos”, era un chico antipático y altivo, poco mayor que nosotras.

—Ya está bien, largaos de aquí que la gente tiene que trabajar—, dijo dirigiéndose a mi madre.

—¿Y a ti que te importa? Aquí no mandas nada—, le solté yo, lenguaraz.

—Cállate la boca. Y tú, vete para dentro, rubia tonta—, le soltó aquel imbécil a mi amiga Mucha, que era una niña rubita muy guapita.

—Tú si que eres idiota. ¿Qué te crees? ¿Un señorito? Porque tu madre sea la encargada no eres más que nosotras.

Mi madre sabía que el conflicto con aquel tipo no valía la pena y me dijo:

—Vámonos, Lola.

—Sí, largaos de aquí—, insistió él, maleducado. No tenéis que venir a la fábrica a nada. Llévate esa porquería de papeles, que aquí no los queremos y no vas a conseguir que nadie se afilie.

—Podemos estar en la puerta si nos da la gana—, insistí yo, desafiante. Tu no nos lo puedes prohibir.

—Deja, Lola. Vámonos, hija mía.

Y de allí nos fuimos las dos. Mi madre con poco ánimo de lío, y yo con mucho. ¡Aquel imbécil! Siempre se quedaba mirando a mi hermana y a mí cuando pasábamos y levantaba la nariz como si le oliéramos mal.

Aquella misma tarde esperé a Mucha a la salida de la fábrica. Quería preguntarle mil cosas sobre el trabajo: cómo eran los encargados, cómo la trataban las demás mujeres, cómo se organizaba todo. Yo estaba deseando ir a ganar algo de dinero también, porque eso significaba hacerse mayor de una vez: poder hablar alto como los hombres, comprar alguna cosita de capricho, o entrar y salir de casa cuando quisiera; aunque a decir verdad las salidas nunca me faltaron, porque mis padres me dejaron andar de acá para allá con total libertad como si fuera un chico.

En aquellos tiempos había muchas crías trabajando desde los once o los doce años en las fábricas. Muchas no sabían ni leer ni escribir. Eran malhabladas, alegres y desenvueltas. Pero Mucha no era así. Cuando íbamos a la escuela se sentaba siempre con nosotras en el banco de las castigadas, pero hablaba poco. Era rubita y pálida, delgadita y tímida. A su abuela le pusieron el mote de *La cruda*, porque decían que era como un pan a medio cocer de lo blanquita y rubia que era. Y así le llamaban también a ella porque había heredado aquella piel y aquellos ojos casi transparentes. Yo la había tratado mucho porque solía venir con su hermano Lao a la asociación *Mar y Tierra*. Era de una familia de canteros en la que los hombres eran más bien bajos y recios y ellas eran finas y delicadas como si fuesen señoritas.

Cuando la vi salir fui corriendo a encontrarme con ella, y me di cuenta entonces que por detrás asomaba el Pintos, quien al verme se frenó en seco con mucho desagrado.

—Qué bien que viniste—, me dijo Mucha en voz baja. Ahí lo tengo detrás de mí como una sombra. No quiero verlo ni en pintura. Debe pensar que, por ser el hijo de la encargada, tengo que hacerle caso. Me está siempre esperando y me habla con ese castellanito que no soporto.

—Tiene mal semblante ese tipo.

—Es capaz de meterme en algún lío con el encargado. Va diciendo por ahí que soy de una familia de rojos, y que soy yo la que voy detrás de él. No quiero que venga conmigo, pero siempre me sigue un poco, cada día unos pasos más, no me gusta nada. Tengo que subir hasta el barrio de San Pedro y me viene detrás.

—Vámonos a *Mar y Tierra*, seguro que tu hermano está allí y luego podéis subir juntos.

—Sí, vamos, pero no le digas nada de esto, que no quiero que se arme ningún lío. Mejor que nadie sepa nada.

Y para allá nos fuimos. Y aquel tipo persiguiéndonos sin ningún disimulo. Nosotras íbamos a lo nuestro, riéndonos todo el camino, porque nos parecía de verdad imbécil y sin gracia alguna. ¿Por qué pensarían algunos hombres que tenemos que estar contentas de que nos persigan? ¿Quién inventaría ese juego perverso en el que se supone que estamos muy felices cuando nos fastidian, porque eso es un signo de admiración de ellos hacia nosotras? No pedíamos aquello, ni nos gustaba. ¡Ay, dios mío! Yo me crié en una casa en la que nadie me enseñó nada acerca de lo que significa “ser mujer”, lo iba aprendiendo así, en la calle, charlando con unas y con otras.

Aquella noche mi madre llegó muy cansada y con todos los papeles sin repartir.

—Me parece que la gente empieza a tener miedo, José—, le dijo a mi padre.

—¿Miedo? Lo que tienen es hambre—, le contestó él.

—Siempre estáis los mismos pagando el pato—, terció el abuelo.

—Yo quiero ir a trabajar a la fábrica con Mucha—, salté yo en mitad de la conversación. Mi padre me miró muy serio y repitió aquello que decía siempre:

—Mejor que vayas a la escuela todo el tiempo que puedas. Ojalá pudieras trabajar para ti, sin tener que servir a nadie.

Tic-tac, tic-tac, el reloj de la vida sonaba en mi cabeza y también en la de él.

Tic-tac, tic-tac, mano de obra joven y fuerte para trabajar para otros.

Tic-tac, tic-tac, sudar para engordar a los que más tienen.

Tic-tac para ser mujer.

Tic-tac para tener hijos.

Tic-tac, tic-tac para llevar una casa y conformarse con comer.

Tic-tac, tic-tac.

Pero José Rodal y Lola Blanco eran un poco fantasiosos y pensaban que, tal vez con un poco de suerte, las cosas cambiarían y las hijas podrían estudiar unos años más. Y si mejoraban mucho con los cambios políticos que se avecinaban después de tanto luchar, hasta podrían llegar a ser maestras o secretarias, y trabajarían bajo un techo con la ropa siempre limpia y seca. Y no pasarían hambre, y podrían comprar vestidos nuevos, y podrían criar a los hijos con medicinas...

Tic-tac, tic-tac, pero aquel reloj no lo controlábamos nosotros, y el porvenir tampoco.

Tic-tac, tic-tac.

20 de julio de 1936

Desde hacía un par de días el aire se había ido espesando poco a poco. El verano oprimía nuestras casas con un puño caliente que no se levantaba hasta las cinco o las seis de la madrugada. A partir del día 18, que era sábado, todo en el pueblo era inquietud y rumores sobre un levantamiento militar. Los marineros estaban en huelga y las calles seguían cortadas, había también cortes de luz y no funcionaba tampoco el servicio de correos. Nadie sabía a ciencia cierta qué estaba pasando.

La noche del día 19 no descansamos tranquilos. A primera hora de la mañana se levantó mi padre, y yo con él, en cuanto escuché que se movía mientras los demás seguían durmiendo. Se sorprendió al ver cómo me agachaba a coger algo debajo de su cama.

—Lola ¿qué es eso?

—Nada, una canica grande que guardé. Es de cristal, mira como brilla.

—A ver, déjame cogerla. Sí es muy bonita. ¿De dónde la has sacado?

—Me la regaló Evaristo. Se la ganó jugando al gua al hijo del sastre.

—¿Y qué hacía debajo de la cama tan bien envuelta?

—La metí ahí para que os diera suerte a mamá y a ti. Una amiga me dijo que las cosas bonitas tienen poderes mágicos y que nos dan buena fortuna si las pones cerca cuando dormimos.

Mi padre me sonrió y me acarició el pelo despeinado de la mañana.

—No te preocupes, Lola. No es la primera vez que tu madre y yo tenemos problemas. Será como otras veces. Puede que nos lleven algunos días a la cárcel, pero todo se arregla siempre. No te asustes.

Mientras me tranquilizaba yo veía que la cara de mi padre no decía lo mismo que sus palabras. Sus ojos estaban esquivos e inquietos.

—Voy a salir a ver si encuentro a Ángel. ¿Dónde se habrá metido este chaval? Deja que tu madre duerma un poco más. No la despiertes—, me susurró en voz baja antes de salir.

Yo me quedé allí, apretando fuertemente aquella bola de vidrio en la mano. La noche anterior había escuchado cómo mi padre le contaba a mi madre, que se habían levantado las tropas del ejército de África, y también escuché algún que otro llanto sofocado.

Aquel día se juntaron en el ayuntamiento un gran grupo de personas que querían defender la República. El alcalde pasó toda la jornada pendiente de las noticias que el gobernador hacía llegar desde Pontevedra. La última había sido que se debían entregar o requisar todas las armas que hubiera por el pueblo y que debían llevarse esa misma tarde hasta allí para poder organizar la defensa de la democracia en la provincia. Salieron entonces varios hombres y fueron por las casas pidiendo que entregaran las armas de fuego que tuvieran. Pero aquellos años ¿quiénes tenían escopetas o pistolas? Sólo los que eran cazadores y las casas ricas, porque nuestras familias no tenían nada de nada.

Algunas casas entregaron las suyas, pero ya antes habían pasado algunos guardias civiles y gente a favor del golpe militar, avisando de que antes de darlas en la alcaldía las inutilizaran quitándoles los percutores, para que no se pudiesen disparar, así que los que ellos llamaban *rojos* no consiguieron ni una escopeta en buen uso.

Pese a todo, con las cuatro cosas que se requisaron, el clamor era unánime:

—Vamos a Pontevedra, ¡no hay que dejar que triunfe el levantamiento! Dicen que todo el mundo está en Marín.

—Toma tú esta carabina—, le decía Rufino Miranda en aquel momento que yo llegué a la puerta del ayuntamiento a otro hombre.

—¿Y la munición?—, le preguntó.

—No, munición no tenemos.

—¿Entonces? Para llevar un palo en la mano, ¡yo no voy a ningún sitio! Es que si vienen los fascistas ¡no nos vamos a poder defender!

—Pues quédate aquí si quieres. Tenemos sólo lo que tenemos, pero no podemos quedarnos sin hacer nada. ¡Debemos ir a apoyar a la República!

Obedeciendo las órdenes del gobernador, a media tarde salieron dos camiones cargados de hombres por la cuesta de Ximeu. El primero iba conducido por Agustín Sanjuán, del Partido Socialista, que no quería ni escuchar aquello de que mejor quedarse en Cangas hasta saber más sobre la situación general del levantamiento, como opinaban otros. En el Alto de la Portela, el límite de nuestro

ayuntamiento con el de Bueu, se habían apostado varios chavales jóvenes ya destacados en las organizaciones obreras. Llevaban dos días durmiendo al raso para poder controlar quién llegaba a Cangas por carretera. Allí estaba mi hermano Ángel, los Pavitos, Tomás, Evaristo y otros tantos más. Mi hermano y otros dos se subieron en el último de los camiones también.

Cuando llegaron a Bueu ya estaban otros vehículos esperando, y todos juntos formaron una comitiva hasta Marín. Ángel nos contó después que una sección de treinta y seis soldados del Polígono Militar les cortaron la marcha y los desarmaron. Detuvieron a varios y los demás volvieron a Cangas, derrotados y tristes. En aquel momento fueron muy conscientes de que el poder de decisión lo tenían los militares de Marín, y eran ellos los que decidirían la suerte de la comarca. Sintieron que, como otras muchas veces a lo largo de la historia, ellos no pintaban nada.

Aquella fue una noche de miedo. Mucha gente se arremolinó en torno al ayuntamiento en espera de alguna otra noticia, pero no se supo nada hasta las once de la noche, cuando ya todo el mundo se había ido preocupado a sus casas. A esa hora llamaron del cuartel de Pontevedra al de Cangas para comunicar a los guardias el triunfo del alzamiento militar, y la orden de que debían proclamar en el pueblo el Estado de Guerra. Volvió a irse la luz de nuevo, pero aun así, el teniente de carabineros Dativo Córdoba, al mando de catorce guardias civiles, cuatro carabineros y cuatro guardas municipales armados, leyeron por tres veces la proclamación frente al ayuntamiento, en la alameda y al principio del muelle. Nadie salió ni a celebrar ni a protestar.

Todo el mundo se quedó en silencio, amedrentado, salvo algunos mozos que salieron a tirar unas cuantas piedras al cuartel. Y aquí se terminó la resistencia violenta de la gente del pueblo al golpe militar. Enseguida varios guardias salieron a dar una batida por las calles, ayudados por algunos de los hijos de Cangas, que fueron señalándoles las casas en los que vivían los sindicalistas o los militantes de los partidos de izquierdas.

Aquella noche vimos con horror que no habían vuelto todos los hombres que se habían ido en los camiones.

Rufino Miranda, aquel chico anarquista y libertario de corazón y espíritu al que tanto le gustaban los libros y las risas, ya no volvió nunca más. Lo llevaron a la cárcel de Pontevedra, un edificio que está allí mismo en la Alameda, y a los cuatro días lo trasladaron a aquel infierno que fue el lazareto de la Isla de San Simón. Sólo tenía veintiún años cuando intentó escapar de la isla con otro anarquista de Mugardos llamado Manuel Sayar.

Pero todo les fue mal porque, aunque no hay mucha profundidad en aquellas aguas, cayeron al mar y a Manuel se lo tragarón las olas en unos segundos,

mientras que Rufino consiguió llegar a tierra a la casa del amo del bote que habían cogido para huir. Tan pronto como aquel hombre lo vio, le faltó tiempo para denunciarlo. Volvieron a apresarlo y lo encerraron un mes entero en un calabozo de aislamiento que soportó solo porque era joven y fuerte.

Quisieron dar un escarmiento porque nadie podía fugarse de allí y salir vivo. El once de diciembre lo sacaron del calabozo y allí mismo lo fusilaron, como si luchar por la propia vida fuera un delito. ¿Cómo se puede denunciar a jóvenes que no tenían delitos de sangre, ni de robo, ni de nada y después seguir durmiendo? Yo no lo sé, pero no tienen perdón aquellos que por quedar bien con los que mandan denuncian a los que ni siquiera conocen.

Mi padre, José Rodal

Los primeros detenidos en Cangas después del levantamiento militar del 18 de julio fueron los que formaban la Comisión Gestora Municipal, después de que el Frente Popular hubiera ganado las elecciones. Las detenciones fueron sistemáticas, siguiendo un orden macabro. Primero fueron a buscar al alcalde don Agustín Jorge Etcheverri el día 23; el 24 le tocó a Lorenzo Corbacho; el 25 apresaron a dos de los maestros más comprometidos: Vicente Sáez y Víctor Sánchez Martíl, a quien fueron a buscar a San Adrián de Cobres; el 26 vinieron a por mi padre, a por Ángel Fernández del Río y Jesús Barreiro. Todos fueron sometidos a un Consejo de Guerra como si fueran delincuentes. ¿Qué habían hecho ellos de malo? Fueron condenados a penas de muerte, a cadena perpetua o a muchos años de prisión, pero también al descrédito y al silencio para siempre. Los culparon del delito de “prestar auxilio a la rebelión militar” ¡Qué trágica ironía cuando los sublevados eran los otros! Pero así se escribe la historia. Tuvieron una victoria militar y cuarenta años para reescribir el pasado; pero yo que lo viví, sé que las cosas no ocurrieron como después las contaron.

A mi padre lo conocían en Cangas por el apodo *Marrixo*. Había sido marinero desde los once años, patrón de costa, y se pasó la vida bregando con los armadores y con los otros marineros para convencerlos de que se unieran, ya que sólo así podían salir de aquella miseria en la que vivió desde pequeño.

Mi padre tuvo suerte, porque no lo mataron durante el levantamiento. Lo condenaron a cadena perpetua que no llegó a cumplir porque, cuando en los años cuarenta empezó aquella hambre terrible debida a que Franco mandaba todos los víveres a Alemania, y se dieron cuenta de que no podían mantener tanto preso en las cárceles, empezaron a soltarlos. Uno de ellos fue mi padre. El estado en que estas almas volvían a sus casas, al gobierno no le importaba.

José Rodal era pequeño pero fuerte como una roca. Debía ser porque fue al mar desde muy niño, bogando en aquellos barcos en los que todo se hacía a mano. En casa le hacíamos la broma de que de tanto trabajar no pudo crecer en altura, ya que sólo consiguió echar pecho y espalda para tener fuerza en los brazos y así darle durante horas a los remos. Él contaba siempre que cuando era pequeño la

ría estaba llena de peces, que echabas un aparejo en cualquier sitio, y algo sacabas siempre del mar. Se trabajaba muchísimo, pero la mitad del año no se podía ir a pescar por causa del mal tiempo.

Yo todavía recuerdo cuando a partir del mes de octubre, había muchos días que te arrimabas a la ribera y te comía el viento. Cuando había mareas fuertes y viento del sur, la arena se colaba, inclemente, por debajo de las puertas y a través de las ventanas. Desde el inicio del otoño hasta finales de la primavera el mar podía subir muchísimo cuando había temporal, sobre todo si la luna estaba en creciente. Entonces las mareas eran tan grandes que no podíamos siquiera ir a lavar la ropa al río del Señal porque todo se anegaba de agua salada. El invierno era así, *suduestada* va y *suduestada* viene, un día sí y otro también. Y las casas frías porque no había leña. Podías echar un día entero en el monte intentando encontrar algunos palos en algún robledal, pero ¡qué va! Los que vivían más cerca ya tenían toda la leña recogida en cuanto caía un palo al suelo. Para los de Cangas no quedaba nada, y si no tenías dinero para comprar leña te pelabas de frío y las manos y los pies se te llenaban de sabañones. Mi padre decía siempre que los de Cangas éramos como los gatos que sobreviven sin dueño entre las piedras de los bordes de la ribera: o había pesca, o no había nada. El *Marrixo* era uno de aquellos gatos de ribera fortalecidos a base de superar calamidades. Tanto fue así que llegó a vivir casi cien años.

Mi padre vivía rodeado de una familia que era grande como una tribu. Además, conocía a mucha gente del pueblo y de los alrededores. Había sido uno de los fundadores de la sociedad de resistencia llamada *Alianza Marinera*, que se había creado en el año 1914, presidida por su amigo Corbacho, cuando este tenía sólo veintitrés años. Esta asociación de marineros fue la primera y con ella empezaron a tener algo más de fuerza, pero claro, enseguida la patronal se dio cuenta de que podían organizarse también, y fundaron antes de acabar el año su asociación a la que llamaron Progreso Pesquero.

En la fundación de la Alianza Marinera participaron muchos de aquellos hombres que serían después represaliados en el año 36, como Taratola, el Manegra, mi padre y el que llamaban Gatos al hombro, que era un exaltado de izquierdas en aquellos años, pero que tan pronto lo metieron en el ayuntamiento de guardia municipal cambió rápidamente de chaqueta. Aquella asociación buscaba conseguir mejores salarios, fundar escuelas para las familias marineras, o conseguir una pequeña paga para que los ancianos o las mujeres viudas no tuvieran que vivir de la caridad. Todo estaba por hacer porque no teníamos siquiera un seguro para ir al médico o para comprar medicamentos.

José Rodal era un hombre respetuoso con las ideas de los demás. Cuando mi madre nos mandaba ir a misa, él no le llevaba la contraria, sabía poner punto en

boca cuando ella tomaba alguna decisión. Callaba también cuando mis hermanos decidían ir al mar o no ir, nunca se metió con ellos.

Fue de los primeros encarcelados cuando estalló el Movimiento. Era el día 26 de julio, sólo dos días después de que detuvieran a los demás de la gestora municipal. Él se levantó aquella mañana y, como si nada pasara se fue a la barbería a cortarse el pelo, intentando pasar aquellos días de tribulación con la mayor normalidad posible, convenciéndose a sí mismo de que aquello era sólo una cuestión de días y de que el sentido democrático de la gente iba a acabar prevaleciendo. Se sentó en la silla, y cuando el peluquero casi había terminado el trabajo, por el espejo pudo ver que por la puerta asomaban ya varias camisas azules que venían a buscarlo. Lo llevaron detenido al cuartel de la Guardia Civil y después lo trasladaron a la cárcel de Pontevedra. Poco tiempo después también llevaron a mi madre a aquella prisión y allí estuvieron al mismo tiempo los dos sin que pudieran verse.

Desde ese momento nos sumamos al grupo de personas de Cangas que iba cada día andando hasta Pontevedra para que sus presos tuvieran comida y ropa limpia. ¡Cada vez que me acuerdo! Que hay más de veinte kilómetros de Cangas a Pontevedra ¡eh! Aquello es para contarlo y no creerlo. Salíamos a las tres de la mañana y a las cuatro, cuando rayaba el día, estábamos ya más allá de Bueu; y sigue, y venga camino, un pie delante de otro. Hacíamos la visita durante la mañana, y después de vuelta otra vez, comiendo un casi nada por el camino.

Cuando llegábamos a la prisión, podíamos ver a aquella pobre gente que venía desde Golada, desde Silleda, de todo por ahí arriba. La cárcel estaba atestada de gente porque prendían a quien fuese, sin ton ni son. Fueron tantos los detenidos, las detenidas, que tuvieron que llevarlos a la Normal porque no cabían en los locales que habían habilitado como centro de detención en la Alameda. ¡Qué pena me daban aquellos viejos, aquellas viejas que iban andando como nosotros y esperaban horas sin saber cuándo abrirían las puertas para poder ver a los suyos!

Los guardias iban saliendo de vez en cuando y decían:

—¡Familia de fulano de tal!

Nosotros le dábamos la bolsa que llevábamos y recogíamos la ropa sucia que dejaban los presos. Ellos revisaban todo y sólo después les daban lo que llevábamos. Lo peor de todo aquello era la incertidumbre, no saber a quienes de los que esperábamos le tocaría ese día la noticia de que su familiar ya no estaba allí. Andábamos cada día con el alma en un puño.

A veces no teníamos casi nada que llevarles de comer, pero íbamos igual sólo por verlos un momento. Nos situaban en unos corredores anchos, con la persona a la que ibas a visitar a cuatro o cinco metros, y unos tableros por el medio y un

guardia a nuestro lado. Era muy difícil entender lo que nos decíamos, porque todo el mundo tenía que gritar para hablar, pero por lo menos volvíamos tranquilos y conformados al ver que seguían vivos. Y así, venga, un día y otro día, y otro día.

Pasado un tiempo, sacaron a mi padre de allí y lo llevaron al lazareto de la isla de San Simón, donde estuvo encerrado casi un año entero. Lo trasladaron a él y a varios de Cangas. Sabíamos que allí pasaban un hambre terrible, pero no podíamos llevarles nada de comer ni ropa para cambiarse. Un día nos avisaron de que iban a deportarlo a Pamplona, al Fuerte de San Cristóbal, y fuimos corriendo a Redondela a ver si podíamos estar con él al menos un momento. Y sí, ver lo vimos mi hermana y yo, pero no pudimos siquiera hablar con él porque cuando llegamos estaba subiendo al vagón de un tren atestado de presos. No me dejaron ni acercarme, no pude tocarle ni darle un beso de despedida.

A mi padre no le gustaba recordar las desgracias pasadas y las cosas malas que vivió, por eso poco nos contó cuando lo soltaron en el año 41, pero estoy segura de que vivió un infierno. Al cabo de unos meses de estar en casa acabó por confesar lo que tenía grabado a fuego en el corazón. Nos habló de una Nochebuena en la que no llegó el camión de suministros al penal, y les sirvieron un caldo hecho con mondas de patatas para cenar. A más de uno se le caían las lágrimas tanto por la falta de comida como por la falta de la familia.

Nos contó también que en aquel penal encerraron a casi tres mil hombres en un espacio preparado sólo para seiscientos. Un grupo planeó muy bien la que fue la fuga carcelaria más grande de Europa en la que participaron más de seiscientos presos. Después de una muy buena planificación, el 22 de mayo de 1938, alguien gritó:

—¡Las puertas están abiertas! ¡El que quiera salir que salga!

Y empezaron a salir los presos asombrados de que todo fuera tan fácil, dispersándose por los alrededores. Los guardias no tardaron en salir tras ellos y dieron muerte sin piedad a doscientos seis de los huidos, a los demás les hicieron a todos un consejo de guerra y fusilaron a catorce de ellos en el penal. Los pusieron al borde de una fosa y les dispararon, mientras que los demás fueron castigados a rezar y oír misa durante horas y horas. Parece ser que solo dos consiguieron cruzar la frontera francesa, donde les esperaba otro infierno. Mi padre fue de los que no intentaron escapar porque sufría una neumonía tan fuerte que lo llevó a las puertas de la muerte. Debíó de estar varios meses tirado en un catre y ¡cuánto sintió no poder salir con sus compañeros! Pero aquello le salvó la vida. Cuando consiguió levantarse tuvo que volver a aprender a caminar.

El año en que volvió mi padre era el año del hambre. No había aceite, no había azúcar, no había harina, así que quedamos hasta sin pan. Y todo fue porque Franco pagó la deuda que tenía con Hitler por haberle mandado aviones y tanques

durante la guerra. También le pidió en la reunión de Hendaya batallones de soldados.

—“Le mandaré un millón de hombres”—, le dijo Franco.

Y fue cuando mandó la División Azul. En aquel momento estaba todo destruido. A muchos chicos le preguntaban cuando los tenían detenidos por cualquier cosa: —“¿Qué prefieres, estar en la cárcel o ir a servir España en la División Azul?” Y allá se iban, cualquier cosa menos estar en aquellas prisiones donde morían poco a poco. Algunos de los que habían estado escapados, hasta llegaron a meterse en la Legión para poder así salvar la vida. ¡Había gente que tenía muertos republicanos en la familia, y llegaban a decir que eran del otro bando para que no se metieran con ellos!

Cuando soltaron a mi padre, dejaron libres a muchos más hombres del pueblo, pero no fue un buen momento, porque cuando llegaron a casa se empezaron a dar cuenta de que no había en Cangas ningún futuro para ellos, y tuvieron que emigrar: Manolo Núñez se fue a vivir a Santoña, Germán Leiro se marchó con la familia a Burgos y así muchos más.

Mi hermana y yo, que nos habíamos quedado solas en casa, nos pusimos muy contentas cuando papá volvió, pero también en aquel momento sentimos un dolor muy profundo por la falta de mi madre y de mis hermanos. Ella seguía en la cárcel, habían asesinado a Ángel, y mi hermano José andaba por el mundo y casi nada sabíamos de él. Cuando vimos venir a mi padre tan flaco y desmejorado, parecía un hombre acabado. Lo abrazamos y vimos cómo le caían las lágrimas, y nos asustamos, porque nunca antes lo habíamos visto llorar.

—Hijas mías, ya estoy en casa. Seguro que sueltan a mamá también muy pronto. A partir de ahora no os va a faltar de nada.

Había estado cinco años fuera, y no sabía él hasta qué punto las cosas habían cambiado en el pueblo. Seguía mal de salud y nada más llegar se fue a ver al médico.

—¿Y usted qué oficio tiene?—, le preguntó nada más entrar.

—Yo soy marinero.

—¡Puf! La mar usted ya no puede ni olerla. ¿Cómo va a ir al mar? Tiene los pulmones destrozados.

Pero aun así siguió trabajando en el mar otros trece años con mis primos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al volver al pueblo pasó muchas penurias, porque como les pasó a otros de los sindicatos, ningún armador les daba trabajo. Nunca olvidaré aquel 17 de mayo, cuando todos los hombres se preparaban para la campaña del bonito, esperanzados con ganar un buen dinero, y a él lo dejaron en

tierra porque no le daban permiso de trabajo. ¡Qué disgusto se llevó! Entonces estaba en la Ayudantía de Marina un tal Rosendo Novo, que no le dio el permiso para poder trabajar porque “a los rojos hay que eliminarlos”. Pese a todo, mi padre era valiente y se lanzaba a hablar con quien fuera, y hasta allí se fue a insistir varias veces.

—¡Y os presentáis aquí! ¡Largaos, que a los rojos hay que exterminarlos de raíz!—, le soltó aquel hombre con toda la crueldad del mundo. Y echó fuera a los que iban a rogar por el permiso. ¡Y pensar que aquel hombre iba a misa y comulgaba todos los días!

¿Qué podía hacer mi padre? Estaba prohibido reunirse más de tres personas, habían confiscado los locales de los sindicatos, dismantelado la Casa del Pueblo, cerrado la escuela del Pósito... eliminaron todo lo que los obreros habían conseguido levantar durante décadas. Él se desesperaba por no poder ir a trabajar y tener que andar paseando una mano sobre otra por el puerto cada día. Aún así, consiguió hablar con unos cuantos hombres que también andaban aboyados como él y se decidieron a pedir cita al gobernador de Pontevedra. Cuando los recibió fue mi padre el que tomó la palabra:

—Mire señor, España está arruinada, destruida, ¡y hay tanta gente que queremos trabajar! ¿Por qué no nos dejan? Ni vencedores ni vencidos, déjenos ir a trabajar.

Aunque las autoridades y alguna gente particular siguieron machacándonos año tras año, aquel hombre se debió de dar cuenta de lo terrible que era marginar a toda aquella gente, y ordenó que le arreglasen los papeles para poder salir al mar. A partir de entonces, mi padre pudo esperar más contento la vuelta de mi madre.

11 de agosto, días de cárcel

Aquel día había refrescado tanto que no sabíamos si temblábamos de miedo o de frío. A las nueve de la mañana del día 21 de julio del 36 escuchamos desde casa a un grupo de personas que iban hacia el puerto gritando ¡Arriba España! Mi madre no quería que saliéramos de casa, pero como siempre, yo no le hice caso y me fui corriendo hasta la esquina de la calle a ver qué pasaba. Era una manifestación no muy numerosa, delante los guardias y detrás un grupo de bravucones. Fueron hasta la Casa del Pueblo, dieron una patada a la puerta y entraron para recoger toda la documentación que allí había. Salieron varios con cajas de papeles en las manos, y luego le pusieron unas cadenas en las puertas para que nadie pudiera volver a entrar.

Cuando cayó la noche, un grupo más pequeño de aquella gente entró esta vez en el local de la Alianza Marinera. Iban buscando los libros y los periódicos para sacarlos a la calle y montar un espectáculo de fuego. Más de uno cruzó ceremonioso las manos sobre el pecho o levantó el brazo agradeciéndole a Dios el poder que tenían de salvar al mundo de le herejía. Yo lo vi todo de lejos, escondida detrás de unas cajas de madera. Vi con estupor cómo ardían todas aquellas historias, las que ya habíamos leído y las que nos quedaban por leer. Pensé que ya no sabría nunca el final de *El Botín*, y qué les habría pasado a todas aquellas mujeres explotadas por los hombres de las que hablaba la novela. ¿Cómo podían quemar los libros? aquellos libros que tanto nos costaba conseguir para hacer la biblioteca de *Mar y Tierra*. Las lágrimas empezaron a brotar en mis ojos sin poder contenerlas, y me fui corriendo por temor a que me vieses llorar.

Nadie pudo protestar porque las calles estaban tomadas por aquellos que inventaron los horribles uniformes azules con correas que daban miedo, que tenían armas y la voluntad de no dejarnos ni siquiera respirar.

—¡No salgas, niña! Nos quedaremos algunos días en casa, pasarán pronto—, me consolaba mi madre. Pero el miedo, aquel cuchillo frío que nos destrozaba por dentro, había empezado a penetrar en nosotros conforme íbamos escuchando las barbaridades que estaban pasando.

Después de encarcelar a los representantes de la Gestora Municipal, al alcalde, a los concejales de izquierdas, al secretario... fueron deteniendo a todos aquellos que habían tenido un cargo representativo en las sociedades obreras e incluso a los que simplemente estaban afiliados a partidos o sindicatos. Todos fueron cayendo en sus garras poco a poco durante los primeros años del levantamiento. Antonio Fernández, José Benito Saa, Ángel Rial, Jesús Millán, José Mejuto, Manuel Martínez, Silvano Martínez, Eduardo García, José Gallego, Joaquín Fernández, Francisco Bua, Saturnino Blanco, Alejandro Abendaño... fueron cogiendo uno a uno y encerrándolos en todas las prisiones que improvisaron y casi todos terminaron asesinados. Sólo los militantes de partidos monárquicos, o aquellos de mucha misa o así, podían estar tranquilos esos días en los que haber estado cerca de un sindicato o un partido de izquierdas implicaba un peligro de muerte.

Entonces me puse enferma. Creo que debí pasar un sarampión o algo parecido porque no pude salir de la cama durante varios días, lo que debió ser bueno para la tranquilidad de mi madre. Mi padre estaba ya detenido, y ella no pegaba ojo. Comimos durante varios días lo que pudimos sin salir de casa, porque entonces era muy peligroso que te vieran hablar con alguien, porque nada más verte podían venir a por ti.

Cuando se llevaron a mi padre, mi madre se quedó temblando, como si un hielo de invierno hubiera entrado por la ventana y se le hubiera anidado en el interior del cuerpo. Aquellos bandidos golpeaban las puertas y había que abrirles. Se llevaban con ellos a quien querían y los encerraban en el antiguo Instituto de Higiene que convirtieron en cárcel, en el cuartel de la Guardia Civil, o en local de la Falange.

A algunos hombres como a Lorenzo Corbacho o a Antonio Fernández los deshicieron a culatazos y después los pasearon por las calles para aterrorizar al resto de la gente. Aquello no era un matar a escondidas, no, incluso uno de aquellos locales estaba pegado pared con pared a una escuela de niñas que podían escuchar los gritos de los torturados. ¿Qué había hecho toda aquella gente? ¿Habían matado a alguien? ¿Habían robado? Nada, no habían hecho nada más que intentar vivir un poco mejor. Los mataron y los torturaron por no pensar como ellos. Cuarenta años fueron demasiados años de silencio.

Aquellas muertes dolieron siempre. Y que dios me perdone, pero si existe, debería mandar a todos aquellos violentos al infierno. ¿Qué habíamos hecho nosotros? ¿Qué había hecho mi padre o mi madre? ¿Qué habían hecho mal mis tíos y mis primos o mi hermano y tantos otros? No pude entenderlo en aquel momento, ni puedo entenderlo ahora.

Ya conté que el primer asesinato que cometieron fue el de Manuel Piñeiro, aquel hombre joven venido de América que le dio por ayudar a las mujeres a

sindicarse. A Manuel lo detuvieron los falangistas delante del ayuntamiento y allí, para que lo viera todo el mundo, le dieron una paliza para amedrentarnos a todos. ¡Que temblara todo el pueblo! Porque aquel hombre era de buena familia, era oficinista e hijo del secretario del juzgado nada menos. Había que dar un escarmiento. ¡Cómo pudo ocurrírsele juntarse con la chusma! Las élites no deben andar con los pobres proletarios si no es para explotarlos; y si no es así, recibirán la misma muerte.

Nadie salió al balcón, nadie pasó por la calle, pero al poco tiempo, todo el pueblo sabía lo que acababa de pasar. Lo sacaron de la cárcel para llevarlo a Pontevedra, pero no llegó vivo. En Mogor, cerca de Marín, le pegaron varios tiros y lo dejaron allí tirado. Una de aquellas balas le rompió el corazón grande que tenía. Era el día 11 de agosto. Dicen que fue la culpa del jefe provincial de la Falange, que inauguraba así las muertes impunes en el pueblo de Cangas, aquellas muertes en las que se aplicaba la “Ley de fugas” con la que justificaban cualquier asesinato con la disculpa de que el preso había intentado huir. Manuel había sido el primer presidente de *La Reivindicadora*, tenía treinta y un años cuando lo asesinaron como si fuera un animal destinado al sacrificio.



Agosto del 36. Detienen a mi madre

Aquel mes de agosto del año 36 no tuvo nada de dorado. Una amiga un poco bruja me dijo una vez, que agosto es el mes en el que debemos pararnos a pensar si queremos perdonar a alguien, por si acaso nos morimos de repente. Pero ese año nadie perdonaba a nadie. La gente callaba, amedrentada, soportando aquel toque de queda que nos paralizaba. El miedo a los gritos nocturnos de la gente maltratada, el terror a levantarnos cada mañana al darnos cuenta que otro hijo de Cangas faltaba de su casa, nos dejaba sin aliento. Hasta que nos tocó a nosotros.

En los primeros días de la guerra, mi hermano Ángel se ponía la ropa gorda de trabajo y salía al mar, como si fuese un día cualquiera, que de algo había que vivir. Mi otro hermano, José, ya no estaba en casa porque se había ido al servicio militar.

Aunque hacía calor, aquella noche mi madre, mi hermana y yo nos metimos las tres en la misma cama, juntitas, como presintiendo que iba a pasar algo malo, sin querer imaginar qué podría ser, porque a mi padre ya lo tenían preso y era como si nos faltara la familia entera.

—Mamá, ¿cuándo vuelve papá?—, preguntaba mi hermana constantemente.

—Lo soltarán pronto, ya verás. Cuando llegue Navidad ya estaremos libres de estas historias. No es la primera vez que nos encarcelan. Saldremos de esta como otras veces. Tu padre no ha hecho nada malo.

—Pues mamá, tú quédate siempre con nosotras—, le respondió mi hermana pegándose más a ella.

Poco a poco nos fuimos quedando dormidas. De repente, a las dos y media de la madrugada, sonaron unos golpes muy fuertes en la puerta. Mi madre se levantó sobresaltada.

—Quietecitas, no os mováis, que ya voy yo.

—Mamá, no abras, ¡no abras! —, salté yo nerviosa también.

—Tengo que abrir hija mía, que nos van a echar abajo la puerta si no. Se puso un mandilón por encima del camión y descalza se fue a la puerta.

—¿Es esta la casa de Lola?

—Sí, esta es.

—¿Es usted esta señora?

—Sí, soy yo.

—Acompañenos.

—Por favor, dejen que me ponga algo de ropa.

—No, no, no. Venga a firmar una declaración, no tardamos nada.

Todos aquellos hombres rodearon a mi madre. Se puso unas zapatillas de arrastrar en los pies, y así se la llevaron, sin dejarla vestirse. En aquellos momentos mi hermana tenía trece años y yo quince, y allí quedamos en la cama, mirando al techo, muertas de miedo toda la noche. No fuimos a avisar a nadie porque no se podía salir hasta la salida del sol. A la mañana siguiente, cuando vimos que nuestra madre no volvía, nos asomamos a la puerta llorando. Nos vio una vecina y vino a consolarnos, aunque mirando todo el tiempo de reojo por si alguien la veía. Estábamos aprendiendo que había que tragarse las lágrimas, pasara lo que pasara.

—Callad hijas mías—, decía en voz muy bajita, muerta de miedo ella también. Seguro que la sueltan enseguida.

A lo largo de la mañana nos fuimos enterando que nada más sacarla de casa, a mi madre la metieron en un coche que estaba aparcado al lado del quiosco cerca de la plaza. Cuando se metió dentro, vio que allí estaba una mujer que a ella le pareció muy joven. Había dos guardias civiles delante, un tal Bernardino y un tal Legarda. Arrancaron el coche y se fueron al cuartel donde se subió un tercero. Nadie la escuchó, pero mi madre, al pasar por el cuartel se puso a llorar una vez más por su marido encerrado allí dentro, y por si la escuchaba, gritó:

—Adiós, compañero mío—, La otra chica que iba a su lado, que no debía tener ni treinta años, le cogió la mano para consolarla.

—No llore señora. Somos mujeres, no nos van a hacer nada. Yo soy de Marín. Me llamo Carme Pesqueira y trabajo de lavandera en la base naval. Los escuché que tenían que venir a buscar a alguien a Cangas para luego llevarnos a Pontevedra a hacer una declaración.

—¿Y qué te hicieron, hija mía?—, le preguntó mi madre.

—No me hicieron nada, pero me amenazaron muchísimo. Como soy madre soltera no pararon de decirme cosas malas.— Le debió de decir a mi madre para no alarmarla, porque después se supo que la habían maltratado duramente.

—*Rojas*, ahora os vais a enterar de lo que es el amor libre—, soltó uno de ellos cuando las escuchó hablar, metiéndoles más miedo en el cuerpo. Y entre insulto e insulto llegaron al cruce de la playa de Aguete cerca de Marín.

—Venga, bajaos de una puta vez.

Se bajaron cada una por una puerta del coche.

—¡Caminen, caminen!

Mi madre se dio cuenta en aquel momento de que iba casi sin ropa, pero no le dio tiempo ni siquiera a sentir vergüenza, porque enseguida escuchó dos descargas sobre su compañera que se desplomó en el suelo. Entonces mi madre se encaró al guardia que tenía al lado que lo conocía de vista de Cangas y empezó a pedirle clemencia, pero el otro le metió prisa:

—Marcial, dispárale, venga, ¿qué cojones estás esperando?

Mi madre con el fogonazo cayó sin conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba sola y sintió un dolor muy fuerte en un brazo que le chorreaba sangre sin parar. Aquel guardia civil no debió querer acabar con ella para siempre. ¿Qué habían hecho con la chica? ¿La habrían matado? Se quitó la bata que llevaba para envolver el brazo y se echó a andar.

Cuando los guardias civiles volvieron al cuartel, ya estábamos allí mi hermano Ángel con sólo diecisiete años y yo, niña también, preguntando por mi madre.

—Mire usted, a mi madre la trajeron esta noche para dar una declaración—, Les dijo él.

—Aquí no tenemos conocimiento de nada de eso—, le respondió el guardia. La habrán llevado a Pontevedra. No sabemos nada.

Temerosos, los dos sin saber qué hacer, nos volvimos hacia la puerta, cuando en ese momento uno de ellos, un hombre muy alto nos dijo:

—A vuestra madre se la han llevado a Pontevedra.

En ese momento, salió el que nos había atendido, y de malas formas nos gritó:

—Venga, largaros de aquí... ¿Para qué queremos a vuestra madre nosotros? ¿Para hacer una tortilla con ella?

Entonces salimos y nos fuimos por la calle Real arriba a coger la carretera de Pontevedra. Cuando llegamos a Bueu alguien nos informó de que acababan de llevar al depósito de cadáveres un cuerpo. Cuando recuerdo aquel momento, me doy cuenta de que sólo la inconsciencia de la primera juventud nos dio la fuerza necesaria para ir a ver si era nuestra madre.

El cuerpo estaba tapado con una manta vieja sobre una mesa. Cuando la retiraron vimos a una mujer muy joven como si estuviera dormida. Siempre sentí vergüenza de mí misma, porque casi me eché a reír de alegría cuando vi que no era ella. Era un sentimiento que no se correspondía con lo que me habían enseñado en casa, que era sentir las pérdidas ajenas como si fueran propias.

A mi madre la habían dejado por muerta en el camino. Después de que los guardias se marcharon, se despertó ensangrentada y llena de barro, la ropa manchada y la cara sucia de haber caído hacia adelante. Se puso en pie y, sin rumbo, se fue por un camino estrecho que tiraba hacia el monte todavía oscuro.

—Mis hijos, mis hijas, ¿qué va a ser de vosotras? Iba repitiendo sin parar. ¿A dónde iré con esta herida?

Sabía que, si alguien la veía seguro que la delataría, porque no pasaba en ningún caso desapercibida andando con el camisón ensangrentado. Se acordó entonces de una prima lejana que vivía en una casa cerca de allí, al lado del matadero de Marín, y hacia allá se dirigió en una mañana de agosto que ya olía a invierno.

—¡Ay, dios mío! Prima mía, toma un poco de agua—, le dijo su pariente muy nerviosa cuando la vio. —Pero tienes que irte, no puedo tenerte aquí, si vienen los falangistas nos matan a todos.

Es que en aquel momento no podías acoger a nadie en tu casa, y menos si era una fugitiva. Incluso si era un hijo o una hija, porque entonces podían venir y matar a la casa entera. Todo el mundo tenía miedo, así que tuvo que marcharse de allí enseguida.

Fue justo ese el momento en que empezó a sangrar copiosamente. Escuchó las voces de unos marineros en la playa, y allí se fue tambaleándose. Al llegar metió los pies en el agua y se puso a lavar la herida, toda cubierta de sangre.

—Señora, ¡por favor! Tiene que marcharse de aquí—, La echaban los hombres. Nadie quería responsabilidades porque sabían que se pondrían ellos y sus familias en peligro.

Mi madre volvió a ponerse en marcha. Pasó el día entero escondida por los campos, andando cuando podía hasta la llegada de la noche en la que la atormentó la fiebre y las pesadillas. Al despuntar el día, una mujer mayor la vio y salió corriendo, pero mi madre tuvo fuerzas para decirle:

—¡Ay, señora! Espere, no se marche. No le voy a pedir nada, no quiero nada. ¿Sabe si hay por aquí una fábrica de gaseosas? Estoy perdida ¿está cerca Cela?

—Sí, está aquí al lado. Vaya pegada a ese bosque de robles y al fondo del todo encontrará la fábrica—, consiguió que le contestara aquella mujer desde lejos.

Mi madre se había acordado de un hombre que podía ser su salvación. Iba a Cangas dos veces por semana con un carro tirado por una mula para hacer el reparto de las gaseosas. Siempre le había parecido una persona amable dispuesta a ayudar trayendo y llevando recados de un pueblo a otro. Cuando entró por la puerta de la fábrica, aquel hombre estaba solo allí y pudo ver el espanto en su cara al verla tan pálida y toda ensangrentada. Pensó que estaba a punto de desvanecerse. De nuevo le dijo que allí no la podía tener porque iban a llegar los operarios y en aquel pueblo todo se sabía.

—Pero vamos, que tengo una hija que vive allá arriba en el monte. Está recién casada y tiene un recién nacido. Súbase al carro que yo le echo una manta encima.

Y allí la llevó, con una fiebre terrible y los pies deshechos de andar porque había perdido las zapatillas. Aquella chica que la recibió tenía dibujadas todavía en la cara las redondeces de la infancia. Era rubia, con los ojos pícaros y atrevidos.

—¡Ay, padre... qué me trae usted aquí! Vengase usted para acá—, le dijo a mi madre. ¿Qué le pasó? Pobrecita. ¿Cómo se le puede hacer esto a un ser humano?

Aquella joven le curó la herida, le lavó los pies, le dio unas zapatillas, unas medias, una taza de leche y la metió más tarde en una cama. Aquella noche, a mi madre se le apareció en sueños el Ángel de la Guarda con la cara de aquella chica.

A la mañana siguiente le dijo:

—Usted no se preocupe, por aquí no viene nadie. Quédese aquí por lo menos hasta que se le curen los pies.

—No puedo hija mía, no puedo. Seguro que me están buscando. No debo ponerte en peligro. Quiero irme a mi casa.

Se despidió dándole las gracias y se echó a andar por el monte. Sabía que tenía que subir primero los montes de Marín e intentar buscar después los robledales de Coiro. El camino era largo y echó el día entero caminando y escondiéndose cuando escuchaba hablar a alguien. Había mucha gente en los campos, eran jornaleros, pero ella sabía que no debía acercarse a ellos a pesar de que la sed la consumía. Los veía beber vino mientras pensaba que se iba a morir de sed. Ya casi oscurecía cuando por fin encontró un pequeño valle por el que

discurría un regato de agua. Bebió de él y como ya no podía dar un paso más, allí mismo se echó a dormir en el suelo. Tenía mucha fiebre y cuando vio brillar las luciérnagas empezó a delirar angustiada pensando que eran los faros de los coches que andaban en su búsqueda, sin saber si estaba viva o muerta.

Finalmente se rindió al cansancio, al dolor y se quedó profundamente dormida.

Se despertó soñando que los coches que buscaban a la gente para detenerla estaban sobre ella. Pero no le quedó más remedio que sobreponerse y seguir caminando hasta que de nuevo la encontró la noche, ya cerca de Hermelo. Vio entonces la Ria de Vigo, las luces de Moaña y pudo orientarse bien para llegar a Cangas. Se atrevió a acercarse en Coiro a la casa de una mujer que conocía, quien le contó que ya se sabía en el pueblo lo que había pasado, porque el hombre de las gaseosas había ido a avisar a nuestra familia.

Mi madre llegó por fin herida y muerta de cansancio y miedo a casa. ¿Qué podíamos hacer? ¡Nosotros éramos tan jóvenes! Pero no estábamos solos, estaban mis tíos y mis primos. Antonio el primo de mi padre, que tenía un estanco, vino a vernos. —Tranquilos, ya fui a hablar con las autoridades en Pontevedra hoy por la mañana. Lo que me dijeron fue:

—Mire, que se vaya ahora mismo a su casa. Que se encierre allí y que no le abra la puerta a nadie durante la noche.

—Pero van a ir a buscarla los falangistas—, contó que le había replicado él.

—Si van a buscarla que no abran en ningún caso. Que echen la puerta abajo si quieren y que se enteren los vecinos. Ella no es ninguna fugitiva.

Y ese fue el consejo que nos dio mi primo. ¡Parecía tan fácil y tan legal!

Y eso fue precisamente lo que pasó, justo a las doce de la noche del primer día que llegó... pum, pum aporrearón la puerta.

—¡Esa mujer que se levante! ¡Esa mujer que se levante!

Era un tal Bernardino, un criminal. Cuando mi madre vio a aquellos falangistas le dio a la pobre un ataque de nervios y empezó a gritar como si hubiera enloquecido. Mi hermano acababa de llegar del mar y nosotras nos agarramos a él también gritando. El sargento que había venido al mando esa noche se ablandó un poco. Apareció también el municipal que llamaban *Pan e Porco* que era de los que estaban haciendo cosas terribles en el pueblo. El sargento le dijo entonces:

—Bueno, bueno, no vamos a sacarla de casa—, y todos nos tranquilizamos por un momento.

—Gumersindo, vete al cuartel y trae aquí la máquina de escribir y le tomamos declaración—, continuó. Cuando regresó el mandado, allí mismo escribieron lo que iban preguntándole a mi madre. Se veía a la legua que alguien había intervenido desde Pontevedra y no se atrevían a llevársela. Aún así estuvieron un montón de tiempo, venga a preguntar siempre lo mismo:

—¿Con quién estuvo?

—¿Quién la ayudó?

—¿Ha visto a alguien del sindicato?

Cuando se hartaron el sargento dijo:

—A esta mujer hay que curarla, y luego ya veremos—, y le hizo un gesto a los demás para que volviesen al cuartel.

Mi madre se quedó más tranquila en casa, herida, pero nosotros contentos. Mandamos venir a don José Piñeiro, el médico que la atendió durante veintidós días seguidos porque la bala le había perforado totalmente el brazo y la herida se le había puesto bastante fea.

Desde ese día los falangistas montaron guardia día y noche en nuestra puerta, con el fusil en la mano, todos tiesos y sacando pecho, como si nuestra casa y todo el pueblo fueran de su propiedad. No dejaban pasar a nadie a visitarla, solo nosotros los hijos, los hermanos o alguna persona muy allegada después de rogar y rogar una hora en la puerta.

Cuando el brazo se le curó, el médico no pudo alargar más el tema y tuvo que darle el alta. Entonces vinieron de nuevo los de la Guardia Civil y la llevaron a la cárcel de Pontevedra donde estuvo nueve días.

A ella la juzgó allí un juez del que todos los familiares de presos habíamos escuchado hablar. Decían que era un tipo que venía rabioso del frente de Asturias donde le habían matado a un hermano. Aquel hombre no dejaba hablar a nadie. Cuando juzgó a mi madre, al momento dijo:

—¡Pena de muerte para esta mujer! Y así fue, aunque después se la conmutaron por cadena perpetua. No sirvió de nada en aquel juicio el buen hacer del abogado defensor, un tal Santiago Baeza, listo como pocos y que hacía llorar a la gente que escuchaba los juicios, porque era capaz de conmover a todo el mundo hablando de las penalidades de aquellas mujeres. Pero con aquel juez resentido, no había nada que hacer. Iba además todo muy rápido. Había cuatro juicios cada mañana en los que ni siquiera preguntaban nada a nadie, porque la vida de aquellas personas no tenía ningún valor.

Mis padres, como tanta otra gente, pasaron mil penalidades porque aquellas cárceles estaban abarrotadas, no tenían ropa limpia, no tenían comida, sólo hambre y miseria.

Mi madre estuvo presa más de un año en la cárcel de Pontevedra. Desde allí la llevaron para Saturrarán, una aldea de Motrico en el País Vasco, donde se pasó cinco años. Estuvo fuera de casa más de seis años; año y medio más que mi padre. Mi madre era ya una mujer de cincuenta y un años cuando la detuvieron, y cuando volvió tenía casi cincuenta y siete. Después de tantas penalidades, de tantas penitencias, de tantos abusos, volvió asqueada de los curas y las monjas que se ocupaban del penal, porque vio las cosas horribles, horribles, que allí hacían.

—Claro que muchas veces ellas no lo hacían directamente, pero las mandaban hacer—, nos dijo más de una vez.

Por aquella cárcel pasaron más de cuatro mil mujeres. Malo fue lo que hicieron con ellas, pero peor fue lo que hicieron con los hijos de aquellas *rojas*. Llamaban a aquellas criaturas “débiles mentales” y podían quitárselos a las madres y dárselos a las familias ricas o mandarlos a los orfanatos cuando quisieran. Las madres vivían aterrorizadas porque para castigarlas llegaban a negarles la leche que necesitaban para alimentar a sus hijos.

Aquel penal estuvo abierto sólo seis años, pero en ese tiempo murieron más de cien mujeres y más de cincuenta niños y niñas de hambre o enfermedades que no trataban. Mi pobre madre, a la que tanto le gustaba ir a la Iglesia, tuvo que vivir con aquello el resto de su vida. Cuando yo le tiraba alguna puya criticando a curas y monjas ella me respondía siempre:

—Yo voy a la Iglesia de Cangas porque tengo fe, y todos esos no me la van a quitar. En cada piedra está grabado a fuego el trabajo de los marineros y sus familias que fueron pagando su construcción y la han cuidado siempre. Aquí está nuestra sangre, y yo voy porque también iba mi madre, mi abuela, mi bisabuela... a llorar por los suyos. Ya pueden venir los curas a decir lo que quieran, que de ahí sí que no me van a echar.

Fueron tiempos en los que estuvimos solas mi hermana y yo, en los que tanto nos ayudaron nuestros tíos y tías. Mi madre presa, mi padre preso, mi hermano Ángel en la cárcel también, y de José nada sabíamos. No sé cómo sobrevivimos a todo aquello. Teníamos una familia grande, aunque mis primos, mis tíos, casi todos los Blanco estaban detenidos también. No sabíamos, tan niñas que éramos que estábamos aprendiendo una lección: todo pasa, pero en ese pasar el dolor puede llevarte, con las fuerzas de las mareas, un trozo de corazón.

22 de agosto. “Aquí no hay más dios que yo”

Alejandro R. fue siempre un resentido. Puede que hubiera sido maltratado de pequeño, puede que no se hubiera sentido querido, o puede que le hubieran echado un mal de ojo que no le dejaba ser feliz, quien sabe. El caso es que en el fondo de su corazón sentía que el mundo entero estaba en deuda con él y eso le daba derecho a arremeter contra cualquiera. No sé si habrá llegado a querer a alguien alguna vez en su vida.

Cuando era muy joven estuvo enamorado de una vecina que no le correspondió, tal como nos ocurre a casi todos durante la juventud, una época de pasiones intensas y problemáticas, porque casi nunca coinciden con las que sienten los demás. Casi todos, casi todas, acabamos aprendiendo, aunque sea dando bandazos emocionales, que el amor no puede ser una cosa obligada; pero aquel hombre, fuera por lo que fuera, no supo nunca ponerse en el lugar de otro.

Estaba resentido con sus compañeros canteros que ya entonces estaban asociados y tenían proyectos comunes. Protestaba y hablaba mal de todos sin reconocer, por ejemplo, que gracias al sindicato tenían trabajo porque había conseguido que el ayuntamiento aprobase una obra importante que duró mucho tiempo, para levantar un muro en el Forte para contener aquella inmensa arena de la playa de Rodeira que se metía varios metros tierra adentro cuando había temporal. A él todo le daba igual. De todos desconfiaba y a todos culpaba de las cosas malas que podían ocurrirle.

Resentido vivía también con su propia hermana más pequeña, Benita, porque no hacía caso de sus recomendaciones de cómo tenía que relacionarse con vecinas y amigas, en aquel mundo que era según él de pasiones bajas y enmarañadas. Ella era un planeta que giraba en otra galaxia. Su pasión era juntarse con chicos y chicas vinieran de donde vinieran, y no se perdía una verbena de aquellas a las que había que ir el día entero caminando: los Remedios, San Amaro, o Hío... sabiendo que el camino es lo más interesante y divertido. La hermana era muy joven y se pasaba la mañana en la fábrica preguntándole a las empleadas más viejas de qué ermita era el sonido de los cohetes que se escuchaban retumbar a

las doce en punto de las mañanas de verano para saber dónde tenían que ir por la tarde a bailar.

Chicos y chicas se juntaban en grandes pandillas, y volvía a casa ya habiendo anochecido. Al día siguiente tocaba pasar sueño en el trabajo, pero merecía la pena. Las empleadas mayores solían proteger el cansancio de las más jóvenes cuando se tiraban a dormir un rato entre las cajas del almacén. Si venía el encargado preguntando:

—¿Dónde anda fulana?, tiene que ir a dar asistencia a la mesa tres.

—Fue hasta el muelle a recoger unas cajas, don Pepe—, le contestaba alguna mientras otra corría a despertarla.

Que esta hermana anduviera tan suelta con los vecinos y con las amigas que tenían tanto desparpajo, no le parecía nada bien a Alejandro. Ella era muy joven pero ya se había curtido mucho en la fábrica, y no estaba dispuesta de ninguna de las maneras a hacer lo que él quisiera. Estaba harta de que le reprochara siempre que quisiera destacar y llamar la atención, porque eso no es cosa de las buenas mujeres. Aquella hermana era una vergüenza para él.

Por otra parte, la chica de la que se había enamorado Alejandro era la hermana de Daniel, al que todo el mundo llamaba Chichito o da Petoula. Aquella chica era también alegre y resulta. Ella se había enamorado muy jovencita de un vecino marintero, y ya no tuvo ojos para ningún otro, y a los dieciocho años ya estaba casada y con un hijo. Alejandro tomó el rechazo de esta chica de sólo dieciséis años como un gran desprecio. Se convenció de que Daniel, al que consideraba un arrogante, y enciman anarquista y militante de la CNT, era el culpable de que la chica le hubiera rechazado.

Alejandro no soportaba a Daniel, porque además hablaba en voz alta del amor libre y hasta del derecho a ir desnudos por las calles. Porque total, ¿cuál es el problema?, decía. Nacemos así y después nos enseñan a sentir vergüenza de nuestros cuerpos. Aprendemos que es pecado, pero esas son cosas de la Iglesia y no de la naturaleza. Pero ¿qué pensamientos eran estos? Alejandro no los podía entender y les daba vueltas y más vueltas a aquellas ideas en su estrecha y limitada cabeza. ¡El mundo está perdido con todas esas ideas! ¡Y su hermana Benita yendo de allá para acá con todos aquellos degenerados!

A Chichito lo fueron a buscar los fascistas una noche a su casa de la Fuente del Gallo, pero no lo encontraron. Volvieron varios días más, y tampoco. Alejandro tiraba cada pocos días de dos o tres compañeros del fascio para ir a registrar la casa. Por fin, una noche esperaron sin hacer ruido hasta más de las doce de la noche cuando escucharon la voz de una mujer.

—Ven, hijo mío. Sal, siéntate en la mesa y cena.

Saltaron entonces los fascistas como fieras y echaron la puerta abajo a culatazos. Sin esperar siquiera que se vistiera lo arrastraron a la calle. La madre, desesperada, salió a la calle detrás de ellos.

—¡Ay, Alejandro! Pero ¿por qué nos haces esto? ¡Si nos conoces de toda la vida! Dejarlo, que mi hijo no ha hecho nada.

Pero Alejandro siguió empujándolo y golpeándolo hasta que llegaron a las puertas del camposanto. La madre detrás, llorando e implorando desesperada sin dejar a su hijo con aquellas bestias. Él la amenazaba y la empujaba golpeándola y dándole patadas también para que se marchara. Pero no había manera. Aquella mujer no abandonaría a su hijo a no ser que la dejaran muerta.

—¡Por dios Alejandro! Te lo pido por dios que lo dejes.

—Lárgate, vieja, que aquí no hay más dios que yo.

Y con gesto de no poder más con la pesadez de aquella madre implorando por su hijo, le pegó varios tiros al chaval y lo dejó allí tirado.

Los tres asesinos siguieron caminando a paso lento, como si nada. Los escalones del crucero que allí había se tiñeron de sangre, y aquella madre y aquella familia quedó con la vida partida para siempre. Todo el tiempo que le quedó de vida a aquella mujer fue a poner flores al pie de aquel cristo en el que un salvaje le había dicho que él era dios. Días después fueron y también la raparon a ella, porque la mala conciencia no existe en el alma de los malvados.

Aquel acto no había sido el único desmán cometido por Alejandro R. aquel día. No hacía muchas horas que se había paseado por las calles de arriba del pueblo con los otros dos camiseros azules que también le acompañarían por la noche. La poca gente que había asomada a las puertas buscando un poco de calor de la tarde de verano, tan pronto como los escuchaban acercarse, se metían despacito dentro de casa cerrando la puerta, dejándolos pasar, no fuera que se metieran con ellos. El grupo bajó soltando bravuconadas hasta el reloj meteorológico que marcaba las siete en punto, cuando se encontró con su hermana.

—¡Oye tú! ¿dónde vas?

—Donde me da la gana. ¿A ti qué te importa?

—No me hables así, que soy una autoridad.

— ¿Autoridad tú? No me hagas reír. Vete a la mierda, que vengo cansada de trabajar y no tengo ganas de aguantarte.

Sin que nadie hubiera anticipado lo que iba a pasar, aquel tipo se abalanzó sobre la hermana pidiéndole a los otros que le ayudaran a sujetarla con fuerza. La

insultó y le dijo que ella era también una roja, pues andaba siempre con rojos. La arrastró hacia la barbería, entró, cogió unas tijeras y allí mismo le cortó todo el pelo dejándola llorando y gritando de rodillas en el suelo.

—Esto es para que aprendas de una vez a quién tienes que hacerle caso. Ahora ya te puedes ir a casa.

Nadie dijo nada. Nadie pronunció las palabras más obvias: “es tu propia hermana, ¿cómo puedes hacerle esto?”. Los que pasaron por allí bajaron la cabeza con una mezcla de miedo y vergüenza ajena, para no ver a aquella mujer que no entendía qué le acababa de pasar. Todos callaron, como sabiendo que aquella no iba a ser la peor de las tragedias que aquel día iban a ocurrir.

28 de agosto. Los mártires de Anguieiro

Estábamos indefensos y nos trataron como a las ovejas que son arrastradas hasta el matadero. Ellos tenían las armas y nosotros no, en ellos albergaba un instinto fiero de manada asesina que nosotros tampoco sentíamos.

De muy joven me tocó aprender que el horror existe porque lo disculpamos, asumiéndolo como si formara parte del destino humano. Pero eso no es verdad, la violencia ocurre porque primero, la consentimos y después nos callamos: un muerto aquí, otro allá y otro acullá. ¿A quién le importa? ¿Qué podíamos hacer nosotros frente a esto? Nuestra gente estaba en la cárcel o muertos de miedo en sus casas, esperando que vinieran a por ellos para escarnecerlos. ¿Y los demás? Aquellos que creen en dios y rezan por los desencaminados, ¿dónde estaban? Yo lo sé: en sus casas apuntalando la barbarie.

Tenía quince años cuando todo aquello ocurrió. ¡Vivía tan segura de estar en el lado bueno del mundo! Y de repente, empezaron a decir que éramos los malos, los condenados, los demonios. Durante la posguerra empezaron a enseñarle a los niños en las escuelas que los comunistas tenían cuernos y rabo, y así fue creciendo la generación siguiente a la mía, creyendo que sólo hay dos formas de pensar: o con ellos los franquistas, o contra ellos. Pero a mí ya no me podían convencer. Con quince años yo ya me sentía adulta, mis ojos habían visto demasiadas historias como para que toda aquella mentalidad reaccionaria que se impuso, me consiguiese cambiar.

El nueve de noviembre, un barco que estaba faenando en el faro de A Borneira cerca de tierra, enganchó algo muy pesado en el ancla. Se asomaron por la borda dos tripulantes a ver qué ocurría con la maniobra, cuando vieron surgir una mancha oscura. Eran los cadáveres de varios hombres que los marineros subieron a bordo impactados y temblorosos. Cuando llegaron al muelle ya estaba allí arremolinada un montón de gente, presintiendo la tragedia. Eran los cuerpos de cinco de los once hombres que llevaban desaparecidos de sus casas desde el 28 de agosto.

Vinieron corriendo varias familias a ver si su desaparecido estaba allí. Vi a varias personas caer de rodillas sin atreverse a gritar, tragándose los suspiros de

desesperación y espanto. Enseguida vino la Guardia Civil y mandó a todo el mundo que circulara. Sólo dejaron a los familiares que podían identificar a los suyos. No hubo ceremonias ni despedidas. Registraron en el juzgado cinco nombres: Antonio Ferreiro, Normandino Núñez, Daniel González, Antonio Blanco y José Martínez. Otras familias vinieron, pero los cadáveres de los suyos no estaban allí, y no aparecerían nunca más.

Nadie dio una explicación, nadie reclamó nada. Sólo el silencio.

Cuarenta días llevaban aquellos cuerpos sumergidos en el mar. Al día siguiente, todo fueron murmullos quedos y temerosos: “dicen que salieron a flote los otros cuerpos que faltan”; “he oído que no quisieron traerlos para tierra”, “parece ser que por la noche fueron los falangistas, subieron los otros cuerpos en un barco que navegó hacia la zona más profunda de la ría, y allí los hundieron otra vez para siempre”.

Dicen, he oído, parece ser... de nuevo callar para sobrevivir.

Puede ser que durante algunas horas aquellos bandidos sintieran miedo de que el pueblo de Cangas se levantara contra ellos al ver tanto cadáver junto. Pero eso no llegó a ocurrir.

Nunca supimos por qué mataron a aquellos hombres a los que dieron sepultura en el mar. O sí, tal vez sí siempre se supo: los asesinaron “por si acaso”. Por si acaso protestaban, por si acaso se organizaban, por si acaso no pensaban como ellos, por si acaso hacían huelgas, por si acaso se casaban fuera de la iglesia, por si acaso no querían enterrarse en sagrado, por si acaso.... Por si acaso; hicieron todo aquello, por si acaso.

Todo había comenzado el día 28 de agosto a las dos de la mañana, cuando un furor maligno recorrió Cangas. El día estaba todavía por abrir, cegado por una densa niebla pegada al mar que hacía inmensos los sonidos de las bocinas de los barcos. Un grupo de camisas azules fueron llamando rabiosos a varias puertas, mientras otro grupo se dirigió a la cárcel. Entre todos se llevaron un botín de hombres, algunos de ellos, casi niños.

Los que se atrevieron a hablar, fueron contando que la comitiva estaba formada por dos de los hermanos M, Pan e Porco, un guardia civil, los hermanos Baballos y puede que estuviera también el tal Bruno, el alemán sanguinario. Yo no vi nada de esto, así que tengo que hablar por lo que la gente fue después contando. Lamentaría decir nada que no fuera verdad, no quiero poner un baldón sobre una persona sin culpa, porque sería una mentira atroz. Pero es evidente que alguien fue responsable de todo esto porque no se detiene, encarcela y asesina a once hombres sin una voluntad de hacer el mal.

A estos once hombres no los detuvieron llevándolos al Instituto de Higiene como hicieron con otros, sino que los metieron directamente dentro del camión de un tal José María, el dueño de una fábrica de gaseosas, que subió toda la cuesta de la carretera de Pontevedra hasta aquel lugar llamado Anguieiro a poco más de dos kilómetros de la iglesia del pueblo. Allí, sin saber por qué pararon, los hicieron bajar y los mataron a golpe vivo, a culatazos salvajes, que no tuvieron siquiera la caridad de darles un tiro en la cabeza para ahorrarles sufrimientos. Eran jóvenes y fuertes, y estoy segura que se habrían podido defender, de no haber tenido todos ellos las manos atadas a la espalda.

Se sabe que los asesinos volvieron al pueblo con los cadáveres en la trasera del camión. Los metieron después en la fábrica de Cervera que estaba vacía, y entonces se dieron cuenta, llenos de rabia, que allí faltaba uno de los cuerpos. Pero lo primero que tenían que hacer era deshacerse de aquellos cadáveres que fueron poniendo encima de las mesas donde se trabaja el pescado, los ataron a unas rejas de hierro, los fueron subiendo a una lancha y en completa oscuridad los fondearon en el medio del mar para que nadie se enterase de la atrocidad cometida. Cuatro viajes hicieron, llevándose los muertos. A las nueve de la mañana ya tenían toda la carnicería hecha y escondida.

Lao Ferreiro era cantero y tenía dieciocho años cuando fueron a buscarlo para matar. Lo sacaron de casa y cuando lo metieron en el camión se encontró con que allí estaba su hermano Antonio; aquel hermano mayor militante del PSOE que no acababa de entender cómo a aquel hermano pequeño le había dado por meterse en las Juventudes Comunistas. ¡Tantas discusiones habían tenido sobre el rumbo la revolución soviética! Todo daba entonces igual, todo era inútil. Allí no estaban para que les ocurriese nada bueno. Iban en aquel camión con otros nueve hombres conocidos, atados como ellos, pero esperanzados al ver que los llevaban directamente a Pontevedra, sin pasar por los locales de tortura de Cangas.

Pero detuvieron el camión sin discutir entre ellos, empujándolos fuera los que estaban en la parte de atrás, tirándolos desde arriba y golpeándolos otros conforme iban cayendo con las culatas de los fusiles. Lao sólo sintió el primer golpe que le dieron en la cabeza y lo dejó sin sentido. Y después, todo oscuridad. Despertó al poco tiempo, sintiendo que había cerrado los ojos un segundo. ¡Más le hubiera valido estar muerto! Pero no, despertó entre cadáveres, herido, con un sabor a sangre tan fuerte que pensó que tenía la boca destrozada. Sintió que el camión reducía la velocidad. Todas aquellas bestias se bajaron y se pusieron a discutir entre ellos qué hacer con aquel cargamento de cuerpos sin vida. Lao se dejó caer al suelo, y rodando amparado en la oscuridad consiguió esconderse. Todos volvieron a subirse de nuevo al camión y se marcharon.

Se libró de las cuerdas que ataban sus manos, y se puso a andar. ¿A dónde van los desesperados? ¿Hacia dónde caminan los que saben que van a morir? ¿Qué pensarán? Rondará a un familiar, a un amigo, a una mano con un trozo de pan y un poco de agua que puede ser la diferencia entre la vida y la muerte. Casi sin saber cómo, llegó a Aldán, y allí buscó la casa de un familiar.

—¡Ay, hijo mío! No puedes quedarte aquí. ¡No podemos acogerte, que nos matan a todos!

Seguir andando, andando hasta punta Soubrido, en los confines de Cabo Home donde rompe el mar abierto y desde donde los días claros parece que puedes tocar las Cíes; aquel cuerpo fuerte de un cantero de dieciocho años. La fiebre, el miedo, el dolor en la cabeza y los costados, el frío, el hambre y aquel mar de soledad rompiendo fuerte contra las rocas oscuras.

Catorce fieras salieron de Cangas al día siguiente, siete por tierra y siete por mar a cazar a un chaval deshecho a golpes. ¿Cómo es posible que supieran dónde estaba? Los humanos colaboramos a veces gustosos con el horror, y no faltaron vecinos dispuestos a responder si les preguntaban, o incluso a ir al cuartel a informar de lo que habían visto, y todo por congraciarse con el poder.

—Está en las rocas hacia la playa de Melide.

—Lo vi pasar por el camino de los percebeiros.

—Encontré sangre en mi puerta.

—Pasó por los arenales de Barra al mediodía.

—Si vais por aquí, si vais por allá... lo encontraréis.

Siete por tierra con perros para rastrear el terreno y siete por mar con una lancha pequeña para poder arrimarse bien a las piedras para no dejar ni un solo escondite sin inspeccionar. No tardaron mucho en encontrarlo.

—Cabrón, ¿dónde crees que vas?

—¿Pensaste que te ibas a escapar?

—Te libraste de la muerte, pero ahora lo vas a pasar peor.

Y comenzaron las risas y los malos tratos. Para ellos el placer incomprensible de hacer daño y causar dolor infinito. Yo no lo puedo imaginar, ni tampoco lo quiero contar porque estas cosas hacen daño, me lo hacen a mí y a la humanidad entera. El pobre chico pedía que le diesen un tiro y lo mataran de una vez. Pero ellos, nada. Se cebaron con las bayonetas hasta que lo dejaron allí, ensangrentado entre las rocas donde rompe el mar convertido en espuma. Por rojo, todo por rojo.

¿Y por qué sé yo todo esto? Porque más de uno se fue a ver el espectáculo desde lejos, se fue a oírlo gritar, para ver el sufrimiento, sólo por sentir luego el placer de poder contarlo.

Yo sólo tenía quince años, pero de aquello no me olvidé nunca. El día que salieron aquellos cuerpos a flote, cuando llegué a casa viví la tragedia del duelo de haber perdido también un familiar. Mientras todos lloraban yo me subí a la buhardilla y sin que nadie me viese escribí los once nombres en un trozo de papel de estraza, los de los hombres que habían aparecido y los que no y que había escuchado nombrar en voz baja a las mujeres en el puerto:

—Falta Guillermo Fernández

—No apareció José Nores ni Alejandro Martínez.

—¿Qué le harían a Secundino Ruibal y a Eugenio Bastos?

El mar los engulló.

Pero yo no quise que se los tragara el olvido. Por eso escribí los once nombres. Después enrosqué la hoja de papel y la metí en aquel agujero que yo tenía para esconder las cosas más valiosas de la infancia. Fue un impulso que me dio consuelo y dejé de llorar y sentir miedo. Allí quedaron los once nombres con mi vida infantil, cuando aprendí que el horror existía. Nunca más volví a usar ese agujero para guardar nada.

Tardé cuarenta años en subir a la buhardilla a sacar aquel papel con aquellos nombres que escribí un día. Fue el día en el que murió el dictador. No sabíamos qué iba a pasar, porque había dejado todo atado y bien atado. Aún así, fue un día de esperanza. Cuando le eché mano a aquel papel, ya no quedaba casi nada de él. Pero me dio lo mismo, porque los nombres seguían escritos en mi memoria. Y ya sabía que la crueldad última de todo aquello fue no dejar que la gente llorara sus muertos. Bien que sabían todos ellos que prohibir el dolor, prohibir la palabra, era dejarnos sin vida.



Camilo Rodal, O Petiscado

Al principio era sólo un rumor que circulaba por todas partes:

—Con los falangistas hay un alemán.

—¿Un alemán? ¿Qué hace un alemán en Cangas?

—Sí, sí, anda por todos los pueblos de O Morrazo, en Moaña, en Bueu, dicen que va aconsejando a los de la Falange cómo deben actuar para reprimir a los rojos.

—Cuentan que les obliga a echarle mano a cuantos más, mejor, sean familiares o amigos, da lo mismo. Y después les enseña cómo torturarlos.

—Se llama Bruno.

—No deja a nadie vivo, a nadie sin purgar.

—Si te coge actúa como un auténtico diablo: tienes que colaborar con él, porque, si no, te lleva también a ti por delante al infierno.

Durante aquellos tiempos de guerra, yo pensaba que aquel hombre no existía, que era una leyenda que iba de boca en boca, como un sacamantecas, pero de la gente mayor, porque cuando alguien lo nombraba, los demás palidecían. Pero muchos años después descubrí que era cierto que este monstruo había andado por aquí, aunque se hospedó en Moaña. ¡Cómo sería que hasta los propios falangistas de ese pueblo fueron a quejarse al alcalde de las barbaridades que hacía! En Cangas debió tener menos problemas, porque encontró a los aliados perfectos. Debió ser un auténtico bandido, pero para muchos fue la disculpa para tapar sus propias barbaridades. O eso declararon algunos como “Gatos al hombro”, aquel guardia municipal que había formado parte primero de la Alianza Marinera. Cuando tuvo que dar explicaciones de todos los asesinatos cometidos en Cangas, toda la culpa se la echó al alemán.

Yo no he olvidado nunca el día que fueron a su casa a buscar a Camilo Rodal, apodado el Pitiscado, y se llevaron de paso a su mujer, Constanza, que era de Puenteareas. Este hombre era muy amigo de mi padre, y su hijo jugaba siempre

con mis hermanos. Era anarquista y había sido el encargado de viajar junto con Antonio Ferrari, el Carabelo, en aquel año 36 al gran congreso de la CNT celebrado en Zaragoza. Los dos fueron en representación de la Alianza Marinera para participar en las actividades que se celebraron en torno a la fiesta del trabajo el 1 de mayo. El día que Pitiscado volvió, vino enseguida por la tarde a sentarse en la puerta de mi casa para contar a los demás de manera informal lo que allí había pasado.

—Y estamos todos juntos, hemos ido medio millón de sindicalistas. ¡Por fin los sindicatos obreros estamos de acuerdo en actuar de forma conjunta!

—Pero no están las cosas bien, Camilo. Tienen ganas de dar un golpe de estado.—, Comentó mi padre.

—Ya, por eso es importante que recuperemos el espíritu que hubo en la alianza obrera del año 34 en Asturias.

—Calla, que ya nos costó la cárcel a más de uno. ¿Ya no te acuerdas?

—Ahora estamos más unidos por todo el territorio español. No nos va a pasar lo mismo. —Bien, por lo menos lo hicisteis bien. Está también la UGT implicada—, decía Taratola- lo que hay que hacer es no perder la cabeza.

—¡Para que después digáis que los de la CNT no tenemos sentido práctico de la política! Remató Camilo con ironía.

En este debate estaban Taratola, Corbacho, Manegra, don Víctor y alguno más discutiendo cosas de mucha trascendencia, del tipo de si era mejor luchar para impulsar la revolución proletaria, si había que tender hacia el comunismo libertario, o conformarse por trabajar por el comunismo a secas. En el fondo de todo esto estaba el gran problema de decidir si cualquier estado es opresor, o de si los estados son necesarios, si bien deben estar gestionados por la clase obrera, que velaría por los derechos de la gente más desfavorecida.

—Hay que dar a cada ser humano según sus necesidades, y que cada uno dé a la comunidad según pueda—, remataba Manegra.

—Sí, sí. Eso es muy bonito, ya sé, pero tal como se está poniendo el país, no sabemos si seremos capaces de mantener en pie todo lo que hemos hecho—, replicaba otro.

Aquella gente no paraba de debatir cómo debería ser el mundo futuro: el amor libre, que es la libertad de estar con quien quieras; la vida en la naturaleza; el respeto a las creencias; si debemos estar fuera o dentro del estado porque este es un elemento de perversión para el corazón de la gente. Las herramientas, el capital y la tierra para los trabajadores era la idea de la que ninguno se apartaba. Pero allí se discutían también cosas mucho más prácticas: si se debía plantear una

huelga o no; qué se debía comprar para las escuelas de los niños, o cuánto debía dedicarse para socorrer a una familia que se había quedado sin recursos.

El Pitiscado era un hombre apacible, tranquilo, nunca se enfadaba con nadie. Había ocupado todos los puestos organizativos de la Alianza Marinera: presidente, vicepresidente, secretario o lo que hiciera falta. A aquel buen hombre no se le escapaba ni una obligación. ¡Y qué muerte tuvo el pobre! Fue de los primeros que encerraron en el Instituto de Higiene convertido en cárcel. Era el lugar horrible donde metían a la gente después de prenderlos en sus casas o en las calles antes de llevarlos a Pontevedra, si tenían suerte de llegar allí vivos para que los juzgasen.

Nunca se sabía el tiempo que podían estar allí, no había ninguna ley, ningún mandato que obligara a llevar a aquellos detenidos ante un juez. No había leyes que los amparase, ninguna autoridad que supervisara qué ocurría allí dentro. Y los familiares teníamos que llevarles de todo, porque ni siquiera les daban un plato de comida. Íbamos nosotros con la ropa limpia metida en una bolsa de tela, la comida e incluso el agua fresca para que pudieran beber.

Aquel amigo de mi padre tenía cuatro hijos como cuatro soles. No tuvo siquiera la suerte de ser sometido a un consejo de guerra, de aquellos que había que no valían más que para condenar a la gente, pero por lo menos había una posibilidad de salvar la vida. A él le tocó lo peor: las palizas, los gritos, el sabor a sangre en la boca, los palos... porque no le pegaban con las manos, que les dolían a los torturadores. Y la gente pasando por la puerta, escuchando las voces de dolor de aquel hombre, sin que nadie se atreviese a hacer nada, tapándose los oídos y escapando de allí con vergüenza y miedo de sí mismos.

En el cuerpo de El Pitiscado practicaron también el escarnio público. Hicieron una exhibición de poder más vieja que el mundo: mostrar el dolor de una persona como una forma de amenazar a todas. ¡El poder de la sangre para provocar horror! Pobre hombre, pobre gente toda.

Aquella mañana apareció el tal Bruno para interrogar él mismo al Pitiscado.

—¿Quién fue con usted al Congreso de Zaragoza?

—¿Quiénes están en la CNT?

—¿Quiénes organizaron la huelga?

—¿Quiénes...?, ¿Quiénes...?

Cuando terminaron con él, lo dejaron tumbado en el suelo sin poder levantarse, malherido y chorreando sangre.

—Vamos, vamos, ponerlo de pie y a la calle con él. Que lo vea todo el mundo. No lo escondáis, y la mujer que salga también, pera que la vean.

—Mire señor que el pueblo se puede alborotar si ven a este hombre y a su mujer así, que mucha gente los aprecia, y si los ven tan maltratados... Ya nos ha dicho lo que queríamos, no hace falta que...

—Mejor, mejor, si alguien se atreve a intervenir, dispárenle si más. Así aprenderán todos de qué va esto.

Y así fue. A Camilo Rodal lo sacaron fuera con toda la espalda en carne viva, la cara deformada, tambaleándose. Sabíamos que era él porque fue su mujer la primera que gritó su nombre cuando lo vio, también ella maltratada. Después los pasearon por Cangas hasta llegar al local de la Falange al lado del ayuntamiento. Allí lo metieron en un coche y, antes de embarcar, se le escuchó decir: “Adiós compañeros. Venganza”. A partir de ese día pasearon a varios hombres después de atormentarlos a la caída de la tarde como si fuesen Jesucristo de Nazaret.

El Pitiscado no volvió y tampoco llegó a Pontevedra. Lo mataron en Meira, en la Borna, dejando el cuerpo en una cuneta hasta que su familia pudo ir a buscarlo. ¡Aquel marinero que tanto había luchado porque la gente se uniera y porque se llevasen bien!

Constanza, su mujer, tuvo suerte dentro de la tragedia y pudo salir para Argentina, a Buenos Aires, donde ya estaban alguno de sus hijos. Su casa se convirtió un lugar obligatorio de visita para toda la gente que iba desde Cangas. Nadie se marchaba de allí sin recibir la indicación que necesitaba, sin comida o sin algo de ropa que poner, por grande que fuera la necesidad de los que llegaban exiliados por el hambre o las calamidades desde el pueblo, que sería también duramente castigado por el olvido.

Dentro de lo que cabe, tuvieron suerte. Se fueron de un mundo del que poco tiempo después ya no se pudo huir. En los peores momentos, yo me acordaba del mapa de doña Perfecta y le preguntaba a mi madre mientras estaba herida y tan mala:

—Mamá, ¿no podemos irnos a Buenos Aires?— En aquel nombre sonaban los ecos de un mundo feliz, al que ya nunca llegaríamos.

24 de septiembre. Lorenzo Corbacho

A Lorenzo Corbacho lo pusieron frente al pelotón de fusilamiento un 24 de septiembre del maldito año 36. No quiso agachar la cabeza ni taparse los ojos, porque acababa de hacer el acto de sometimiento más humillante de toda su vida: pedir el bautismo para él y para toda su familia. Aquello le dolió más que las palizas que había recibido en Cangas en los diecisiete días en los que estuvo detenido en las manos de aquellos salvajes, algunos de ellos sus vecinos de toda la vida. Tenía cuarenta y cinco años y todavía se sentía fuerte para vivir en este mundo peleando otros tantos, a pesar de las penurias que lo asolaban. Pero tenía mujer y muchos hijos y, ya sabiendo que iba a morir, tenía que pensar en ellos. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Aquello le destrozó el corazón porque se avergonzaba de sí mismo. Un hombre como él, al que habían detenido y juzgado en consejo de guerra en el buque Río de la Plata por haber participado en la primera gran huelga general en España en 1917; que declaró con su entonces novia Concepción que querían vivir en unión libre sin pasar por la iglesia; que fue desterrado a Marín, detenido y condenado varias veces por defender la democracia. Él, que había sufrido todas las calumnias de los caciques de Cangas para impedir que llegase a ser alcalde; él, que había mantenido viva la Alianza Marinera en los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera; él que aun siendo de una familia obrera, había sido capaz de escribir para otros obreros en publicaciones como *Solidaridad* de Vigo, o en la *Nueva Aurora*, de Pontevedra. Cualquier sacrificio era poco para ayudar a su familia. Pero una cosa tenía clara: hicieran lo que hicieran con él, nunca doblegarían el orgullo que sentía por haber sido un luchador en favor de la clase obrera.

De todos los hombres que venían por nuestra casa a buscar a mi padre, no había otro más poderoso para mí que Corbacho. Tal vez no lo era tanto, pero a mí me parecía muy grande, con una voz que no podías olvidar después de escucharla. Debió nacer socialista y, desde que había entrado en nuestra escuela cuando era concejal para descolgar el crucifijo del aula, con un pequeño diablito colorado puesto de adorno en la solapa, como en aquellos años llevaban muchos hombres

de izquierdas, yo empecé a admirarlo como si fuera un héroe porque había hecho callar a la horrible doña Perfecta.

A nadie dejaba indiferente Corbacho. Podías quererlo u odiarlo, como hacía todo el beaterío de Cangas, porque a él no lo iban a convencer nunca de que debía pasar por la iglesia ni para nacer, casarse o morir. Cuando volvía de trabajar cansado de arrancar piedra de la cantera de Varalonga, y aunque fuesen las diez de la noche, recorría las casas de los afiliados para distribuir *El socialista*, que costaba dos patacones.

Corbacho, Nores y mi padre siempre andaban discutiendo de temas de política que yo no entendía: que si se estaban traicionando sus principios, que si la Alianza Marinera debía seguir en la UGT o pasar a la CNT, y cosas así. Los tres habían fundado en 1914, antes incluso de nacer yo, la Alianza Marinera, la primera asociación importante de trabajadores del mar y que consiguió tener algo de fuerza frente a los dueños de los barcos. También ayudó a organizar cooperativas para comprar entre varios marineros embarcaciones para no tener que depender del todo de los grandes armadores. Corbacho y Nores discutían a menudo, y sus debates eran comentados hasta en las comparsas de carnaval. Corbacho se exaltaba cuando hablaba, pero no era que la fuerza se le fuera por la boca, no, porque cuando se empeñaba en sacar algo adelante, lo conseguía.

Cuando era pequeña, para mí era lo más parecido a un héroe de las películas. Y como les ocurre a ellos, a Corbacho también le tocó pasar por grandes sacrificios, pero no consiguió resucitar después de muerto, no. Fusilaron a aquel hombre inteligente e íntegro, y convirtieron aquel asesinato en un acto de propaganda política. De su muerte hicieron un espectáculo melodramático en una crónica de *El Faro de Vigo*. La noticia relataba cómo se había celebrado en la cárcel de Pontevedra un “acto conmovedor”, porque allí se presentaron el cura de Darbo, la mujer de Corbacho y los siete hijos para ser bautizados y después realizar el matrimonio de la pareja por la Santa Madre Iglesia. ¡Qué poder tenía aquel nuevo régimen que hasta los más rebeldes se convertían!

Asentían sus seguidores tan contentos.

De Cangas salió la comitiva de boda más triste del mundo hasta la cárcel de Pontevedra, en un día de lluvia como tantos, que acercan el cielo a la tierra inundando todo de una humedad tan pegajosa como melancólica. Toda la familia recorrió aquel camino sin hablar y con la cabeza baja. Todos angustiados al saber que verían a su padre, a su marido, por última vez en un acto que le rompería el corazón. Según contaron en el periódico, el cura le puso delante al matrimonio un crucifijo que los dos besaron “con la mayor unción y reconocimiento”, y después pronunció un bonito discurso dirigido a los hijos para enseñarles el camino que conducía “al trabajo y al bien”. ¡Hay que fastidiarse! Los que allí estuvieron como testigos dejaron constancia de aquel acto emotivo, porque vieron

a todos llorar. Pero las lágrimas no eran de emoción, sino de desesperación, rabia y miedo.

Lorenzo y Concepción se cogieron de las manos por última vez, ella sabiendo del dolor de aquel hombre que al morir hacía la mayor renuncia que un ser humano valiente como él podía hacer, cuando sabía que iban a matarlo. Y lo hacía por ella y por aquellos siete hijos que no sabía cómo iba a poder sacar adelante, quedándose tan sola. Corbacho no llegó a saber el calvario que tuvo que pasar su mujer, a quien nadie daba trabajo, porque aquel bautismo y aquel matrimonio no hizo que le perdonasen el ser la esposa de uno de los dirigentes más importantes de la lucha obrera de Cangas.

Cada día, cuando llegaba la noche, Concepción tenía que enfrentarse sola a la pregunta de si todo aquello de la boda había valido la pena. Después se contestaba a sí misma que sí, que por lo menos los hijos estaban sanos y salvos. Pero mientras se decía esto a sí misma como si fuera un abrazo de consuelo, dos lágrimas rodaban por sus mejillas, porque nunca encontró de verdad sosiego. Jamás volvió a confiar en aquel pueblo que traicionó a su marido y a tantos otros después de pasar toda una vida luchando por ellos.



Las rapadas

Mi madre llevaba en casa encerrada diez días con el brazo herido, y yo estaba muerta de miedo temiendo que se le infectara la herida y pudiera morir. En aquellos años no había todavía antibióticos y la muerte rondaba siempre la casa de las personas que tenían una herida abierta como la de mi madre. Esto me producía más terror que los falangistas que teníamos siempre apostados en la puerta.

—¡Mamaíta!—, le decía continuamente mi hermana sin sacarle el ojo de encima todo el día—, no te levantes, que ya vamos nosotras a buscar algo que comer.

Un día tras otro yo iba a dar una vuelta a La Ribera, y era raro que no viniese por allí algún familiar con un pescado en la mano para que pudiéramos cocinar algo. Mi hermano estaba también enfermo del pulmón, pero aun así, si algún día se encontraba un poco mejor, se iba al mar para que pudiéramos tener algunos reales entre las manos. Mi madre, mientras estaba convaleciente sólo pensaba en cómo estaría mi padre en la cárcel del pueblo.

—Vete hasta allí, Lola. Llévale un poco de agua fresca.

—Ayer fui, pero no me dejaron darle agua de la fuente, me hicieron coger la del cuartel, y me revolvieron toda la comida con la disculpa de que a lo mejor le había metido algo dentro. ¿Qué le iba a poner ahí?

—Pues vuelve hoy también a ver qué te dicen. ¡Cómo estarán esas almas!

Y así fue, eran ya las tres y media de la tarde cuando salí a la calle en dirección a la fuente del Señal para coger agua fresca. Una niña jovencita venía con la cabeza rapada, mirando al suelo sin atreverse a levantar los ojos. Tardé varios segundos en entender lo que estaba viendo.

—¡Mucha!, ¡Mucha! Espera. ¿Cómo te hicieron eso?

—Shhh... vete. ¡No hables conmigo! Entro ahora a trabajar, no me dejan quedarme en casa.

—Pero ahí tienes a esa bruja de la encargada, si te ve así, sin pelo, seguro que no te deja en paz.

—Ya, está todo el tiempo encima de mí. El otro día me dijo que si era una creída porque su hijo me estuviese haciendo caso. Que ni se me ocurriese mirarle, que soy una mentirosa y que lo deje en paz. ¡Encima de tener que soportar a ese idiota cada día!

Yo quedé con la boca abierta, mirando para ella sin saber qué decir.

Ya había escuchado rumores de que cogían a algunas mujeres de las familias más comprometidas con las organizaciones obreras y les rapaban la cabeza delante de todo el mundo. Pero yo no quería pensar en todo aquello. Con mi madre herida en casa y mi padre en la prisión, ya era demasiado. Había escuchado aquello de que a una anciana le habían cortado el pelo a tijeretazos, dejándole un flequillo ridículo, y la obligaban a pasar el día sentada en la puerta, para que los chiquillos y quien quisiese se riesen de ella.

—¿Y a ti quién te hizo eso?

—Un vecino. Un cabrón que siempre odió a mi padre por un lío de las lindes de una finca.

—¿Un vecino? ¡Jesús!

—Acaba de ponerse la camisa azul y tiene que demostrar que es más macho y más duro que nadie. Y me encontró a mí en el camino para demostrarlo. Déjame ir Lola. Si me ven hablar contigo me matan, y sabe dios qué te harán a ti también.

Pobre chica. Volvió a bajar la cabeza y reemprendió el camino hacia la fábrica, que no había parado la producción ni en los peores días del levantamiento. La vi marchar, andando rápido y temerosa a aquella hora en la que no había casi nadie por la calle.

Cogí el agua y me fui hacia el cuartel. No sé desde dónde saltó sobre mí el Pintos, aquel chaval odioso que debía de estar espiando a la pobre Mucha.

—Desvergonzada, que eres una desvergonzada, siempre estás entrometiéndote en todo—, me dijo en su castellanito ridículo.

Entonces me di cuenta de que también se había puesto una de aquellas horribles camisas azules. Cuando la vi quedé paralizada y se me puso un nudo en la garganta. No pude ni gritar ni quejarme, porque me quedé como una oveja en sus manos.

—¡Venga!, ¡a cortar el pelo!

Y me llevó a rastras por un brazo hasta las escaleras de una casa. Allí apareció un hombre mayor, Manolo Pepoucho, que le dijo:

—¿A dónde vas? ¡Déjala hombre! ¡Si es una niña!

Él me soltó y salió de allí sin decir nada más. Yo respiré aliviada, no tenía miedo porque me cortaran el pelo, sino por el disgusto que le daría a mi madre si me veía entrar en casa rapada. Un horror que sumaría al encarcelamiento de mi padre y a los falangistas haciendo guardia en la puerta. ¿Qué más cosas malas iban a pasarnos?

Yo no había hablado nunca con aquel hombre que me salvó, pero lo conocía de vista, sabía quién era. Nunca llegué a dirigirle la palabra durante toda mi vida para agradecerse. ¿Para qué? Allí todo el mundo quiso olvidar, callarlo todo, hacer como si no hubiera pasado nada. Cuando nos cruzábamos por la calle durante años, los dos sabíamos que era mejor así.

Poco después oí contar en la casa de mis primos, que no todos los del fascio estaban de acuerdo con lo que hacían y que, al día siguiente, Baldomero C y Almiña empezaron a decir que no había derecho a que algunos les raparan el pelo a las mujeres, que era una injusticia; que si había que detenerlas, que se las detuviera. Si tenían causas que pagar, que pagaran como hacían los hombres; pero darles un castigo especial por ser mujeres, aquello no debía ser así. Decidieron entonces organizar un debate sobre el tema... matar sí, rapar no.

No podía imaginar que toda aquella gente se sentase a discutir sobre las torturas permitidas y las que no. ¿Se puede pactar sobre los límites de la barbarie? Supongo que sí, porque la historia está llena de esos pactos terribles: ahora lapidamos, ahora crucificamos, ahora encarcelamos... ahora fusilamos. En aquellos momentos les tocaba a ellos hacer lo que quisieran con la gente.

Antes de la guerra, eran pocos los falangistas que había en Cangas, pero tan pronto como estalló el levantamiento, empezaron a salir de debajo de las piedras porque estar en la Falange les daba carta blanca para robar a un vecino, quedarse con la finca que había al lado de sus casas, o no pagar las deudas que tenían. Dicen que después de la guerra Franco también metió a todos estos en cintura. Él mismo se nombró jefe, y a partir de ahí todos fueron lo mismo.

En el mes de octubre los franquistas empezaron a tocar las campanas de la victoria, pero se equivocaron, porque no consiguieron entrar en Madrid en un paseo triunfal como pensaban, y aquella masacre continuó dos años más. Tuvimos que sufrir todas las barbaridades que los fascistas hicieron con la gente de Cangas.

El día cuatro de ese mes de octubre organizaron en el pueblo un homenaje militar a Franco y el levantamiento por todo lo alto. Yo me fui a la calle, por si acaso. Escuché sin pestañear cómo M y Mixixi decían que había que matar a

todos los hombres y las mujeres “que fueran de ideas rojas”. Algunos fascistas como el Chiripa o el Borralla do Oteiro, se fueron a recorrer las calles disfrutando sintiéndose poderosos al amenazar a quienes les venía en gana. Algunas mujeres colaboraron con el homenaje poniendo flores en algunos de los cruceiros y rezando en plena calle.

Durante esos meses raparon a Carmen y a Laura Carracelas, a la Paracha, a la Petoula, a la Peteira, a Leonor Rodríguez, a María Gamallo, a Caraxona, a Pitiscada, a Concepción Iglesias. A la mujer de Corbacho le hicieron pasar un verdadero calvario para criar a los hijos, y a otras las humillaron todo lo que pudieron en aquel juego macabro que jugaron con nuestras familias. A Josefa Mariño no sólo le cortaron el pelo, sino que la hicieron fregar el local de la Falange más de una vez entre insultos.

Muchos años después vi en la televisión una película francesa muy antigua que me conmovió muchísimo: *Juana de Arco*. Cuando vi que le cortaban el pelo a aquella pobre chica, empecé a llorar casi cincuenta años después, lo que no lloré cuando encontré a mi amiga sin pelo en la calle. Fue como si el tiempo no hubiera pasado y yo debiera pagar una deuda de lágrimas que no fui capaz de verter cuando todo aquello pasó. Lloré y lloré durante horas yo sola hasta que se me tranquilizó el corazón. Nos castigaron por ser mujeres quitándonos lo que se suponía que era nuestro: el cuerpo, la hermosura y la vida. Era un castigo individual que podía ser contra mi amiga, contra mí o contra una madre a la que acaban de matarle un hijo. Ellos y nosotros sabíamos que era un castigo colectivo, de los hombres contra las mujeres, no sólo para herirnos, sino para hacer daño a otros hombres a los que pensaban que pertenecíamos.

Éramos las rojas no por nosotras mismas, sino por ser las madres, las mujeres, las hijas de los rojos. Pensaban que no valíamos nada, ni siquiera para nosotras mismas.

7 de abril de 1937. Mi hermano Ángel

Ya estábamos completamente solos los tres hermanos en casa. Mi padre preso, mi madre presa, nos sentíamos desolados, pero aun así nos consolábamos cada noche diciendo que “por lo menos” no habían matado a nuestros padres como habían hecho con otros. Éramos tan jóvenes que no queríamos creer que vivíamos en un tiempo de fieras que buscaban nuestro exterminio. Pero un día vinieron también a buscar a mi hermano Ángel y lo llevaron al local de la Falange sin dar ninguna explicación. Mi hermana y yo nos quedamos completamente solas en aquella casa que, por primera vez, nos dio miedo porque ya no había seguridad posible. Ahora sé que sobrevivimos a aquellas penas sólo gracias a la inocencia que nos daba nuestra corta edad.

Les llamaban rojos a todos, fueran del partido que fueran: cenetistas, socialistas, comunistas, todos iguales metidos en el mismo saco para poder maltratarlos como quisieran. Ninguno de los nuestros tenía delitos de sangre, nadie había robado nada, pero a ellos les daba lo mismo. En el año 37 metieron en la cárcel también a casi todos los hombres de la familia Blanco: mis tíos, mis primos, once de la misma familia. Aquello fue una catástrofe.

Los cogieron y después los llevaron a Vigo, sometiéndolos a unas condiciones de vida calamitosas, porque donde los encerraron no era ni siquiera una prisión, sino una cuadra de caballos. Los hacían dormir y comer entre los animales y no les daban ni ropa ni alimentos. Teníamos que ir los familiares a llevarles de todo. Cinco meses estuvimos así, de Vigo a Cangas y de Cangas a Vigo, cada día, hasta que conseguimos alquilar entre toda la familia una casita al lado de aquella cuadra. Cada mañana íbamos hasta allí a llevarles desayuno y ropa limpia. Pudimos ayudarlos, porque mucha gente nos ayudó a nosotros también. Algunos marineros nos daban algo de pescado a escondidas, tanto los que faenaban en la ría como los que venían de las campañas en barcos de altura. Aquel pescado nos salvaba la vida porque podíamos venderlo y eso nos daba para mantener vivos a los once que estaban en prisión.

Estábamos tan mal que cada día que pasaba era un triunfo. Una mañana subía yo por la calle del Príncipe en Vigo para ir a la casita alquilada, cuando vi un

grupo bastante grande de hombres que bajaban. ¡Eran mis primos, mis tíos! Venían contentísimos y queriendo coger cuanto antes el barco de pasaje para llegar a Cangas. Mis ojos buscaron a mi hermano entre ellos.

—¿Y Ángel dónde está?— pregunté empezando a temblar.

—Nos dijeron que mañana lo soltarán. No te preocupes, mujer. Ya ves que nos han liberado a todos. Es que a él lo confundieron con un fotógrafo que andaba sacando fotos por todo Vigo, y le dijeron que se tenía que quedar hasta que todo se aclarase.

Allá me fui yo a preguntar por él con la sensación de que me habían quitado la tierra de debajo de los pies. Los guardias me dijeron lo mismo, que sí, que al día siguiente lo soltarían cuando se aclarase la cuestión del fotógrafo que había desaparecido. Me fui para aquella casita pensando que era el último día que dormiría allí. Mis padres no estaban, y desde que faltaba él, mi hermana y yo estábamos como perdidas.

Era el 7 de abril de 1937, el mes de la muerte. Nos levantamos para llevarle el desayuno, pero ya no lo encontramos. Nadie nos daba una razón de dónde se lo habían llevado, nadie sabía nada. Habían desaparecido otros siete también y los familiares estaban inquietos esperando en la puerta. Alguien vino a la carrera diciendo que los habían metido en un camión que había salido hacia las afueras de la ciudad. En aquellos tiempos todo estaba muy lejos, pero a nosotras no nos importaba. La gente con la que íbamos preguntaba a los vecinos de los pueblos por los desaparecidos allí por donde íbamos pasando:

—Aquí aparecieron cinco muertos hace tres días, pero ya se los han llevado.

Un poco más adelante:

—Aquí tiraron con tres, pero ya no están.

Y así hasta que llegamos a Pinar do Foxo en Pontearreas. Alguien nos indicó que aquella misma mañana acababan de encontrar cinco cadáveres al lado del cementerio. Lo que viví a partir de este momento es como si no me hubiera pasado a mi, como si alguien me hubiera prestado un cuerpo nuevo de muñeca que no sentía nada. Entonces lo vimos, allí tirado en el suelo, con los demás chavales de Vigo.

—¿No podéis llevaros el cadáver? El cura no quiere enterrarlos aquí—, escuché decir una voz que venía de otro mundo.

Éramos casi unas niñas, ¿qué podíamos hacer? ¿Quién tenía entonces dinero para alquilar un camión y mover el cuerpo?

—¿Y cómo vamos a llevarlo?—, conseguí decir yo mientras se me caían las lágrimas.

Allí estaba aquel cura de la aldea, como un cuervo rondando la muerte.

—Aquí no quiero enterrar rojos, que me contaminan la tierra. Llevarlo para Cangas, llevarlos a todos...

—No podemos, señor cura. No tenemos coche, no tenemos nada...

Allí estábamos todos los familiares llorando en silencio. Nadie se atrevió a gritar o a protestar, nadie levantó la voz. Cerramos la boca como todos y algunos la abrieron solo para seguir suplicando al cura que les dejase un trozo de tierra para enterrarlos.

—En sagrado, no—, contestó él inflexible.

—¿Y ahí en el atrio, detrás de esa tapia?—, insistió alguien.

—Bueno, metedlos ahí entonces, pero no quiero que los vean. Y no se os ocurra poner ni cruces, ni nombres, ni nada.

Y allí quedó enterrado mi pobre hermano que no había cumplido los dieciocho años. Su cuerpo mezclado con cuerpos extraños. Mi hermano, aquel de los juegos en la playa de Rodeira, el que salía al mar desde los catorce años y nos traía los caballitos de mar que encontraba envueltos en sus pañuelos azules como si fueran tesoros. Mi hermano, que nos había cuidado como si fuese nuestro padre en los últimos meses. Mi pobre hermano. En aquel momento juré que no me iba a morir dejándolo allí, enterrado fuera de su pueblo. Busqué una piedra y marqué el sitio donde estaba por si algún día podía volver a buscarlo. Me costó muchos años, pero conseguimos desenterrarlo y traerlo por fin a descansar con nuestra gente, con otros hijos de Cangas.

Aunque yo era entonces todavía una cría, nunca pude olvidar la muerte que le dieron a mi hermano, como nunca le perdoné a aquel cura que no quiso ni prestarle un trozo de tierra donde pudiéramos darle sepultura con dignidad. Pero tuve que seguir yendo a misa, tuve que ir a confesarme con los curas porque entonces no se podía vivir de otra forma. Después de la guerra ellos eran los que te tenían que dar los informes para todo: para poder trabajar, para poder casarte, para salir del pueblo... ¿quién podía vivir al margen de aquellas sotanas negras?

Fueron años en los que no te librabas de ir a confesarte al menos una vez al año, en Pascua. En la iglesia ponían unas listas y tenías que apuntarte para pasar por el confesonario. Recuerdo que habían pasado varios años desde el levantamiento, me tocó confesarme con un cura que venía de fuera del pueblo.

—Ave María Purísima ¿cuánto tiempo hace que no te confiesas?

—Hace un año, padre.

—¡Ay! ¿Y por qué mujer? ¡No debes dejarlo tanto tiempo!

—Es que el cura del pueblo no quiso darle buenos informes a mi madre que está presa, y yo....

—Algún delito cometería.

—Y a mi hermano lo mataron, y cuando fuimos a enterrarlo un cura de...

—¿Y por qué lo mataron?

—Por nada.

—¿Y qué edad tenía tu hermano?

—Tenía dieciocho años, aún no los tenía cumplidos.

—Caramba, caramba... Tan joven y tan rebelde, caramba, caramba.

Aquellas palabras se me atragantaron de una forma que nunca más quise saber de curas ni de iglesias.

En aquello se convirtió nuestra vida: a rezar, sí; a rezar mañana, tarde y noche. Y a cantar aquellos himnos horribles: “Amad a la patria...”, “La patria bendita es la cuna del hombre al nacer”. La patria, la patria...

Yo cantaba también, qué remedio me quedaba, mientras me acordaba de lo que algunas veces decía mi hermano Ángel:

—La patria es ese sitio donde trabajan veinte para que coman dos.

¿Cómo iba yo a creer en aquel cuento que nos contaban? ¿Cómo iba a creer en los curas que ayudaron a todos aquellos bandidos desde el principio hasta el final de la contienda?

Cuando escucho eso de la patria, la patria... sigo echándome a temblar.

De procesiones, casas y escondites

Yo tenía dieciséis años y aquel hombre treinta y uno, y ya me parecía un viejo. Siempre me produjo un sentimiento de pena por pura simpatía de lo dulce que era. Mi madre decía cuando se dejaba caer por nuestra casa, como de broma:

—Qué solliño está este Luis Solliño.

En aquellos tiempos todo el mundo decía que un hombre soltero era una desgracia mucho mayor que una mujer soltera, porque ellos no se sabían cuidar. Luis se había casado en Bueu, en el pueblo de al lado, pero no hizo buen matrimonio y volvió a Cangas a vivir con sus padres, así que para nosotros era como si estuviese soltero. Era un hombre que hablaba poco, y no quería escuchar críticas o bromas contra los curas o la iglesia, y mi madre lo miraba por eso siempre con buenos ojos.

—Dejad a Dios y a la iglesia en paz. No tienen nada que ver con lo que estamos hablando. Hay personas buenas y malas en todas partes.

—Pero Luis, si tú eres comunista, hombre—, le decía Antonio Blanco. No se por qué no nos das la razón.

—¡Pues vaya que sí tiene que ver!—, apostillaba José Mejuto. Es una contradicción—.

—Pues a mí no me fue nunca mal en la iglesia, y por eso sigo yendo cuando me da la gana— cortaba el debate malhumorado.

Aquel hombre era un apasionado, no tanto de la iglesia como de las procesiones de Viernes Santo.

Solliño había crecido de pequeño rondando la Iglesia de Cangas. Cuando se acercaba el Viernes de Dolores desplegaba una actividad frenética, desaparecía de nuestra casa y de la Casa del Pueblo y no volvía a pasar por allí hasta después del Domingo de Resurrección. Cuando terminaba la Cuaresma, dejaba de interesarse por la célula comunista, y no valía de nada que fuese el hazmerreír de sus compañeros Lao Graña, el Hazaña o Emilio Nores, porque aquellos días no

había nada más importante que preparar los santos para que luciesen bien en las procesiones.

La más importante era la del Encuentro, en la que se escenificaba el encuentro de Jesús con las tres Marías y con San Juan camino del Calvario.

En ella había que poner toda la energía del mundo, porque venía gente de Moaña, de Bueu y hasta de Marín a ver cómo el cuerpo articulado del nazareno caía al suelo tapizado de musgo por tres veces. Esta procesión salía muy pronto, poco antes de rayar el alba, cuando un cura que siempre era de fuera del pueblo, empezaba a narrar los grandes sufrimientos padecidos por Jesús hasta su muerte. A los niños nos enseñaban siempre la figura de “Francisquiño o da farramenta” la figura de un niño que, inocente, llevaba en un cesto los martillos y los clavos para crucificar a Jesús. ¡Y aquel San Juan de bulto más pequeño que las Marías, con una cabellera larga y rizada de pelo natural que era la envidia de más de una mujer!

Luis había trabajado en el mar desde muy pequeño, pero el párroco Valentín Losada, al que mucha gente en el pueblo quiso bien, le ayudó porque de niño estaba muy delicado de salud. El cura lo tomó bajo su protección y lo puso de sacristán para librarlo de andar zapateado por las olas del mar. Después, cuando pasaron algunos años, no le quedó más remedio que volver a coger la patela, pero la afición a cuidar de los santos siguió con él toda la vida.

Me acuerdo el día que ganó las elecciones el Frente Popular; se puso tan contento que perdió por unos minutos la vergüenza y se atrevió a salir al balcón del ayuntamiento a decir unas palabras que fueron ajustadas y breves. La alegría que tuvimos a principios del 36 le había infundido valor a aquel hombre tan tímido.

Vivía en una casita muy pequeña que había en el Señal con sus padres. Su padre era ciego y se pasaba el día sentado en la puerta, esperando que los que pasaban le dirigiesen la palabra para poder charlar un rato. Una noche también fueron los de la Falange a buscar a Luis, pero no lo encontraron por poco, porque alguien llegó antes y le avisó de que iban a por él. Estuvo escapado por el monte, pero allí no se aguanta mucho si no encuentras una mano caritativa que te ayude. Una noche que estaba todo completamente oscuro y lloviendo a mares, volvió a su casa.

—Hijo mío ¿qué vamos a hacer? Si te cogen te matan como están haciendo con otros.

—Me quedo esta noche, mamá. Mañana mismo antes de que amanezca, me vuelvo a marchar.

—No, no, quédate aquí con nosotros escondido. Nadie sabe que estás aquí. Tú no hagas ningún ruido. Levanta esas tres tablas del suelo y hacemos un

agujero. Ya iré llevando yo poco a poco la arena a la ribera sin que nadie se dé cuenta.

Y así fue. Hicieron un agujero pequeño para que Luis pudiese tumbarse bajo las tablas. De día a veces salía y se permitía moverse por la casa, pero en cuanto se aproximaba alguien que primero saludaba a su padre, se metía debajo. Pero aquellas casas eran muy pequeñas, los vecinos muchos y no todos de fiar. Uno de los hermanos M. vivía muy cerquita de la casa de Luis. Dicen que fue su mujer la que le empezó a calentarle la cabeza a su marido cada vez que se acostaban por la noche:

—Mira que acabo de ver que alguien se mueve en esa casa. Y no puede ser el padre, que la sombra se mueve muy ligera.

—Que Luis no puede ser, mujer. Ya hemos ido tres veces a registrar la casa y sólo están los viejos.

—Te digo yo que ese está dentro. Hasta que has llegado estuve una hora entera observando desde aquí, y vi claramente como alguien se agachaba.

—Son figuraciones tuyas.

—Me juego la cabeza, y no la pierdo, a que ese comunista está en casa escondido con los padres.

Consiguió que su marido, un poco a regañadientes, fuera varias veces más a llamar en aquella pobre puerta. Entraban, registraban y no encontraban nada. Pero la mujer de M seguía comiéndole la oreja cada noche.

—¡Es seguro que está ahí! Lo he visto varias veces. Tenéis que volver. Te voy a decir yo cómo tenéis que hacer para pillarlo.

Y allá volvieron la noche siguiente. Entraron, hicieron el registro y volvieron a salir con las manos vacías. Pero no se fueron, se agacharon al lado de la puerta, y al rato escucharon:

—Vente Luis, sal ya que no hay nadie.

Y como otras veces, estalló el ritual de la violencia: palizas primero, después contarle a todo el mundo lo listos y lo buenos cazadores que eran. ¡Nadie podía engañarlos! El círculo se cerró cuando lo metieron en una camioneta y le llevaron lejos del pueblo, una parada, un tiro, y otro cuerpo más tirado en una cuneta. Después escribir un certificado de defunción que ponía que el preso había intentado escapar cuando tuvieron que parar para arreglar el pinchazo de una rueda, y asunto arreglado. Era el 24 de mayo de 1937.

Para mi la procesión del Encuentro no volvió nunca a ser la misma, porque faltaron las manos amorosas del comunista Luis Soliño arreglando aquellos

santos. No puedo ver esas figuras desfilar sin acordarme de aquel y otros hombres que año tras año han ido cayendo en el olvido.



El Charrúa, amistades y mala suerte

Nieves Miranda era una vecina que vivía en la esquina de la Calle del Lirio, una de esas calles pequeñas y populosas que desembocan en plena ribera. Su marido, el Charrúa, andaba huido desde el alzamiento militar. De haberlo sabido, estaría contenta de tener noticias de que él estaba vivo gracias a que se había encontrado con un ángel que se llamaba Elisa Soliño por los montes de Aldán, una mujer valiente como pocos, que iba por los caminos comprando y vendiendo gallinas, ovejas, huevos y todo lo que creía que los vecinos más aislados podrían necesitar.

Elisa Soliño tenía miedo, como todos; sobre todo cuando estaba en su casa, pero cuando andaba por los montes se sentía libre y segura. Conocía aquel terreno como si fuera la palma de su mano. Había aprendido a identificar cualquier piedra movida de sitio, cualquier planta que hubiera sido pisada, cualquier hierba cortada... así que no le costó mucho encontrar a la persona que debía andar en el monte escondida, y que, aunque él no lo sabía, iba dejando marcas por aquí y por allá. Gracias a esta mujer, el Charrúa pudo sobrevivir casi un año en aquellos montes. Elisa sabía siempre que era lo que necesitaba, y cuando podía le llevaba una muda limpia y algo de comer. Y así fue como aguantó la soledad del monte, con la ilusión de encontrársela de vez en cuando.

Elisa Soliño era tratanta, y por eso sabía mantener la boca cerrada, porque trabajando por los caminos no se debe andar con cuentos de un lado para otro, porque nunca sabe una con quién estás hablando. Así que, aunque venía a Cangas bastante a menudo, nunca le dijo nada a la familia de aquel hombre, hasta que un día escuchó que la mujer del Charrúa estaba muy enferma, y claro... esto no pudo callárselo; lo buscó y se lo contó a aquel pobre hombre que vivía amedrentado. En ese momento y sin pensárselo mucho, él decidió ir a Cangas para ver a su mujer. Nada más caer la noche buscó los caminos más escondidos y escabrosos y consiguió llegar a su casa sin que nadie le viese. Quería sólo ver a su esposa y besar a su hija, saber cómo estaban, y luego se volvería al monte. Pero entró en su casa, se abrazaron, le mudó el corazón y le dijo que no volvería a marcharse nunca más, pasara lo que pasara.

Y lo que pasó no fue nada bueno, porque aquellos días no pasaba nada que nos diese esperanzas. La familia del Charrúa estaba deshecha, como casi todas. Antes de la guerra vivía muy bien, porque él era taxista y tenía un coche. Os podéis imaginar, ¿quién tenía un coche entonces? Era un hombre muy popular porque conocía a todo el mundo en el pueblo. Se prestaba a llevar a Pontevedra o donde hiciera falta a los de la Alianza Marinera sin cobrarle más que lo mínimo. Aquel debió de ser su terrible delito, porque los hermanos M, envidiosos y sin venir a cuento, un día le destrozaron el coche a golpes, dejando a aquella familia en la miseria.

El Charrúa decidió entonces quedarse escondido en su casa, porque la tentación de estar cerca de su familia era demasiado grande, y conforme fueron pasando los días fue sintiendo momentos incluso de felicidad abrazando a su mujer y el resto de la familia.

Rufino Miranda, el suegro del Charrúa era el que se había quedado al cuidado de la familia en aquel momento en el que no había nada más que hacer que mirarse unos a los otros; daba miedo salir, daba miedo estar en casa, daba miedo todo. Pero la vida continuaba, y en un día en el que hubo un temporal muy fuerte, se movieron las tejas y empezó a llover dentro de la casa. La gotera caía justo encima de la cama de Rufino, que ya no tenía edad para andar subiendo al tejado. Llamó al Felecho, vecino de toda la vida, para que fuese a solucionar aquel desastre. ¿Cómo iba a imaginar que aquel hombre que era como de la familia, iba a fijarse en que había una cama de más en la buhardilla, y pensar que allí estaba el yerno de Rufino escondido y que acabaría por denunciarlos a la Falange?

Una vez más, cuando eran las dos de la mañana en un día de abril del 37, llamaron a la puerta y empezó la violencia. Abrió Rufino y allí estaban el G., el Boviño, el Corneta y L., aquellos perros que se abalanzaron sobre él y lo tiraron contra la pared mientras su nietecita se agarraba a sus piernas, dándole patadas a aquellos hombres enormes que maltrataban a su abuelo.

—¿Cómo sois capaces de venir a nuestra casa a detener a José? ¡Habéis estado aquí con nosotros tantas veces sentados alrededor de nuestra mesa!— les gritaba Nieves desesperada— ¿cómo sois capaces de hacernos esto?

Pero allí no hubo piedad. No hubo una palabra amiga, una mirada de compasión. Fuera se habían quedado por lo menos cuarenta falangistas rodeando la casa, como si fuesen a asaltar un cuartel de gente armada; las calles estaban tomadas como si hubiera algún peligro de verdad, porque el grupo de los falangistas no había parado de crecer desde que Franco había cruzado el Estrecho.

—Marcha, José. Escapa por el tejado—, le mandó su cuñado Manolo cuando escuchó el follón en la casa. José asomó la cabeza por la pequeña ventana para marchar, pero cuando escuchó llorar a la hija se paró en seco.

—No, no voy a ningún lado. Son capaces de llevaros a vosotros.

—Vete, vete. Nosotros ya nos arreglaremos.

—¿Cómo?—, preguntó tristemente José, bajando por las escaleras seguido por su cuñado.

Cuando llegaron abajo empezaron a maltratarlo allí mismo. Le ataron las manos y lo llevaron para la sede que tenían en la calle Real. El G., junto con otros dos se quedaron atrasados y sin mediar palabra descargaron contra Manolo unos golpes que lo dejaron destrozado también a él. Nadie llegó a saber nunca si era algo personal o qué sería, porque si no, ¿a qué venía aquella paliza sin ton ni son?

Lo tuvieron solo dos días encerrado en el local. La hija iba a llevarle la comida. Era un catorce de abril el día en que los falangistas de guardia hicieron la vista gorda y dejaron que José, sentado, cogiese a su hija en brazos.

—Nieves, hija mía. Mira por tu madre y por tu abuelo por si yo tardo un poco en volver a casa.

Nadie supo nada más de él hasta que alguien fue a su casa a avisar que habían encontrado su cuerpo en Pontevedra. Y allá fueron las dos Nieves, Rufino y Manolo a buscar un sitio donde poder enterrarlo.

Durante aquellos días aprendí también otra lección: que la vida tiene mucho de casualidad, de azar. Solemos ir allí donde pensamos que nos van a regalar algo, o donde creemos que recibiremos un maná que baja del cielo, porque los regalos de la vida están ahí para que los cojamos; pero es difícil que a los pobres nos ocurran esas cosas buenas, porque el destino azota siempre a los que menos tienen. Fue como si al Charrúa lo quisieran matar dos veces, porque lo confundieron con otro a quien asesinaron también.

Saturnino Blanco era el amo del cine al que tanto nos gustaba ir. Era un buen hombre, de los que no abandonan a los amigos, de los pocos que quedaban en atreverse a ayudar a los caídos de aquella tragedia que estábamos viviendo. El día 15 de abril del año 37 se acostó pensando en lo que acababan de decirle: que su amigo, el Charrúa, estaba detenido en los locales de la falange enfrente de la iglesia. Al día siguiente, se levantó y se fue sin pensárselo mucho a aquella cárcel con la esperanza de que algún conocido le permitiese hablar con su amigo. Y así fue. Lo vio y quedó en paz, porque allí estaba, maltratado, pero vivo. Solo le dijo que iba hacer todo lo posible por ayudarlo. Conocía mucha gente y seguro que conseguiría que lo soltasen ya que estaba seguro de qué el no había hecho nada malo.

Cuando salió de allí, muy triste y preocupado, pensando en las penas que le tocaba vivir a su pobre amigo, en el atrio de la iglesia aparecieron dos tipos:

—¡Alto!, tú eres José el Charrúa, ¿dónde vas? Estás detenido. ¡Alto!

—No, no. No soy José. Él está dentro. Yo soy Saturnino Blanco...

—¡Quieto ahí! ¡No te muevas!—, le gritaron mientras uno sacaba una pistola. Solo le dio tiempo a dar dos pasos atrás, cuando en un segundo sintió que todo el pecho le reventaba por dentro. Saturnino cayó en el suelo como si fuese un muñeco relleno de hojas de maíz.

Con la detonación salieron a la puerta varios falangistas.

—¿Y vosotros qué cojones hacéis?

—¡Es el Charrúa, que escapaba!

—¡Papahostias! Ese está dentro...

El Charrúa escuchó el disparo que acababa de alcanzar a su amigo y se echó a temblar. Cuando consiguió entender lo que había ocurrido, no supo dónde encajar otro dolor más en su alma. Escuchó también que estaba gravemente herido y que lo llevaban al hospital de Pontevedra. No sería hasta el día siguiente que descubrió que su amigo no había sobrevivido a aquella trágica confusión. Cuando se llega a ese estado de violencia, las vidas como las de ellos no valían nada.

Islas y utopías

La primera novela que recuerdo cuando era pequeña en mi casa, es la novela de aventuras *Robinson Crusoe*. La trajo un día Evaristo y a mí me pareció un tesoro. El libro tenía unas pequeñas ilustraciones en las que se veía un hombre con la ropa rota construyendo su cabaña, y luego otras en la que ya aparecía su compañero Viernes. Desde entonces, en mi imaginación, las islas eran siempre fuente de aventuras, pero también de protección. Lugares en los que se puede sobrevivir si aprendes a hacer lo que se debe hacer.

En Cangas también teníamos una isla. La llamábamos simplemente así: La Isla, aunque todos sabíamos que eran dos. Después todo el mundo empezó a llamarlas de otra forma: “las Islas Cíes” y andando los años pasaron a pertenecer a Vigo. En aquellos tiempos las cosas no eran como ahora, la Isla estaba para nosotros muy, muy lejos y los marineros no paraban de hablar de las peligrosas olas que debían sortear en su bocana cuando navegaban de la Isla Norte a la Isla Sur. Eran tiempos en los que sólo los marineros iban hasta allí.

Un grupo de jóvenes, la mayoría cenetistas, con miedo a que los detuvieran, debieron tener esta misma idea cuando el mundo se derrumbó y se fueron a la Isla a esconderse, pensando que allí estarían protegidos. No imaginaban entonces que iban a caer en una trampa, porque ya no quedaba ningún rincón libre de ser un infierno. Algunos se fueron para allá con la esperanza de que algún barco amigo se arrimase, y en una noche oscura los sacara de allí para poder después llegar a Francia, pero el barco aquel no llegó nunca, y se quedaron varados un día detrás de otro.

Bernardo Lemos tenía treinta y dos años, era fuerte como un roble y conocía de punta a chicote la Costa de la Vela y la Illa. Trabajaba en el mar desde muy pequeño, y conocía todas las piedras y agujeros de la costa a las que se arrimaba en su barca con una intrepidez temeraria. Cuando vio que empezaban a detener los primeros días del levantamiento a sus amigos, sobre todo los que frecuentaban la Alianza Marinera, tuvo claro que iban a echarle el guante también a él, sobre todo por ser militante de la CNT y por haber ido en el camión que fue a entregar las armas a Pontevedra. Estaba tan seguro de que aquella bota militar iba a caerle

sobre la cabeza, que no dudó en hablar con Manolo Soliño, Carolitos, que tenía nueve años menos que él, pero que también era muy echado para adelante, a pesar de que estaba delicado de salud. Aquel amigo era un chaval muy guapo y admirado por todas las chicas que le devolvían siempre una sonrisa cuando se cruzaban con él, porque además era un tipo bien simpático.

Se animaron uno al otro, y un día a la una de la mañana cogieron un bote y se pusieron a remar con todas sus fuerzas cara a la Isla. Llegaron reventados, pero llegaron. Allí estaban ya Antonio Ferrari, el Carabelo, aquel hombre que había vuelto tan contento del Congreso de la CNT de Zaragoza en el que se había decidido ir juntos a las elecciones con la UGT, y también estaba Antonio Fernández, o Amaro, de la directiva de la Alianza.

Pasaron en la Illa Sur tres meses. No era fácil conseguir ni comida ni calor. Las Cíes son hermosas, con aquella arena blanca, llenas de pájaros y matorrales, pero no era fácil pasar allí desapercibidos. No se atrevían a hacer fuego y tenían que vigilar constantemente porque, de vez en cuando, gente falangista requisaban un barco, entraban en las tiendas de ultramarinos y se llevaban las latas y las bebidas que querían sin pagar, y se iban a buscarlos. Aquellos desalmados iban de caza con la alegría de los que se van de excursión. Mientras andábamos por allí, los escapados tenían que echar horas en algún agujero del acantilado que ya conocían bien, rezando para que no consiguieran dar con ellos. Bernardo Lemos y Manolo Carolitos sobrevivieron porque el padre y el hermano de Bernardo iban por allí en algunas ocasiones y les llevaban algo de comida y de ropa, hasta que finalmente los detuvieron a ellos también, y para castigarlos los mandaron al Lazareto.

Tres meses pasan rápido cuando piensas que cada día puede ser el último de tu vida. El 18 de octubre, aquellos dos amigos se descuidaron y no se dieron cuenta de que se había arrimado durante la madrugada un barco con el motor apagado, del que desembarcaron varios hombres armados como si fueran a luchar contra un regimiento. Bernardo se despertó con la primera luz de la mañana y se fue a una fuente a beber, y allí mismo, sin mediar palabra, le descerrajaron varios tiros. Después fueron detrás de Carolitos, que no tuvo tiempo de esconderse y lo mataron también.

Aquel grupo de asesinos volvió muy contento a Cangas, y les faltó tiempo para ir por las tabernas a contar que la caza de hombres había ido de maravilla aquel día. “Dos rojos menos en este pueblo”. En la Illa Sur dejaron los cuerpos de las presas que cazaron, según ellos, para que los comiesen las gaviotas. Algunos familiares se fueron tristes y callados hasta la isla, sin montar ningún lío los buscaron y los enterraron, sintiendo que por mucho que se empeñaran, ellos no eran animales, y que tenemos la obligación unos con los otros de cuidarnos incluso cuando la vida llega a su fin. Por mucho que se empeñasen en

animalizarnos, sabíamos que tener un sitio en el mundo donde poder ir a llorar a nuestros muertos era algo que no nos podían arrebatarnos.

La suerte de Carabelo y el Amaro fue mejor. El suegro de este último se enteró a tiempo de que los falangistas estaban preparando para el día siguiente una de aquellas cacerías, y no lo dudó un momento. Se subió a un barco y fue a buscarlos. Sin que nadie se enterase consiguió traerlos a tierra. Los dos pasaron varios días vagando por los montes, y después pasaron dos semanas en la casa de Maximino Rodríguez, que los escondió con una valentía que ya casi nadie tenía en aquellos tiempos. Era el día de difuntos cuando tuvieron que marcharse de allí porque le soplaron a Maximino que iban a registrar su casa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Dónde podemos ir?

—Si nos cogen aquí, te llevan a ti por delante también.

Eran jóvenes, atrevidos y aficionados a las comparsas de carnaval; así que se les ocurrió salir de allí vestidos de mujeres, cogidos del brazo como si nada y luego cada uno tiró para su propia casa. El Carabelo pasó dos años escondido en el hueco de una pared tapado por un cuadro de la Pasión de Cristo. El Amaro anduvo de casa en casa y después se entregó y zafó con un par de años de cárcel en Pontevedra.

Yo fui de excursión a las Cíes muchos años después, cuando los hijos y las hijas de Cangas comenzamos a disfrutar del mar como si fuésemos turistas de veraneo. Las Islas no me parecieron ese lugar acogedor que yo imaginaba cuando leía las historias de Crusoe.

Cuando volví a leer el libro, muchos años después me vinieron las lágrimas a los ojos. Como Robinsón yo también había tenido dos hermanos mayores, uno asesinado en la guerra y otro que se perdió por aquella Europa en la que la gente no dejó de huir hasta el año 45 cuando terminó la II Guerra Mundial. Yo me acordé, al pisar por primera vez las Cíes, de una frase que Robinsón Crusoe decía de sí mismo: "... desde muy pequeño me pasaba la vida divagando". Yo era pequeña y no lo entendía, y le pregunté a mi hermano:

—¿Qué significa "divagar"?

—Significa que vas de un lado para otro sin pararte en ningún sitio, solo que se hace con el pensamiento.

Paseando por la Illa Sur, me di cuenta muchos años después que me había pasado parte de la vida divagando entre las historias de toda aquella gente asesinada.



Las raposas de San Simón

A estas alturas ya me duele el corazón de recordar todo lo que pasó. Mi cabeza intenta poner orden a lo que no cabe en mis recuerdos. ¡Cuánta gente mataron aquellos bandidos! Como serían las cosas en Cangas que hasta el alcalde de Moaña le envió una petición al Gobernador en Pontevedra para que los hermanos M y sus amigos no pudieran actuar en su pueblo. Como uno de ellos era el director provincial de la Falange, pues se creían con derecho de meterse con todo el mundo. No sé si en Moaña o en Bueu llegaron a contenerlos, pero en Cangas hicieron lo que quisieron durante el tiempo que duró la guerra. Ya no me quedan muchas fuerzas para hablar de cosas tan tristes, pero quiero contaros algo que se rumoreaba que ocurría en aquel infierno que era el Lazareto de la Isla de San Simón, donde estuvo mi padre y tantos otros hijos de Cangas.

Esa isla del fondo de la ría es hermosa, tranquila, pequeña y plana. Yo fui sólo una vez cuando me llevaron al final del franquismo. Si digo que había algo en el aire que la hacía insoportable, diréis que es normal por todo lo que sabíamos que allí había ocurrido. Ahora da la sensación que está a tiro de piedra, pero entonces se decía que había sido un lugar lleno de enfermedad y muerte y su presencia se sentía como muy lejana.

San Simón había sido un lazareto, el lugar en el que la gente que venía en barcos sospechosa de traer alguna enfermedad, hacían la cuarentena. Si mal no recuerdo después hubo también una leprosería. Pero todas las instalaciones cerraron en 1923, porque aquel era un lugar muy incómodo de mantener, ya que en toda la isla no había agua.

Aquellos edificios construidos con el paso el tiempo en la Isla, volvieron a usarse en el año 36, cuando a los nacionales ya no les cabían los presos en las cárceles y los mandaron para allí. Los pobres andaban vagando todo el día prácticamente al aire libre por aquel trocito minúsculo de terreno, todos heridos y comidos por los piojos y la sarna.

Aquellos hombres pasaron un infierno. Caminaban de un lado para otro sin descanso, eso si tenían suerte y no los encerraban en las celdas de castigo. Durante los años del hambre llegaron a darles de comer mondas de patatas hervidas. El

director fue un tal Fernando Lago Búa, a los que los presos llamaban *El carnicero de San Simón*.

El otro mandamás del lazareto era un cura, un jesuita llamado Padre Nieto, que oficiaba misa con la pistola al cinto. Se ponía delante de los que acababan de llegar y les decía que era obligatorio ir a misa y que, si alguno se negaba, que se lo dijera ya porque allí mismo iba a encontrar la muerte, porque a él le daba lo mismo matar a un hombre que a cien, mientras sacaba la pistola del cinturón levantando el brazo y diciendo a gritos:

—¡Cuanto más mate, más honores tengo!

Cómo sería aquel tipo que una vez todos los hombres, desesperados, se negaron en grupo a confesar con él, y dos guardias, temerosos de que hiciera una barbaridad se metieron en medio diciendo que aquello no podía ser, que la religión católica tenía que ser voluntaria. Aquella mala bestia le dio igual; no les disparó, pero se puso a gritar que Cristo había dicho en una de sus parábolas que se debe arrancar la cizaña del trigo para poder hacer al final de la temporada una buena recolección.

—Hay que limpiar la sociedad de gente maligna. Los rojos no son personas.

Yo no sé si todas estas barbaridades son ciertas, pero me contaron que en una ocasión le deshizo la cabeza a un preso golpeándolo con un crucifijo cuando éste, frente al pelotón de fusilamiento se negó a confesarse.

Fueron muchos los hijos de Cangas que pasaron por allí. Algunos, como mi padre, estuvieron un tiempo corto y después los sacaron para mandarlos a otros infiernos más lejos de casa. Otros tuvieron menos suerte y allí dejaron la vida, y muchos de ellos también murieron fuera de allí porque cuando los falangistas buscaban diversión, se acercaban y le pedían al director poder llevarse a quien quisiesen. Sacaban a los presos, abusaban a su gusto de ellos y después los fusilaban sin más.

Eran las “raposas”, y las llamaban así porque aquellos animales cazaban como los zorros: de noche y sigilosamente. Llegaban a San Simón ya caída la tarde, cuando todo estaba ya oscuro. Los presos los veían venir en una lancha, desembarcar y hablar con el director. Después empezaban a vocear algunos nombres:

—¡Eduardo García!, ¡Ángel Rial!, ¡Vicente Sáez!, ¡Aniceto Franco!, ¡Adonis Teixeira!, a todos estos hijos de Cangas mataron en las raposas.

Cuando al anochecer llegaba un barco o una gamela a remos, los presos se echaban a temblar. ¿A quién le tocaría aquella noche? Podían empezar a maltratar a alguien delante de los demás allí mismo si les daba la gana, o llevarlos a tierra sin más. En esto no había una regularidad, no había un orden. Podían llevarse tres, seis, cinco... algún día podía venir una lancha o más de una, o no venir ninguna. Por el trato que recibían y las informaciones que traían los nuevos detenidos, sabíamos que

en aquellas salidas no había nada bueno. Cuando caía la tarde, un hombre se acercaba a otro para dejar algún recado por si le tocaba salir a él.

—Compañero, si sobrevives vete a ver a mi hija, yo soy de Bouzas. La chica quedó en estado. Mi mujer murió hace poco. Dile que siempre me acordé de ella.

Los hombres que se llevaban los falangistas no volvían a la isla nunca más y a sus casas tampoco llegaban. Sus cuerpos podían aparecer después tirados en cualquier cuneta. No quiero ni pensar qué harían con ellos, porque no puedo entender el gusto de maltratar a nadie. ¿Le das armas y poder a una persona y cualquiera es capaz de asesinar y de disfrutar con el sufrimiento ajeno? Yo quiero pensar que no, que no puede ser así, pero entonces ¿qué esperanza nos queda?

De aquel infierno de aquella isla tan cerquita de la tierra, que yo sepa, prácticamente ningún preso escapó. Sólo Clemente Carracelas que sobrevivió a una de las raposas, sin que nadie sepa muy bien cómo lo había conseguido. Parece que sacaron al mismo tiempo a otros tres de Cangas: Aniceto Franco, Adonis Teixeira y Vicente Sáez un cinco de diciembre del 36. Nadie sabe cómo escapó, pero lo consiguió y ¿dónde iba a ir? Volvió a su casa, pero aquellos demonios no perdonaban. Fueron allí y amenazaron con matar a toda la familia. No le quedó más remedio que entregarse y, para sobrevivir, se enroló en la Legión. Le debió de resultar imposible cambiar de chaqueta, porque la familia no volvió a saber nunca más de él.

¡Qué suerte tuvieron los que murieron en el frente y no tuvieron que pasar por todas aquellas torturas! A cualquiera de aquellos presos le hubiera gustado ser Manuel Botello, que murió peleando en el frente de Teruel, o incluso mejor Bernardo Blanco que murió en el buque *Libertad* defendiendo la República y fue reconocido con honores por sus compañeros. Pero ¿qué hay de glorioso en que te traten como un animal y que no te dejen ni siquiera luchar? Aquellos todos fueron los olvidados, porque fue todo tan horrible que no servían siquiera de medallas que se pudiesen colgar los vencedores. Aquel infierno estuvo abierto hasta el año 44. Parece ser que en este último año había allí seis mil hombres todos viejos o enfermos, y más de cuatrocientos murieron de hambre.

Esta es la imagen de San Simón que se me quedó grabada en la mente y que se superpuso a la que había tenido siendo más pequeña, cuando escuché hablar de la Isla de San Simón cuando mis hermanos leían en voz alta párrafos de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. En aquella historia el fondo de la ría de Vigo era un lugar maravilloso donde dormían los tesoros escondidos de galeones hundidos cargados de oro y de plata.

Pero andando la vida, no quedó en mi mente ni una sola imagen positiva de ese lugar, donde hay más personas asesinadas que lingotes de plata hundidos en el lodo del mar.



Taratola, “... la política mal hecha es un veneno”

A Manuel Nores todo el mundo le llamaba Taratola. Era un hombre bueno. No era ambicioso... no era de escalar, no. Quería que las cosas estuvieran claras, muy claras, y si veía una injusticia por la calle, no la dejaba pasar.

Había sido concejal de obras, y una vez que Cheré, el rico de la calle Real, que era el dueño del cine y que vivía al lado del muelle encargó hacer una casa, quiso saltarse las normas urbanísticas, pero se encontró con Taratola. Lo que pasó fue que Cheré sabía que los ricos tienen que hacerse ver saliéndose de la fila de todo el mundo. Así que se le ocurrió decirle al albañil que plantara la fachada de su espléndida casa nueva en el paseo del muelle, medio metro más adelantada que la línea que llevaba la calle. Y allí tuvo que ir el concejal a hablar con el albañil.

—Mire, el que le encarga la obra también tiene que cumplir la normativa, así que haga el favor de parar y darle para atrás a los cimientos.

Pero él no hizo caso y siguió construyendo por donde le había dicho el amo. Cuando Cheré se enteró de lo que había pasado, fue corriendo por la tarde a ver al albañil:

—¡Vamos!, lo que nos faltaba. Desde que están en el ayuntamiento esos de “la chaqueta de Mahón”, tenemos que hacer lo que ellos quieran. ¡Lo que nos faltaba! Tu no hagas caso, sigue y nada más.

Volvió entonces Taratola al día siguiente con los municipales y le paró la obra. Después de varios días sin trabajar, a Cheré no le quedó más remedio que darle a la casa para atrás. Él era así, cuando las cosas no podían ser, no podían ser y ya está.

Me cuesta trabajo hablar de las actividades de este hombre porque estaba siempre metido en mil cosas, y tenía buenas mañas para todo. Yo guardé y he repetido siempre la frase que le escuché un día: “La política mal hecha es un veneno”. ¡Ojalá toda la gente que se dedica a la política fuese como él! Nunca le hizo daño a nadie. Con mi padre y otros más, habían fundado la Agrupación Socialista de Cangas, y claro, con los líos que de vez en cuando había entre los partidos o los sindicatos, a veces chocaba con Corbacho, que tenía un carácter

que no veas tú. Corbacho era nervioso, más peleón en las discusiones, mientras que Taratola era más tranquilo. Sus debates en los plenos eran famosos por lo animados que eran, y los cantaban los de las comparsas en los carnavales, sabiendo que, al final, acababan siempre estando de acuerdo, porque como decía la canción que le sacaron:

*Todos al saber lo que pasa aquí
nos pusimos en camino
para averiguar si era cierto, al fin,
lo que en la prensa leímos.*

*Es nuestra misión la causa indagar
y por desgracia sabemos
que los ediles del pueblo
disgustos nos quieren dar.*

*Yo sé de fijo, no sé por qué,
que siempre amigos habrán de ser.*

Toda nuestra gente quería a aquel hombre, y se hacían muchas bromas. Recuerdo a mi padre cantando en casa:

*No le des tu voto al de los lentes...
Dáselo a Taratola, quiquiriquí,
que anda en las olas del mar.*

Era un hombre enfermo de tuberculosis, que hablaba y hablaba hasta que se le ponía un pito en la garganta al fatigarse. No había tenido estudios porque desde muy pequeño se quedó huérfano y se tuvo que ir al mar, pero pasaba horas leyendo, y por eso fue capaz incluso de escribir unas memorias contando algunas de las cosas que había vivido. Era un autodidacta, de aquellos que había entonces, en un tiempo en los que unos obreros enseñaban a otros a leer, y si no podían, leían unos a otros en voz alta los periódicos.

Taratola era socialista hasta la médula, y cuando la Alianza Marinera se inclinó después de votar por declararse como parte de la CNT, no paró de repetir que aquello era un grave error para el movimiento obrero de Cangas, y que estaban ganando las posiciones de los más jóvenes sobre los viejos y nadie sabía dónde podría acabar todo aquello.

A mí no me extraña que el anarquismo tuviera tanto éxito en aquellos momentos, creo que era porque traía ideas nuevas que les gustaban sobre todo a los jóvenes. No sólo planteaba iniciativas políticas, sino que nos daba ideas de

cómo había que vivir en el día a día: cómo había que vivir el amor respetando a los otros, cómo planificar una buena alimentación sin tener que maltratar a los animales y a la naturaleza, o cómo tratarnos nuestros propios cuerpos para estar más sanos.

Taratola se había ido a América cuando era más joven, pero en lugar de volver rico, lo que trajo de vuelta a casa fue una tuberculosis. Muchos de los que se habían ido a finales del siglo XIX habían hecho fortuna, pero para hacer fortuna tienes que saber poner a trabajar a otros para tu propio beneficio. Y Taratola no era así, parece ser que los cuatro años que pasó por los muelles de Buenos Aires estuvo organizando sindicatos y huelgas en lugar de poner la cabeza en cómo hacer para conseguir amasar dinero.

Cuando volvió a Cangas siguió pasándolo mal. Muchos dueños de los barcos no querían contratarlo porque, aunque era un hombre muy pacífico, circulaba en sus venas el deseo de cambiar el mundo y trabajar para que todo fuera mejor para su gente, y claro, aquellas ideas les alborotaban el gallinero a los armadores.

Él fue uno de los que durante la dictadura de Primo de Rivera entre 1923 y 1930 consiguió que el movimiento obrero no fuera un barco a la deriva contra un acantilado. Esa fue una época en la que la Alianza Marinera se quedó casi sin afiliados. El Pósito tampoco iba bien porque aquel gobierno hacía todo lo posible por impedir la sindicación y las reuniones de los trabajadores. Era amigo de un republicano importante, Emiliano Iglesias que le había buscado un hospital en Madrid donde ir a curarse de la tuberculosis, pero la enfermedad que él tenía era muy difícil que se curara del todo, y menos si andas por las olas del mar.

Cuando las mismas personas tienen todos los poderes en sus manos: el de juzgar y castigar, el de crear las leyes y ejecutarlas, podemos echarnos a temblar. Y eso fue lo que pasó después del alzamiento del 36. Falangistas y militares dictaban las leyes, las hacían cumplir usando la violencia, fuera física o económica. Y Taratola la sufrió bien sufrida. Había sido concejal en el gobierno del año 33 cuando hubo una plaga de tuberculosis en todo el Morrazo. Moría gente de todas las edades pero, sobre todo, jóvenes que se iban secando poco a poco. La gente podía ir al médico, pero nadie tenía dinero para comprar después las medicinas, así que los concejales de izquierda propusieron aquel año excederse en el presupuesto que estaba adjudicado a la beneficencia. Para que esto fuera posible, había que presentar una moción en el pleno del ayuntamiento, y Taratola fue el encargado de hacerlo ante todos los concejales, a los que no les quedó más remedio que aceptarla, porque todo el mundo sabía que era un acto de caridad que podía ayudar a mucha gente.

¿Quién podía haber imaginado entonces que tres años después, nada más estallar el alzamiento iban a pedirles responsabilidades a los concejales por haber tomado esa decisión, y a obligarles a que devolvieran el dinero al ayuntamiento?

Quinientas pesetas tuvieron que pagar cada uno de los de izquierdas. José Vicenta se vio obligado vender una tierra para poder pagar, y Taratola fue a la cárcel por esto. A los concejales ricos del momento como Luís Bolívar Massó no se les pidió ni un duro, con la disculpa de que “iba muy poco por el ayuntamiento”. ¡Hay que fastidiarse lo que pueden maquinar algunos para conseguir castigar o disculpar a alguien!

Taratola fue el milagro de la guerra, la excepción que confirma la regla del ejercicio de la barbarie como un acto sistemático e implacable. Murió de enfermedad en el año 43, después de haber pasado por la cárcel como otros tantos; puede que no quisieran ni siquiera gastar una bala con aquel hombre que llevaba las marcas de aquella enfermedad, entonces mortal, visibles en su cuerpo.

Exilios: mi hermano Pepe

A mi hermano Pepe le tocó estar lejos de nosotros casi la vida entera. A los diecinueve años se fue al servicio militar, y no volvió a Cangas hasta que mi padre fue muy viejo, después de morir el dictador. Mi padre, que conocía a mucha gente en Vigo le ofreció intentar que se quedara cerca de casa a hacer el servicio militar, pero él no quiso que interviniese ni que pidiese favores a nadie: “Mejor me voy a mi suerte”, le dijo. Y así fue. Se embarcó en la fragata *Libertad* en Cartagena y, cuando ya le quedaban pocos meses para terminar el servicio militar, se produjo el golpe. Andalucía se quedó en la zona democrática, mientras que en Galicia los militares se decantaron por apoyar a los golpistas, por eso durante mucho tiempo no supimos nada de él.

Como era el mayor de los hermanos, se daba por sentado que tendría que haber ido al mar, pero mi padre no quería por nada del mundo que sus hijos siguieran sus pasos. A José le gustaba la escuela en la que estuvo hasta los quince años, por lo que estaba muy bien formado y era muy inteligente, así que lo cogieron como mancebo en una de las farmacias que había en Cangas. Quieras que no, aquel trabajo era una oportunidad para no tener que andar zarandeado por las olas del mar.

Como otros mozos de Cangas, tanto Ángel como él se afiliaron a la CNT. Pepe era un chaval serio, de los que enseguida caen bien a la gente mayor, y nunca se metió en ningún lío. Sabía tratar a todo el mundo en la farmacia, aunque los pobres poco gasto podíamos hacer allí porque sólo con suerte podíamos ir al médico para que nos recetara cosas. La mayoría de las veces, la gente se callaba delante de él, porque les daba vergüenza decirle que no tenían dinero para comprar nada. Si te dolía una muela, te decían “échale cal” y barbaridades por el estilo. Valía una peseta sacarte la muela en un dentista, pero ¿quién la tenía? Nuestro dentista era el barbero que te metía unas tenazas en la boca, y ¡hala!, a aguantar... que era más barato que andar en médicos y farmacias.

Mi hermano había dejado Cangas antes de la guerra para ir a trabajar a otra farmacia que su jefe, que no era hijo de Cangas, había abierto en su pueblo, Brión, cerca de Santiago. Venía de vez en cuando y me traía unos caramelos pequeñitos, muy duros y muy fuertes de sabor a menta. No era que me gustaran mucho, pero

como me los traía él, me hacían muy feliz y se los enseñaba muy orgullosa a todas las niñas del barrio. No me acuerdo muy bien cuando se marchó, porque desapareció un día cualquiera, sin maleta, que no teníamos ninguna, y nunca más volvió para quedarse de forma definitiva.

Muchos años después fui a Francia a encontrarme con él, cuando él acababa de cumplir cincuenta años. No olvidaré nunca el momento en que volví a verlo en la estación de trenes. Estaba de espaldas, un hombre ya maduro y anchote como mi padre. Lo reconocí enseguida, antes de verle la cara. Fue un momento raro, yo tenía sólo catorce años cuando se marchó de aquí, y tenía en la mente la imagen de un chaval joven, que para mí era fuerte y poderoso. Y seguía siendo un hombre fuerte cuando lo volví a ver, pero el tiempo no perdona a nadie. Conservaba en el fondo de los ojos una serenidad que intimidaba. Él era así, un poco retraído. No había querido volver nunca a Cangas, yo creo que por miedo a encontrarse con una vida ya perdida para siempre. Andando por el mundo también había sufrido mucho, y pienso que en el fondo de su corazón debía sentirse un poco extraño en todas partes.

Después de haberse ido embarcado para Cartagena supimos muy poco de él. Muy de tarde en tarde llegaban a través de la Cruz Roja Internacional una especie de “carteritas” con muy pocas palabras escritas en ellas: “Estoy bien, no os preocupéis”, y ya está. Aquellos primeros años de Franco todo el correo estaba vigilado. Si escribías una carta para el frente o para un preso, tenías que llenar todo el sobre con frases como “Viva Franco”, “Arriba España”. “Viva la Iglesia”. Había que escribirlas por todas partes porque, si no, los mismos trabajadores podían tirártelas a la basura y no las mandaban nunca.

Durante la guerra pudimos saber de mi hermano por los que iban y venían, por el boca a boca. Los hijos e hijas de Cangas todavía sentíamos que éramos todos como una gran familia. Cuando se encontraban dos personas por el mundo, recogían todos los recados y se hacían todos los favores que pudiesen para que las familias llegaran a saber algo de sus seres queridos. El que estaba fuera recibía todas las noticias de lo que iba pasando en el pueblo. En aquellos años se contaban sobre todo lo que se perdió: que nos habían arruinado, que entraron los de Franco... José se enteró así de que habían asesinado a su hermano, que habían detenido a sus padres, que habían aniquilado a los que quisieron. Entonces él decidió no venir más. ¿A qué iba a venir al pueblo? ¿A que lo encarcelasen también a él? Yo nunca pude imaginar cómo es vivir sin hermanos, sin primos, sin familia, sólo con la mujer y sus hijos. Pero su vida fue así para él. Cuarenta años de franquismo fueron muchos años.

Me contó que más de una vez había estado con la muerte a los ojos. Había participado en la Batalla del Cabo de Palos, cuando la marina republicana hundió el barco *Baleares*, del bando de Franco, un mes de marzo de 1938. Era un barco grande y nuevo, impresionante. Junto con otros dos barcos habían bombardeado a la población civil de Málaga. Cuando mi hermano empezó a contarme esta

historia cuando lo visité, yo no entendía de qué me estaba hablando, porque claro, en aquellos momentos no nos informaban de las barbaridades que hizo el ejército franquista. Todos aquellos sucesos no aparecían ni en las noticias de la radio, ni se publicaban en los periódicos que llegaban a Cangas. Nada supimos de aquel desastre en los cuarenta años que estuvimos sumidos en el silencio.

Lo que había pasado es que, cuando las tropas franquistas se estaban acercando a la ciudad de Málaga, la población entró en pánico y miles de personas se echaron a andar para intentar llegar a Almería, en una aventura aterradora a la que la gente llamó *La Desbandá*. Eran miles de personas caminando penosamente por una carretera que iba sobre acantilados: a un lado el mar, al otro el monte escarpado. No había por dónde escapar. Desde el mar los mortíferos barcos bombardearon a toda aquella gente indefensa y desarmada, mientras que por aire los aviones ametrallaban sin piedad a toda aquella gente que no tenía donde refugiarse. Hombres mayores, mujeres de todas las edades, niños y niñas... Parece ser que murieron más de doce mil personas acibilladas. ¡Bandidos! ¡Cuántas cosas se taparon entonces!

Cuando todo estuvo perdido para los defensores de la República, la tripulación llevó el *Libertad* hasta el puerto de Bizerta en Túnez, pues las tropas franquistas se habían hecho con todo el territorio nacional. Cuando llegaron, muchos pidieron asilo político, quedando en el barco unos pocos tripulantes. A la mayoría los enviaron al campo de internamiento de Meheri Zabbens, y allí comenzaron las penurias de mi hermano.

Lo mandaron con otros ochocientos hombres a hacer trabajos forzados al desierto de Túnez para los alemanes y los italianos, cavando trincheras y haciendo carreteras. Llenos de hambre, piojos, miseria y viendo cómo iban cayendo muertos sus compañeros cada día. Pero él era como mi padre, un hombre fuerte como el acero. Ya no era solo el trabajo, sino que además también los bombardeaban y, claro, como estaban bajo mando militar alemán, no había forma de escapar.

Cuando terminó la guerra europea en el año 45, pasó mil peripecias. Se fue a Túnez y consiguió trabajo en un hotel. Le fue muy bien, y acabó siendo jefe de cocina. Allí se enamoró de una mujer italiana y se casaron. Después se fueron a Francia y ahora viven en Aviñón.

A mi hermano Ángel lo mataron, y a José lo obligaron a vivir fuera de aquí. Mi familia se quedó en nada, solas mi hermana y yo. Menos mal que teníamos una familia grande y nos acogieron. Para mis padres ya nada en casa volvió a ser lo mismo. Hay muchas formas de que te arranquen los hijos y sentir que te quedas pobre para siempre.



Las hijas de los carreteros y la demonia del Hío

“Para una mujer pobre, ser muy guapa, es una desgracia”. Esto decía siempre mi vecina a la que llamaban la Rubia (aunque era morena) cuando tocaba hablar de la familia de los carreteros, que vivía justo al principio de la playa de Rodeira. Aquella era una casa de mujeres, cinco hijas, todas ellas hermosísimas. A veces es difícil encontrar la belleza de la gente entre harapos, pero en el caso de estas chicas no había duda: eran las más hermosas de Cangas. Se unían en ellas los trazos angulosos de una madre morena, con el empaque de un padre de hombros anchos y cara regular, casi demasiado guapo para ser un hombre. Eran más hermosas que todas las señoritas juntas que veíamos en el cine sentadas todas tiesas y bien vestidas en la preferente. Sólo las actrices de las películas podían igualar a las hijas del carretero. Dos de ellas se sentaban con nosotros en la escuela en el “banco del seguro” de doña Perfecta.

Puedo contar poco de cómo era el mundo para la gente rica de Cangas en aquella época, porque para nosotros era como si no existiesen. Vivían en otro mundo: en el Casino, en el Club Deportivo Rodeiramar; como mucho, algunas mujeres de buenas familias andaban en las iglesias haciendo música o caridad. El único trato que había era si te daban trabajo en una buena casa como costurera, criada o jornalera. Por eso tenéis que disculparme si cuento poco de toda aquella gente que viajaba, que iba a estudiar a otros sitios, que hacía deporte y ganaban campeonatos de natación o vela. Yo de eso no puedo hablar, porque nunca fui a servir a ninguna de estas casas y no tenía trato con ellos.

Si supe algo de esta gente fue, precisamente, por una de las hijas de los carreteros que era muy amiga mía. Dos de las hermanas, Argentina y Josefa encontraron trabajo en la casa de unos conserveros de los que tantos había en Cangas, como los Massós, los Azpeitia, los Chamadoira, los Paganini... gentes de buenas familias, que se casaban entre ellos y que criaban a los hijos muy lejos de la miseria en la que vivíamos nosotros. Su mundo y el nuestro eran como dos planetas girando alrededor del sol que no se mezclaban nunca, y más valía que así fuese.

Argentina tenía sólo doce años cuando entró a la fábrica a trabajar, pero a los pocos días de estar allí, recogiendo los desperdicios de pescado que las empacadoras iban dejando a un lado de las mesas de trabajo, vino el dueño de la fábrica a hablar con el encargado.

—Quiero llevarme a una niña de estas a cuidar de la nietecita que acabo de tener.

El encargado, siempre dispuesto a quedar bien con el amo, miró a todas aquellas niñas que pululaban por la fábrica y enseguida pensó que Argentina, con un vestido limpio y bien preparado parecería un ángel bajado del cielo. Así el amo se la llevó a su casa, muy cerca de la fábrica para que acompañara a su hija en la crianza de aquella niña. Argentina se pasaba al cuidado de la niña casi toda la mañana, le daba el desayuno, ayudaba a su madre a vestirla con ropa limpia y luego se bajaba ella sola varias horas al jardín hasta que tocaba darle de comer. La madre se ponía entonces a leer o a tocar el piano, mientras ella entretenía a aquella criatura que iba abriendo los ojos a la vida, y a la que tanto cariño le iba cogiendo.

Pasaron algunos meses y llegó el verano. Argentina pasaba cada vez más tiempo en el jardín con la criatura. Era un buen trabajo al lado de las penurias que se pasaban andando con los pies mojados y la ropa sucia en la fábrica. Aquel jardín denso, poblado de arbustos en flor y fruta colgando de los árboles, le parecía a Argentina el Paraíso. Aunque todavía era pequeña, se le dio por cavilar mucho sobre la casualidad que es nacer en una u otra familia. ¿Cómo sería ella si hubiera nacido en aquella casa? ¿También le darían asco las niñas pobres como le ocurría doña Perfecta? No, seguro que no, porque sabía lo duro que era no tener nada. Le gustaba estar allí, porque podía fantasear a solas, aunque se aburriese algunos ratos, por no tener con quién hablar.

Cuando entraba por la puerta de la casa, la criada de toda la vida le daba un mandilón blanco muy bonito que tapaba toda aquella ropa vieja que ella llevaba. Cuando podía, sin que nadie la viera, se observaba en el espejo del dormitorio y sonreía de lo guapa que estaba. Además, de vez en cuando, la señorita le daba algún vestido que ya no usaba, eso sí, quitándoles primero todas las puntillas que tenían, porque ¿qué iban a hacer aquellas niñas con ellas en mitad de la miseria del pueblo? Seguro que no tenían ni para pasarles la plancha.

Cuando pasaron algunos meses, Argentina hasta se atrevió a hacer una treta ocurrente, y para mí ingenua, que tanto nos hacía reír cuando nos la contaba. En las tardes de verano, cuando llevaba una hora en el jardín, le daba desde abajo una voz a su ama:

—Señorita, la niña está mojada, tengo que subir a cambiarla.

—¿Otra vez? ¡Pero cuanto pis hace esta cría! ¿Estará enferma?

—No, no está muy bien y muy contenta.

Argentina subía a casa con la niña y, sin que su madre lo supiera, le mojaba un poco con agua los pañales y cuando pasaba por la cocina podía así coger un trozo de pan, dar un trago a la leche y hasta coger alguna galleta sin que nadie la echara de menos, porque allí había de todo en abundancia. Cambiarle los pañales a aquella niñita tenía un premio difícil de rechazar cuando en tu casa no había casi nada que comer, así que aquel bebé iba siempre más seco y más limpio que ningún otro. Su madre, aquella chica joven y de buen carácter, no les prestaba mucha atención porque parecía faltarle tiempo para tirarse a leer un libro en el diván.

La otra hermana, Josefa, tenía tres años más que Argentina y unos meses después fue a trabajar a la misma fábrica. El amo, que controlaba todo por allí, la vio y fue directamente a buscarla, sin pasar siquiera por la supervisión del encargado.

—¿Eres la hermana de Argentina, verdad? Si quieres, vente a trabajar con nosotros a casa, que necesitamos a alguien en la cocina.

—Yo no sé nada de cocina, don Amaro.

—No te preocupes por eso, mi mujer te enseñará. Vente conmigo.— Y como la vio dudar un poco, la tranquilizó

—Pero sólo si quieres, ¡eh! que si no, busco a otra.

Y allá se fue Josefa, pensando que aquello seguro que era bueno para ella, podría aprender un oficio. Pero claro, no era que aquello le fuera a gustar mucho porque seguro que se encontraría más sola y aislada en aquella casa de gente extraña. No tendría la compañía de sus compañeras, y perdería las ocasiones de ir por las verbenas, porque todos los planes de ir de fiesta los arreglaban entre ellas por las mañanas en la fábrica. Pero sería un trabajo menos pesado, seguro, aunque estar metida en una casa extraña también sabía que era muy esclavo, porque allí tenías que callarte todo el tiempo y aparentar que algo de señoritismo tenías en el alma. Sus reglas tenían que ser las tuyas, y punto. Todas estas cosas iba cavilando hasta que cruzó el umbral de la puerta y vio a su hermana que saltó de alegría al verla, sintiendo que por fin iba a tener una aliada.

Don Amaro y su mujer tenían cuatro hijos, tres varones y aquella hija que acababa de ser madre y que se había quedado a vivir con ellos. Los tres chicos se llevaban pocos años y vivían todos fuera. Pasaron algunos meses, y cuando llegó el verano allí se instalaron todos para pasar las vacaciones después de estudiar todo el curso en Santiago.

El pequeño se llamaba Matías, era un chico tímido de veintiún años que estudiaba Derecho, y que, cuando vio a Josefa se sintió completamente

enamorado de ella. La buscaba cuando sabía que no había nadie más en la cocina, cuando la madre salía al mercado a comprar, o cuando se marchaba a visitar a alguna amiga. La espiaba a todas horas y en todos los sitios. En los pocos días que libraba y no tenía que ir a la casa, a Matías le entraba una profunda melancolía porque el tiempo estaba vacío para él al discurrir el día sin ningún propósito. Matías no era un hombre guapo, pero era un buen deportista, y podríamos decir que también era persona de buen corazón. Él empezó a escribirle unos papelitos breves, con tres o cuatro palabras de amor, porque amor profundo era lo que se decía a sí mismo que sentía por ella. Y ella, al principio no sabía siquiera qué era aquello del amor, pero se sentía alagada y curiosa de que un hombre fino como él pudiera haber puesto sus ojos en una mujer pobre como ella. El final del verano llegó veloz, y Matías tuvo que volver a marcharse a Santiago cuando por fin ella se dijo a sí misma que también estaba enamorada de él.

Josefa calló en una tristeza difícil de disimular. Su madre era una de estas mujeres que conseguían ser amigas de sus hijas, y ellas le contaban todo, pero a cambio de esto, la madre tenía muy poca autoridad sobre ellas.

—¡Ay, Dios mío, qué desgracia!—, Dijo profundamente agobiada cuando la hija le habló de sus amores.

—¡Si le haces caso estás completamente perdida, hija mía! Los señoritos no son para nosotras.

Matías, aun siendo señorito, no era un mal hombre. Un día le echó valor y les envió una carta a sus padres diciendo que estaba enamorado de Josefa y quería casarse con ella. ¡Qué inocente! El padre no se preocupó mucho, porque más bien pensó, alegre, qué hijo más vivo tenía... ¡y parecía el más parado de todos!, ya se le pasaría aquel amor de juventud con la criada. ¿Acaso no le ocurría lo mismo a la mayoría de los chavales que se enamoraban alguna vez de una pobre? Todos sabían que esas historias tenían un final previsible: las criadas acababan siendo echadas de la casa y los hijos casados con una mujer joven de buena familia.

La madre de Matías, en cambio, quedó bastante más preocupada, porque conocía la bondad y el idealismo de aquel hijo pequeño, que estudiaba Derecho, según él, no para ganar dinero, sino para defender a los inocentes. Este hijo suyo, el más apacible de todos, iba a darles el mayor disgusto de sus vidas. No se quedó tranquila con la risotada que soltó su marido mientras leía la carta de su hijo, y se dijo a sí misma que tenía que actuar. Al día siguiente, sin querer saber más de aquella historia, nada más entrar la enamorada de su hijo en la cocina, la echó de casa.

—Josefa, hija, ya no nos hacéis falta ni tu hermana ni tú en la casa. Mi hija se va a ir con el niño y los chicos ya están todos en Santiago. Con la criada ya me apañó para llevar la casa, así que podéis las dos volver a trabajar en la fábrica.

Esa fue la explicación que le dio porque quiso, porque en realidad no tenía que haberle dado ninguna, porque ella era el ama y la otra la criada. Con no echarlas de la fábrica también, su conciencia estaba tranquila porque sentía que se había comportado de forma generosa.

Esta historia podría haber terminado aquí, de no haber sido porque Matías no estaba dispuesto a renunciar a aquel amor, aunque no era nada fácil encontrarse con Josefa sin que nadie se enterara en aquel pueblo que todo se sabía. Ir de Santiago a Cangas de incógnito, no era fácil cuando no había coches particulares, pero cuando hay amor no hay forma de pararlo.

Llegó el mes de junio de 1936 y todos los hijos de don Amaro volvieron a pasar el verano a Cangas. Eran grandes nadadores y frecuentaban el Club Rodeiramar donde iban también aquellas jóvenes tan modernas que también nadaban, competían en los deportes y vestían trajes claros y ligeros. Nadie pudo sospechar entonces que Matías no pasaba la mayoría de las horas del día con ellas, porque se gastaba mucho tiempo ingeniárselas para poder ver a su novia, a la que le había prometido matrimonio en cuanto terminara la carrera. ¡Ya se arreglarían!, le dijo. Aunque sus padres se desentendieran de él, con un título podría trabajar.

Los padres nada supieron de aquel reencuentro, pero estalló la guerra y movilizaron a Matías junto con otros tantos de Cangas, a pesar de ser un hijo de buena familia. Lo llevaron al frente de Aragón y, a los pocos meses, sonó un grito desesperado de la madre al recibir el telegrama que le comunicaba la muerte de aquel hijo tan querido. ¡Cuánto dolor para todo el mundo!

No puedo ni quiero hacer de este relato una historia romántica de película, no podemos saber qué hubiera pasado si Matías hubiera vuelto vivo del frente. ¿Se casaría con aquella chica tan hermosa pero pobre, hija de los carreteros? Los cuentos de hadas pueden existir.

Lo que sí sé es lo que ocurrió después. Pasados unos meses de la muerte de Matías, Josefa dio a luz una criatura antes del segundo año de la guerra. Cuando se dio cuenta de que podía estar embarazada, se fue con Argentina hasta la iglesia del Hío, para rezarle en secreto a una imagen pintada de un retablo que la gente había puesto el nombre de “La demonia de Hío”, en la que aparecía una diabla con siete pechos amamantando a siete diablitos. Muchas mujeres de la comarca, y otras que venían de más allá se acercaban hasta allí a rezarle a aquella imagen cuando querían ser madres y no podían; o eso era lo que decían la mayoría. Pero Josefa y Argentina fueron a la iglesia, en cambio, a rezar desesperadas porque no fuera cierto aquel embarazo que ya se le empezaba a notar un poco en el vientre abultado. La demonia de Hío nada hizo por ella, y a los pocos meses, Josefa dio a luz una niña escuálida que murió al poco tiempo, como tantos otros bebés que se iban de este mundo entonces por cualquier cosa.

La vida de Josefa continuó hacia delante como las vidas de los demás. Pero ella, en vez de marcas del tiempo, llevaba surcos de un pasado que castiga a las mujeres que se desvían del buen camino. Sufrió las afrentas y las malas palabras de mucha gente, hasta que un hombre venido de otras tierras, tuvo a bien casarse con ella y llevársela del pueblo para siempre. Yo volví a verla muchos años después, me pareció que no le había ido mal del todo, pero me confesó que lo peor había sido el sentimiento de culpa que tuvo siempre por haberle ido a rezar a aquella demonia para que aquella hija no le naciera. Ella era la culpable de que hubiera enfermado, la culpable de perderla... y todo por rezarle a quien no se debe.

Aquella pintura de la diablo amamantando a siete diablitos desapareció de la Iglesia al poco tiempo de terminar la guerra. Parece que a un cura la imagen le pareció demasiado irreverente. Y lo peor era que hacía creer a algunas mujeres que podían controlar los hijos que tuvieran, saltándose las leyes de Dios y la naturaleza. Aquello no podía ser, ya estaba bien de creerse que ellas tenían algún poder sobre sus cuerpos.

1941. Volvió Evaristo y exilios interiores

Fue a mediados del año 41 cuando lo vi pasar por el centro de Cangas subiendo la calle Real. Estaba delgado, con los ojos hundidos en la profundidad de las cuencas. A mí me dio vergüenza la ropa que yo llevaba, hasta que lo vi a él, pobrecito, más desastrado que yo. ¡Tonterías de juventud! Traía el pelo casi rapado y los huesos de la cara ahora casi visibles, le hacían un perfil diferente al que yo había conocido. La nariz destacaba más de su cara, que se veía también más alargada que antes. No estaba ni muy guapo ni muy alto, y era evidente que las hambres de la guerra, no le había dejado desarrollarse del todo.

—¡Evaristo, Evaristo! ¡Ya estás aquí!

Cuando me acerqué con estas alegrías saliéndome por el corazón y por la cara, él pareció surgir de otro mundo mirándome con los ojos ardientes. Los abrió mucho y creo que quiso sonreír, pero no pudo. Ni siquiera dijo una palabra. Esquivó la mirada, agachó la cabeza mientras llegaba su hermana mayor, Beatriz, que lo cogió del brazo y lo guio calle Real arriba. ¿Qué le pasaba? Parecía otra persona. ¿Cómo no estaba contento de volver? ¡Habían muerto tantos entonces! Haber sobrevivido era lo más importante.

Cuando llegué a casa, se lo conté a mi padre que acababa de venir también del penal de Pamplona.

—Sí, me dijeron esta mañana que llegó ayer, no lo he visto todavía. Parece ser que lo llevaron a un campo de concentración, no sé muy bien si en la zona de Vitoria, y el pobre no ha vuelto bien de la cabeza, debió ver mucho sufrimiento. Me han dicho que está como un muerto en vida. Le ha pasado como a Secundino Rodríguez que se volvió loco en el Lazareto. Pobres chavales, tan jóvenes.

Algunos días después, con la disculpa de ir al monte a coger unas piñas para encender la lumbre, mi hermana y yo subimos el camino de Cima de Vila a ver si lo encontrábamos.

Pero a la que vimos bajar fue a su hermana mayor.

—Hola Beatriz. ¿Cómo está Evaristo?—, Le pregunté yo.

—¡Ay, hija mía! No está bien, no está bien.— Y las lágrimas empezaron a brotar de aquellos ojos cansados.

—Está en la casa con mis padres, pero no puede salir. No sé si van a poder estar con él.

—Pero, ¿qué le pasa?

—Nada, nada... tiene la cabeza ida. Hay que dejarlo tranquilo a ver si se pone bien.— Y se fue también ensimismada ella de la preocupación que llevaba.

Nosotras seguimos subiendo hasta llegar a la Fuente del Oro, que tenía un hermoso lavadero y una pequeña presa al lado de una finca de hierba brillante y verde a la vera del camino. Si querías hablar con alguien y enterarte de qué pasaba, tenías que pararte allí un rato, ya que había siempre mujeres dándole a la lengua mientras llenaban los baldes o lavaban la ropa.

—Por Dios, no hay quien duerma con ese chaval.

—Lleva dos días gritando toda la noche. Los padres no pueden con él.

—Mis hijos tienen miedo.

—¿Qué pasa?—, Pregunté yo haciéndome la tonta.

—Nada, que este vecino nuestro, Evaristo, vino mal de la cabeza. Pobre. Tenemos miedo porque por la noche se sube ahí al Montaña, a la parte más alta y se pone a gritar a todo pulmón, nos va a acabar metiendo en un problema.

—Así no puede estar en casa, qué va. ¡A ver si nos llevan a todos presos por su culpa!

Evaristo había sido uno de los niños más listos de la escuela junto con su hermano Benedicto. El padre, que era un hombre muy aficionado a los libros, les había enseñado a sus hijos a leer muy pronto, y continuamente los azuzaba entre ellos para que demostrasen quién era el más listo y se picasen por ser cada uno de ellos el más inteligente. El padre de Evaristo y mi padre fueron compañeros de la Alianza Marinera y del Pósito, por eso habíamos estado unidos siempre.

Evaristo tenía también aquella hermana, Beatriz, a quien ese padre y esos hermanos tan listos no le habían enseñado a leer, porque ser la hermana mayor de una familia pobre de Cangas era entonces una desgracia. Ellas no iban a la escuela porque tenían que cuidar de los hermanos que iban naciendo uno detrás de otro. Así que Beatriz, que era tan inteligente como ellos, aprendió a leer ella sola, mirando de reojo aquellos libros de su padre. No era que fuera un mal padre, que no era violento, ni borracho, ni gastador. Era un buen hombre, pero las cosas eran así entonces. Enseñar a las hijas era tirar un tiempo que se podía dedicar a otras cosas más útiles.

A Beatriz la mandaron a servir a los doce años a Mondariz para que cuidara los niños de una familia bien. Tenía mucha experiencia, era muy responsable y sus hermanos ya no necesitaban sus cuidados. Además, sacar una boca adolescente de aquella familia, siempre estaba bien. Así que Beatriz, se quedó toda la vida leyendo insegura y muy despacito, pero tuvo como gran logro conseguir escribir su nombre y no tener que pasar la vergüenza de tener que hacer una cruz cuando firmaba algo.

El padre de Evaristo era un hombre de izquierdas que pecaba de fantasioso. Se pasaba horas y horas leyendo abstraído del mundo real. Frecuentaba nuestra casa, pero tenía poca paciencia para escuchar a los demás. Zanjaba las discusiones diciendo que él era un buen republicano, y se iba a su casa y se sentaba a leer, deseando abstraerse de todos los detalles prácticos de la política. Cuando sus tres hijas nacieron, buscó para ellas nombres literarios, porque de ninguna manera quería ponerles nombres católicos. Escogió Beatriz en recuerdo de Dante, Ofelia en honor a Shakespeare y Colombiana en reconocimiento al continente americano con los que tantos lazos había, y que debería haberse llamado Colombia, decía siempre, en honor a Cristóbal Colón, y no América en honor a aquél advenedizo de Americo Vespucio, que se llevó la fama de haber descubierto un continente.

El padre de Evaristo no había conocido a su familia paterna, pero su propio padre, Carlos, le había contado que procedía de una familia fundada por dos hermanos que volvieron de América con buenas fortunas después del desastre de 1898, momento en el que España tuvo que soltar las pocas posesiones que allí le quedaban. Le había contado también que, cuando era joven, vino desde Ferrol a hacer el servicio militar a Vigo. Una tarde vino de excursión a Cangas, y se enamoró perdidamente de la que sería su mujer a pesar de no ser rica como él. Los padres de Carlos montaron en cólera y desheredaron a este hijo, que tuvo que buscarse la vida en el lado pobre de la ría de Vigo y nunca más hizo por volver a ver a su familia.

Cuento todo esto para explicar por qué para este padre, sus dos hijos varones eran auténticos tesoros, porque creía él que ellos iban a ser los encargados de restituir el bienestar de la familia, a base de estudiar y trabajar en algo bueno. Las niñas, en cambio, poco podían hacer más que salvarse a así mismas.

Pero ya sabemos que las cosas no son tan fáciles en la vida. Los hijos bastante tienen con tirar para delante con lo que se van encontrando, como para asumir las deudas de generaciones anteriores que no sienten como propias. Con todo, muchos padres, aun sabiendo esto pasan una auténtica agonía y se la hacen pasar a sus hijos, intentando que hagan lo que ellos mismos no supieron o no quisieron hacer. Así que el padre de Evaristo, allí estaba, marinero y leyendo libros sin parar un poco fuera del mundo, esperando que sus hijos consiguieran ser grandes triunfadores.

De sus dos chicos, Evaristo era su favorito. Era un poco golferas, vivo, pero cada año, cuando acababa el curso el maestro no paraba de decirle lo listo que era.

—Este chico tiene que estudiar. Cuando se haga un poco mayor puedo hablar con el cura a ver si le encuentra sitio en alguno de los seminarios.

Pero Evaristo era un alma libre y no quería que lo encerrasen en ningún sitio. Allí en Cangas quería estar, y más adelante ya se vería. Venía a nuestra casa, iba a Mar y Tierra, donde contaba con sumo gusto todo lo que leía. Trabajaba también y con eso estaba contento. Su hermano era de otra pasta. Le gustaba mucho también estudiar, pero lo de él no era juntarse con los chicos marineros. Cuando estalló la guerra, cada uno de ellos cayó en un lado diferente de la contienda. Benedicto se fue a la guerra por el bando nacional, porque le tocó, pero se adaptó bien, era religioso y encontró un mundo de orden en el que terminó de encontrar su lugar. Así que se dejó ir, pues ¡no le iba a llevar la contraria el destino! Cuando terminó la guerra se hizo militar de carrera y acabó comulgando con todo el ideario del franquismo. Que yo sepa, nunca pudo hacer nada por su hermano.

A Evaristo, el pobre, le tocó vivir el infierno de los que eran de izquierdas en plena juventud, siendo sólo un niño. Al poco tiempo de producirse el levantamiento, lo detuvieron y lo encerraron en el Instituto de Higiene con otros sindicalistas. Beatriz, su hermana fue una mañana con la cabeza gacha a buscar al que había sido su amigo en los primeros años de juventud cuando iban juntos en una gran pandilla de verbena en verbena, Marcelino M, que era ahora el director de la Falange. La madre de Beatriz estaba aterrorizada:

—No vayas, hija mía, no vayas, a ver si se van a llevar además a tu padre. Y tu tienes ya una hija pequeña por la que tienes que mirar.

Pero la hermana del preso no se resignó, y para allá se fue.

—Marcelino, hombre, no lo matéis. Es un chaval muy joven y no ha hecho nada.

Él vino a decirle con un gesto que no le metiera en un compromiso delante de sus compañeros, porque no podía tener ningún favoritismo.

—No lo vamos a matar, vete tranquila. Tenemos que darles un correctivo, pero no te preocupes y vete—, le dijo al final en voz muy baja.

Bien sabía él que aquella mañana ya le habían dado una paliza para que confesara quienes eran los demás que habían estado haciendo noche en el Alto de la Portela el día del levantamiento. Pero eso no se lo iba a decir a su hermana... ¡si tuviese que hacer caso a todas las que venían a llorar por sus familiares, el Movimiento estaría acabado! Aquel hombre no tuvo piedad ni con sus propios familiares, llegó a denunciar a su cuñado José Mejuto, y se quedó tan tranquilo.

¿Cómo le iba a hacer caso a aquella mujer que, como todas, era puro sentimiento? Así que Evaristo acabó, tan joven, en un campo de concentración y Beatriz siempre pensó, o más bien quiso pensar, que aquel antiguo compañero había hecho algo por ella, porque fue verdad que a su hermano no lo mataron. Y así se quedó siempre con el corazón agradecido, ¡hay que fastidiarse!

En aquel momento ella no sabía que había más formas de matar que iban más allá de la muerte misma. La locura de Evaristo consistía que se subía hasta la zona más alta de Cima de Vila a la que la gente llamaba “el Montaña” y desde allí, a pleno pulmón, empezaba a gritar a cualquier hora de la noche:

—¡Franco, asesino, cabrón! ¡Asesinos! ¡No pagaréis con la muerte! ¿Qué os hicieran aquellos hombres? ¿Por qué tuvisteis que matar a todos por culpa de aquellos cuervos? ¿Y por qué no me he muerto yo? ¿Por qué no me quedé allí sepultado como les ocurrió a ellos?

Evaristo no dormía. Se pasaba toda la noche queriéndose ir a la calle para insultar al dictador. En la familia consiguieron entender a duras penas la trágica historia que cargaba a sus espaldas.

Cuando estaba en el campo internado, un grupo grande de hombres escapó, y durante la huida, se metieron en tropel en un campo cultivado con maíz a comer las espigas jóvenes porque estaban muertos de hambre. El campo que arrasaron pertenecía a un convento de monjas, que no dudaron ni un momento en denunciar lo que había pasado, sin que se les pasara por la cabeza callarse y proteger a aquellos desamparados.

Los cogieron a todos y los metieron de nuevo en el campo de concentración. Nada más entrar, los pusieron en fila y él, que era de los más jóvenes de los que se había escapado, salió de la fila en el último momento porque uno de los hombres mayores le dio un empujón y le dijo que se pusiera en la cola de los inocentes. Los hombres que estaban cerca vieron todos lo que había ocurrido y se callaron. Los militares se llevaron consigo a todos los que habían escapado y comido espigas, les obligaron a cavar una fosa, y cuando terminaron los ejecutaron a la vista de los demás.

Evaristo salvó la vida, pero no la cordura. ¿Por qué los habían delatado? ¿Valía tanto aquel maíz? ¿Por qué murieron todos menos él? No tenía que haberse cambiado de fila haciéndole aquella jugada al destino. Ahora tenía que pagar por ello, debía pagarlo; debía ser más valiente que nadie y morir defendiendo la verdad como habían hecho los demás.

Así que allí iba cada noche a gritar a los cuatro vientos en contra de Franco, en contra de las monjas, en contra de los curas. Y otra vez la pobre Beatriz fue a llorar por su hermano, que no tenía la culpa de nada. Volvió a explicarle a M. que

no sabía lo que decía, y que nunca mereció la muerte, y ahora ni siquiera la cárcel porque se había vuelto loco, el pobre, y no sabía qué decía.

Lo llevaron para el hospital psiquiátrico de Conxo en Santiago, aquel centro en el que acabó mucha gente que no encajaba en aquel mundo nuevo. Se pasó toda la vida encerrado, toda la vida medicado. Cuando envejeció, lo mandaron a un asilo. Pasó más de cincuenta años encerrado. Sólo su hermana lo visitaba al menos en verano y en Navidad, y en los últimos años lo llevó consigo a su casa algunas semanas. Aquella guerra dejó algunos muertos en vida como Evaristo y otros muchos más se fueron muriendo por dentro.

Los años de silencio

Podría seguir contándoos muchas más historias, pero no quisiera aburriros con más charlas. En algún lugar debemos aprender a poner un punto y tirar hacia adelante. Las experiencias terribles que vivimos no podemos olvidarlas porque, si lo intentamos, se nos quedarán en el fondo del corazón convertidas en traumas.

Me paro aquí porque lo que vivimos después del año 41 fue otra cosa. Los asesinatos fueron menguando, mientras que los muertos en vida no pararon de crecer.

Ahora toca abrir las ventanas y dejar que el viento fresco arrastre todo el moho que se ha ido formando allí donde quedaba algo de suciedad. El sol todo lo sana. Si tenemos que habitar esta vieja casa que es nuestro mundo, más vale que limpiemos antes de sentarnos a descansar.

No quiero dejaros solo un testimonio de injusticias, porque mi deseo es que perdure en vuestra memoria el recuerdo de una gente que pensó hace casi un siglo que era posible cambiar el mundo, y que podíamos trabajar todos juntos para que la vida de los más pobres y desheredados fuera mejor.

Yo viví la fragilidad de la vida humana, pero también la fuerza que nos da caminar todos juntos buscando para todos, para todas, una vida mejor.



Colofón

Este es un texto escrito a partir de las declaraciones que quedaron grabadas de la hija de Cangas, Lola Rodal Blanco (1920-2016) y que ahora están depositadas en el Museo del Pueblo Gallego en Santiago de Compostela. Se trata de un ejercicio de “antropología literaria”, ya que sus recuerdos han sido el hilo central en el que he ido engarzando otros sucesos ocurridos en el pueblo en los primeros años del levantamiento militar del 36. Con todo, este libro no habla solo de la guerra, sino del movimiento obrero que se había formado a principios del siglo XX en las riberas marineras gallegas.

Algunas descripciones de la vida cotidiana y algunos de los personajes son invención mía, pero los sucesos políticos y sociales que se recogen están documentados en trabajos históricos de gran relevancia, como por ejemplo el libro *Historia de Cangas 1900-1936. Unha ribeira de Pescadores*, escrito por Iago Santos Castroviejo y Antonio Nores Soliño y que fue editado en A Nosa Terra en el año 2005.

Mi voz está en este texto sobrepuesta a la voz de Lola Rodal Blanco, que me dio una disculpa para poder narrar algunos de los recuerdos que ella nos dejó, y también las cosas que a mí me contaron, porque la memoria social se articula en un enredo de voces y experiencias que asumimos como propias.

Tomé la decisión de mantener los nombres y los apellidos de las personas represaliadas como un homenaje, como una forma de contrarrestar la Historia oficial que suele destacar las hazañas de la gente importante y olvidar las de la gente más desfavorecida. Eliminé los apellidos de aquellos que ejercieron la violencia, que son indicados sólo con una inicial, mientras que sí reproduzco a aquellos que son identificados a través de apodos. La razón de esta decisión es que los apellidos se transmiten de generación en generación, y, no creo que, en ningún pueblo, nadie tenga que sentirse señalado por actos cometidos por alguno de sus antepasados, de los que no cabe ninguna duda, no son responsables.



Este libro cuenta, a lo largo de treinta y una historias ocurridas entre 1925 y 1941, las experiencias que una niña guardó durante décadas en el cuaderno secreto de la memoria. En sus páginas revive la vida de Cangas, un pueblo marinerero que vive entre fábricas, barcos y sociedades populares, y que creyó que la justicia podía abrirse paso incluso en los márgenes del mar.

Cuando el golpe franquista quebró aquella esperanza, Lola vio deshacerse su mundo: familiares perseguidos, amistades rotas, proyectos clausurados. Pero no dejó que el silencio borrara lo vivido. Su testimonio, tejido con recuerdos propios y ajenos, es también el eco de una memoria familiar y colectiva que la autora recoge y entrelaza para que no se pierda.

Los nombres que aparecen en este libro son de personas que existieron. Rescatarlos es un gesto de afecto y de justicia. Porque recordar no es quedarse en el pasado: es hacer sitio y dar dignidad a quienes fueron expulsados de la Historia.

Lola, hija de Cangas es una invitación a mirar de frente la verdad, a escuchar a quienes no pudieron hablar y a comprender que solo desde la memoria puede construirse un futuro más libre y en paz.



EDICIONES
Universidad
Valladolid

